
CONTRATADA
PARA CASARSE
con el Ceo
SIL ZAFIA

CONTRATADA PARA CASARSE *con el CEO*



SIL ZAFIA

CONTRATADA PARA CASARSE CON EL CEO

1.ª Edición.

Autora: Sil Zafia.

Revisión: Sophia Marques.

Maquetación: Sil Zafia

Traducción 2024: Jackson Rocha

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en forma alguna, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento y la autorización por escrito del autor/editor.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98, castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Resumen

Sinopsis
Observaciones Preliminares
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos
Sígueme en instagram
Otras obras
OTROS LIBROS
Sinopsis

Prólogo
Fase 1
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4



Cuando su mujer murió al dar a luz, Benjamin construyó un muro alrededor de su corazón y juró no volver a enamorarse. Pero no esperaba que el destino conspirara contra él y le obligara a elegir una madre para su hija, una esposa para estar al lado del CEO de la constructora más rentable de la ciudad.

Lia, una humilde campesina, huía de un compromiso desastroso cuando aceptó un trabajo de canguro de la hija de Benjamin De La Roche.

De lo que no se daba cuenta era de que su nuevo jefe sería la mayor tentación que ella, una mujer virgen e inexperta, podría encontrarse jamás.

Seductor y misterioso, Ben tiene una oferta indecente para Lia. Un contrato, un matrimonio, una hija huérfana de madre y una sola regla: no enamorarse del irresistible CEO De La Roche.

¿Podrá resistirse Lia?

Este es uno de mis primeros libros traducidos al español. Fue un paso emocionante y desafiante, y espero que disfrutes la historia tanto como yo disfruté escribiéndola. Cuando encuentre errores, le pido disculpas y le agradezco su comprensión. A cada lector, gracias por acompañarme en esta nueva etapa y por darle una oportunidad a mi trabajo.

El libro contiene desencadenantes como: violencia, violencia doméstica, consumo de alcohol y drogas.

Prohibido para menores de 18 años.

Capítulo 1



Llamo tres veces y espero. Es la primera vez que el señor De La Roche quiere hablar conmigo en las semanas que llevo trabajando como niñera de su hija.

Chasqueo los dedos, ansiosa por ser recibida en su despacho. Como llevo tanto tiempo trabajando sin que me llame ni tener una conversación con él sobre la educación de su hija, acabo creando mucha paranoia en este breve momento. No puedo perder este trabajo, la ciudad es grande y nueva para mí, no tengo adónde ir y no hay forma de que vuelva al lugar del que huí.

Pienso en la primera vez que le vi. Era mi segundo día aquí y había ido a la cocina a por papel de cocina para limpiar el polo que Alicia, su hija de siete años, había tirado al suelo de la terraza delantera de la mansión. Volví corriendo, despegando y deslizando los pies por el mármol blanco como una niña, me deslicé por el balcón con el rollo de toallitas de papel en la mano y me tropecé con él.

Recuerdo lo avergonzada que me sentí por mi torpe llegada, por haber estado a punto de chocar con él, pero sobre todo porque su aspecto me había desconcertado. Ese tipo de belleza que no pasa desapercibida para nadie, el magnetismo que atrae el cuerpo, que hace que quieras mirar a la persona una y otra vez.

Me sentía como "Cenicienta encontrándose con su príncipe azul", despeinada, con chanclas, leggings y una camiseta de tirantes con el cuello suelto. Apenas me miró, se me quedó mirando unos segundos, haciendo que el corazón me martilleara en los oídos, asintió y me dedicó una sonrisa torcida.

- ¿Es usted la nueva niñera? - preguntó, y me di cuenta de que nunca había oído un tono de voz tan encantador.

- Sí, soy yo -respondí tímidamente, sin presentarme siquiera, avergonzada de lo chillona que sonaba mi voz. Bajé la cabeza y empecé a limpiar el polo derretido.

Alicia abrazaba y hablaba a su padre con devoción, encantada de su presencia como yo nunca había estado encantada de mi padre.

- Sólo he venido a casa a recoger unas plantas que me dejé en la oficina -le dijo a su hija, besando la parte superior de su rubia cabeza y poniéndose en pie-. - Tengo que volver a la empresa.

- Ah, padre... - Alicia protestó, pero no había mucho que pudiera hacer.

- Te prometo que te lo leeré antes de acostarte -dijo, y luego se volvió hacia mí, utilizando ese tono de voz suave y seductor como si no fuera injusto-. - ¿Carol lo ha arreglado todo contigo?

- "Sí, has acertado", le contesté, totalmente avergonzada, sintiendo la injusticia de encontrarme con un hombre como él, todo desaliñado, mientras que él estaba elegante con un traje azul marino, sosteniendo unas caras gafas de sol y calzando unos zapatos relucientes. - Me lo explicó todo.

Volvió a asentir con la cabeza, dedicándome otra sonrisa torcida que me dejó sin aliento, luego me dio la espalda y se dirigió hacia el despacho, dejándome allí de pie, perplejo.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba siendo ridícula con todos esos pensamientos sobre él. ¿Qué más daba que estuviera desaliñada o no? ¿Qué cambiaría si me vistiera mejor?

Nada, absolutamente nada, porque era mi jefe, un CEO multimillonario que lo único que quería de mí era que cuidara bien de su hija. Sería una tonta si empezara a albergar sentimientos por él.

Sacudo la cabeza para despejar estos pensamientos vergonzosos cuando oigo el clic de la puerta al abrirse y entonces aparece su imagen en el hueco, que se hace cada vez más grande hasta que puedo verle por completo. Mi corazón late más deprisa cuando el Sr. De La Roche me invita a entrar con un gesto de su mano derecha.

Entro en su despacho y cierra la puerta. Me resulta extraño que alguien como él me cierre la puerta a mí, una simple niñera. En su mano izquierda sostiene un teléfono móvil negro junto a la oreja. Sin prestarme mucha atención, me hace un gesto para que me siente en la silla frente a su escritorio.

Intento respirar con calma para tranquilizar mi corazón, que galopa desbocado, mientras rezo mentalmente para que no me despidan, preguntándome qué habré hecho mal para que me llame a su despacho.

Me siento en la silla giratoria y él toma el sillón que hay detrás del escritorio, un objeto de cuero negro que se asemeja a un trono por su respaldo. El Sr. De La Roche mira el iPad que tiene sobre la mesa y desliza el dedo por la pantalla.

Mis ojos siguen su gesto, pasando por encima de su largo dedo con la uña pulcramente recortada. Inmediatamente escondo los dedos apretando las manos en puños, recordando que tengo las uñas sucias de raspar las pegatinas que Alicia había pegado en el dosel de su cama. Pero no me presta atención, así que sigo observándole en . Es la primera vez que puedo ver a mi jefe de cerca desde hace tanto tiempo. Puedo ver las venas abultadas en el dorso de su mano, subiendo hacia la muñeca, ocultas bajo el puño de su camisa blanca.

Debido a su posición, puedo ver la forma de su musculoso brazo, y sigo su mirada hasta sus anchos hombros. Tiene el cuello de la camisa desabrochado, la corbata y el traje tirados sobre el respaldo del sofá Chesterfield de cuero negro de la pared este del despacho.

Veo un atisbo de su pecho a través del ojal abierto. Desplazo la mirada por su cuello, observo más detenidamente su mandíbula, su nariz recta y, por último, sus profundos ojos verdes.

El Sr. De La Roche sigue centrando su atención en el iPad, mientras yo le observo sin darme cuenta. Es el hombre más importante, elegante y encantador que he visto en persona. El CEO de la constructora más cotizada de Natal, la capital del estado.

Sólo sé que Benjamin De La Roche heredó la empresa de su padre hace unos años y que desde entonces la dirige con éxito. Pero Carol, la secretaria y cocinera de la mansión, me ha dicho que no le gusta que le llamen Benjamin, sólo Ben.

Aparte de sus empleados, sólo están Benjamin y Alicia, su hija de siete años. Su mujer murió al dar a luz y él nunca volvió a casarse. Carol me contó que nunca tuvo citas, al menos nunca trajo a nadie a casa, nunca presentó a Alicia a una mujer.

Me muerdo el labio con fuerza, incapaz de decidir si esto es bueno o malo. Bueno porque puede ser un hombre de familia, no del tipo mimado, rico y gallina, sino alguien que espera a la persona adecuada. Por otro lado, es casi imposible llegar a su corazón endurecido por la pena.

Imposible llegar a su corazón... Suelto una risita al pensarlo, como si alguien como él no me viera solo como la niñera de su hija, alguien insignificante y reemplazable. Intento ahogar una carcajada más fuerte con la mano en la boca, pero el señor De La Roche me mira justo a tiempo, colocando su teléfono móvil sobre la mesa.

Aparto inmediatamente la mirada, con la cara ardiendo de vergüenza por la metedura de pata. Siento que sus ojos me analizan, pero no tengo valor para devolverle la mirada.

- ¿Qué me pasa? - me pregunta, con una voz más aterciopelada ahora que hace un momento por teléfono, lo que me pone aún más tensa.

- Lo siento, señor, estaba recordando algo que ha pasado esta mañana -digo cada palabra con cuidado, evitando cualquier jerga del país para que no me considere una mala influencia en la educación de su hija.

- No hace falta que me llame señor, por favor", me dice con una amabilidad que no

esperaba de alguien como él.

Levanto la vista para mirarle, pero su encanto me hace apartar rápidamente la mirada. Por dentro, estoy tensa; por fuera, intento parecer inquebrantable, utilizando el autocontrol que he desarrollado a lo largo de los años bajo la mirada de un padre extremadamente estricto y dominante.

- Lo siento, Ben -intento sonar lo más centrada posible, pero me parece mal llamarle así, como si estuviera forzando una intimidad que él no me ha dado.

No parece importarle, sus labios se curvan en una sonrisa torcida y su cara se ilumina, como si le gustara el apodo de mi voz.

Qué ridículo soy...

- Mucho mejor, "señor" me hace parecer mucho mayor", dice bromeando. - Terminaré esta llamada y podremos hablar, ¿vale?

- Por supuesto", respondo, aliviada por no tartamudear.

Benjamin coge el móvil que tiene sobre la mesa y vuelve a hablar con la persona que está al otro lado, parece que hablan de trabajo. Tengo menos de un minuto para recomponerme, porque se despide rápidamente y apaga el móvil.

- Siento el retraso, pero tenía que solucionar un problema con la empresa constructora antes de dar por terminado el día", me explica, dejándome aún más encantado por su amabilidad.

Su cara sigue iluminada, pero me doy cuenta de que sus ojos no lo están, como si cargara con algo de lo que no puede deshacerse.

- No hace falta que te disculpes. Alicia ya está haciendo sus tareas", le explico.

- No me gusta ocupar el tiempo libre de mis empleados, pero no hemos tenido ocasión de hablar desde que empezaste a trabajar aquí.

Empiezo a pensar que se ha enterado de que he venido a Natal huyendo, que he escapado de un compromiso no deseado y que mi padre ha descubierto dónde estoy y viene a recogerme.

- Nosotros no... - murmuro, cabizbaja ante la idea de volver a casa de mis padres y que me roben todos mis sueños con un matrimonio de conveniencia con el hijo del pastor.

Conveniente para ellos, no para mí.

- Pareces preocupado - Benjamin De La Roche me vigila, lo que sólo empeora mi estado. - ¿Necesitas salir? Podemos hablar en otro momento.

- No, no pasa nada. - digo rápidamente. - Sólo tengo miedo de que... me despida. Me

encanta trabajar aquí, su hija es encantadora y parece que yo también le gusto.

- Sí, Alicia lo es", admite. - Virgilia, eres la chica a la que se ha adaptado más rápidamente.

- ¿Podrías llamarme simplemente Lia? - le pregunto, segura de que estoy cruzando una línea. - Casi nadie me llama Virgilia, solo mi ex, y eso me trae malos recuerdos.

Imagino que va a decir algo para ponerme en mi sitio, pero Benjamin se limita a dedicarme otra sonrisa torcida.

- Lo entiendo, a mí tampoco me gusta que me llamen Benjamin. Tenemos algo en común.

- "Lo hacemos", digo, relajando los hombros, empezando a confiar en que no me va a despedir y no se ha enterado de mi fuga y de que mi familia me busca como loca.

Se levanta del sillón y se acerca a mí, apoyándose en la mesa que tengo delante. De pie, parece aún más elegante. Puedo oler su perfume amaderado e incluso fantasear con su aspecto sin ropa.

El pensamiento momentáneo me acalora, me quema como si tuviera fiebre. Mi corazón late más rápido mientras él se mueve encantadoramente, cambiando su peso de una pierna a la otra.

- ¿Cuántos años tienes, Lia?

Mi nombre en su tono de voz suena sensual, tengo que morderme la comisura interna de la mejilla y recordarme que es mi jefe, no es digno tener ese tipo de pensamientos con él.

- "Veintidós", digo mirándole con la barbilla levantada, clavándome las uñas en las palmas de las manos para mantener la tensión.

- La edad que tenía cuando me casé. Unos meses después nació Alicia. Luiza, mi mujer, estaba embarazada cuando nos casamos", dice, como si estuviéramos cerca.

A pesar de la tensión que siento, parece fácil hablar con él, al menos Benjamin no me hace sentir inferior.

Lo que siento tiene más que ver con su aspecto, su belleza, que con su posición social. Me pone nerviosa, pero apuesto a que muchas otras chicas también se sienten así con alguien como Benjamin De La Roche. Está bueno, y punto.

- Te casaste demasiado joven", digo, sin saber si me estoy extralimitando.

- Luiza se quedó embarazada cuando estábamos en el último semestre de la universidad, fue un "accidente" -explica, haciendo comillas en el aire con los dedos, mientras yo fantaseo con caer en su regazo por accidente. - Mi familia no se lo tomó muy bien, pero decidimos casarnos

de todos modos.

- Os queríais mucho", añado, para disipar mi último pensamiento.

- Era muy importante para mí", admite. - Incluso después de tantos años, a veces sigue siendo difícil hablar de ello.

Ben aparta la mirada, lo que me hace pensar que aún está afligido. Trago saliva y, al ver la tristeza visible en su rostro, siento la tentación de levantarme y abrazarlo para tranquilizarlo, como hago con su hija cuando está triste.

- Pero no te he llamado para hablar de mi viudedad -dice riendo, disimulando sus sentimientos-. - Carol me ha dicho que es tu primer trabajo aquí en la capital.

- Sí, pero he trabajado para otras familias en mi pueblo - le explico rápidamente. - Tengo experiencia con niños.

- No lo dudo, he visto tu forma de actuar con Alicia, te la ganaste muy rápido, y te aseguro que no es tan fácil.

- Alicia es encantadora, muy educada y tranquila, es un placer trabajar con ella", digo conteniendo la respiración.

- ¿Te has trasladado a Natal sólo por el trabajo o tienes otros intereses, ambiciones, aparte de trabajar de niñera? No es que no sea un trabajo decente, sólo quería saber si tienes otros objetivos.

Su pregunta me despierta curiosidad.

- Quería ir a la universidad, pero el curso con el que soñaba era demasiado caro y no conseguí plaza en la UFRN. Confieso que fui una tonta al pensar que podría pagarme los estudios trabajando de niñera. No es que no sea un trabajo decente - repito tus palabras.

- ¿Y qué curso soñaba hacer?

- Medicina -digo con una sonrisa, avergonzada de pensar que podría permitirme ir a la universidad con un sueldo mínimo. - He soñado con ello toda mi vida y no tenía otros planes, así que aún no he decidido qué voy a hacer, pero sí, claro que pienso estudiar, no quiero trabajar de niñera el resto de mi vida, aunque sea un trabajo excelente. Yo también quiero ser alguien, no empecé pronto la universidad por falta de oportunidades.

- Sé que no todo el mundo tiene las mismas oportunidades que yo tuve, no vivo en una burbuja -se defiende.

- No quería decir eso", me apresuro a aclarar.

- Ya sé que no, pero es mejor concretarlo. Tengo una empresa de construcción, quizá ya

lo sepas, soy ingeniero y trabajo con muchos becarios y empleados que han pasado mucho para estudiar. Reconozco y admiro el esfuerzo de los que no nacieron en la vida como yo.

No sé si es una especie de regañina o simplemente un arrebato, pero parece mucho más serio que cuando empezamos a hablar.

- También admiro tu dedicación a dirigir bien tu empresa, no a todos los bien nacidos les gusta dedicarse a trabajar.

Asiente con firmeza.

- He tenido muchos amigos a lo largo de mi vida que sólo querían gastar el dinero de sus padres. No es que yo no gaste, pero nunca quise ser el hijo mimado que espera recibir una herencia.

- Te admiro por eso: acabo felicitándote antes de sopesar mis palabras. - Me refiero a tu dedicación. Carol me ha dicho que La Roche es el constructor más solicitado de la capital y que tú eres quien lo ha hecho posible.

- Mi abuelo empezó todo cuando llegó aquí desde Francia, mi padre siguió sus pasos y yo me limité a continuar el trabajo", dice modestamente.

Esbozo una tímida sonrisa, porque no sé qué más decir, cómo continuar la conversación sin que parezca un halago por mi parte.

Ambos permanecemos en silencio, y él sigue analizándome con sus ojos verdes. Me siento inquieta y acalorada, ansiosa, con ganas de moverme en la silla, de actuar de alguna manera, pero no puedo, me quedo quieta mientras me observan tan de cerca.

Fuera hace calor, pero aquí en su despacho el aire acondicionado está encendido a 23 grados, lo sé porque levanto la vista para comprobarlo. Aprovecho para mirar a mi alrededor, fijándome en los detalles de la decoración. Hay una obra de arte abstracta en la pared este, justo encima del sofá Chesterfield, miro las estanterías de madera oscura llenas de libros, y detrás de su escritorio hay puertas de cristal que dan al jardín.

Sus ojos siguen clavados en mí, y siento que se me calienta la nuca, clavándome aún más las uñas en las palmas de las manos. El corazón me late con fuerza, quiero saber por qué sigue mirándome, qué interés puede tener, pero no puedo formular ninguna teoría.

Vuelvo la mirada hacia él, observando el pantalón de sastrería color grafito, a la luz brillante de la habitación puedo ver la curva de los músculos de sus muslos, esperando estar siendo discreta, recorro con la mirada su pelvis cubierta por el pantalón, observando la marca de la cremallera, notando el volumen marcado por la tela de lino. Trago saliva, aún más curiosa por saber cómo es sin ropa, entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo y aparto la mirada, parpadeando para recuperar el control de mis pensamientos.

- ¿Puedo invitarte a cenar? - me pregunta, cogiéndome por sorpresa.

- ¿Jan-Cena? - balbuceo la pregunta. Noto el sudor en la nuca, fruto de la atracción que el cuerpo de Benjamin ejerce sobre el mío.

- "Tengo una proposición para ti", dice misteriosamente. - A menos que ya hayas cenado...

- ¡No! ¡No he cenado! - respondo rápidamente. - Le diré a Carol que no cenarás en casa... Quiero decir, ¡tú! Lo siento.

Es evidente lo nerviosa que estoy, más aún cuando vuelve a dedicarme esa sonrisa torcida.

- No tienes que decírselo a Carol, lo haré yo mismo. Voy a acostar a Alicia y a darme una ducha. Te veré en el coche en un par de horas, ¿vale?

- Por supuesto", digo negando con la cabeza, aún perpleja.

Ben se acerca al sofá, coge su traje y su corbata y abre la puerta del despacho. Solo me doy cuenta de lo agarrotadas que tengo las piernas cuando me levanto y tengo que concentrarme para pasar junto a él sin tropezar con mis propios pies.

- ¿Adónde vamos?", pregunto y me encojo de hombros, "sólo para saber qué debo ponerme".

- Un restaurante cerca de la playa.

No sé qué esperar, no sé qué puedo utilizar, ni siquiera sé si tengo algo a mi altura, estoy desesperado, pero sobre todo: no puedo prestar atención a las teorías de cuento de hadas que se están desarrollando en mi mente, escapando a mi control.

Capítulo 2



Actúa con gracia, despreocupada, como si ella no fuera la razón de mi insomnio de los últimos días. Sus rizos castaños enmarcan su rostro y la hacen parecer más joven de sus veintidós años.

- Puedes adelantarte", le digo cuando se detiene y me mira al llegar a la puerta.

Lia se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y sonríe, haciendo que su barbilla puntiaguda destaque en su rostro bien dibujado. Asiente y casi alargo la mano para tocar su piel morena clara, delicada como el terciopelo, pero me controlo. No puedo ni quiero perder el control con alguien a quien apenas conozco.

Me mira fijamente un momento más, con sus ojos color miel llenos de dudas. Su piel brilla a la luz amarillenta del balcón de la oficina, luego sacude la cabeza y se vuelve hacia la casa.

- Lia -pronuncio su nombre, dándome cuenta de cómo la punta de la lengua me toca el paladar con la pronunciación. - Lia.

- ¿Cómo? - pregunta mientras se gira para mirarme, haciendo que las ondas de sus rizos se balanceen a su alrededor.

- Nada -digo, parpadeando, aturdida por el acto. - Nada, me estaba recordando a mí misma que ya no debo llamarte Virgilia. Sólo Lia.

Vuelve a sonreír y sale corriendo por el camino de piedra que atraviesa el césped recién cortado. La veo desaparecer por el jardín, en dirección a la casa, vestida con unos vaqueros claros, una camiseta blanca de tirantes y chanclas.

De pie, a la luz del balcón, la soledad es casi palpable, me deprime. Me giro para cerrar la

puerta del despacho, consciente de que esta sensación de vacío me seguirá el resto de mi vida. No lo rechazo, no lucho contra él, simplemente lo acepto.

Respiro hondo y sigo el mismo camino que ella. Construí la oficina a unos metros de mi casa precisamente porque me gusta tener intimidad cuando trabajo.

Hace siete años enviudé, hace siete años me enfrenté al dolor más grande que he sentido nunca, juré que nunca volvería a enamorarme, que nunca permitiría que otra mujer se me acercara lo suficiente como para entrar en mi corazón. Y así será por el resto de mi vida.

Prefiero ahogar mi deseo en cuerpos desconocidos, descargar mis frustraciones en mujeres que no me exijan ningún sentimiento. Una, dos, tres, tantas como quiera mi libido, según la noche.

Así es como he llevado mi vida desde que enviudé. Sexo sucio, fantasías libertinas y un corazón vacío. Me conozco lo suficiente como para saber que no podría soportar pasar por otro dolor como el que sentí cuando Luiza murió. No se lo deseo a nadie y no me permitiré volver a sentirlo. No puedes perder el amor si no te enamoras, y yo tengo el control absoluto de mi corazón y me aseguro de no dejar que eso ocurra.

Sí, el vacío es mejor que un dolor terrible, un dolor para el que no hay remedio.

Sin embargo, hace casi cinco años, mi padre me hizo una oferta: darme todo el poder de la empresa a cambio de que me volviera a casar. Un hombre de familia y un hombre de negocios necesitan una mujer a su lado, una madre para su hija, palabras de mi padre Raúl De La Roche.

Fue generoso y me dio cinco años. Si no me casaba en ese tiempo, recuperaría la empresa y la pondría en manos de un primo al que mi tío había mimado toda su vida. Un completo desastre. Y se me acaba el tiempo.

Durante cuatro años fingí que este trato no existía, y seguí con mi vida sin preocuparme por una boda, pero el tiempo no se detiene aunque uno quiera, sigue pasando con cada respiración, y necesito encontrar a alguien que acepte casarse conmigo sin involucrar sentimientos, alguien que necesite mi ayuda hasta el punto de escenificar un romance.

Lia es perfecta, no sólo por la necesidad de pagar la universidad, no sólo porque podría ser alguien que aceptaría un contrato matrimonial, sino porque es maravillosa con mi hija.

No hay nada en el mundo que quiera más que a Alicia. La quiero tanto que algunas noches, antes de tumbarme a dar vueltas en la cama y esperar el sueño que rara vez llega, voy a su habitación mientras duerme y le busco el pulso, en el cuello, en las muñecas o en el pecho, sólo para asegurarme de que sigue latiendo el corazón de alguien a quien quiero tanto, siento sus mejillas cálidas y la beso, rogando a Dios que no me la arrebate también. Y entonces, cuando me aleje de mi angelito, podré entregarme a la depresión de las noches en vela.

Sé que, por mucho que le dé a mi hija todo el amor del mundo, así como todo lo mejor, sigue necesitando una figura materna. No espero que nadie ocupe el lugar de Luiza, pero si mi

hija es más feliz con alguien ahí que la quiera y la guíe, habré tomado la decisión correcta.

He visto cómo está Alicia desde la llegada de Lia, han sido semanas de cambios significativos.

Entro en la casa, atravieso el salón, paso las manos por el piano de cola sin hacer ruido, llego a la escalera y subo al primer piso, tirando mi traje y mi corbata en uno de los sillones del salón de esta planta. Con pasos apresurados, llego a la puerta pintada de blanco y llamo dos veces antes de girar el picaporte.

Viene corriendo hacia mí y se lanza sobre mí. La estrecho entre mis brazos y siento que el pecho casi se me llena de amor. Me aferro a este sentimiento, ignorando el casi, e intento olvidar el vacío.

- Painho, ¿por qué has tardado tanto? - me pregunta, con su dulce forma de llamarme.

- Tenía que arreglar unas cosas con Lia, tu niñera", le explico, oliendo el aroma a jazmín y hierbas en su pelo mojado y llevándola a su pupitre. Está en pijama y sus deberes están sobre la mesa.

- ¿Con Lia? No irás a despedirla, ¿verdad? - me pregunta con los ojos azules muy abiertos. - Painho, ya sabes cuánto me gusta.

- Sí, lo sé -dije, dejándola en el suelo y tocándole la punta de la nariz con el dedo índice-. - Nunca jugabas en el jardín después del colegio, ¿crees que no sé que las niñeras se quejaban de que pasabas tanto tiempo con el móvil, sin salir de casa ni para jugar?

La timidez se le nota en la cara, Alicia se encoge de hombros y mueve los dedos de los pies de un lado a otro con las manos a la espalda.

- Antes no tenía ganas de jugar", explica a la defensiva.

- No voy a despedirla -le aseguro, acariciándole la mejilla y tendiéndole la mano para darle confianza. - Lia te está haciendo bien, de hecho, quizá pueda ser algo más que una niñera para ti -termino por dejar escapar, emocionada ante la idea de encontrar a alguien que hace tanto bien por mi hija.

- ¿Qué quieres decir, papá? ¿Lia y tú vais a ser novios? - me mira con cara inocente, pero mirada de niña lista y observadora.

Es mi turno de esbozar una tímida sonrisa, sin dejar de mirarla. A veces puedo hablar con ella con solo mirarla.

- ¿Alguna vez me has visto con una novia?

- No... - admite, tomándose su tiempo para pronunciar la palabra.

- ¿Por qué pensaste eso? ¿Lia y yo saliendo?

Se ríe suavemente y se tapa la boca con la mano.

- Porque nunca he dejado de soñar con tener una mamá, aunque sea mentira", admite mi hija, y aunque sonríe, sus palabras me rompen el corazón.

Me siento culpable por no permitírmelo nunca, por no dejar que ninguna mujer se acerque lo suficiente, por cerrar mi corazón, y sé lo mucho que le afecta, pero me doy cuenta de que no sería capaz de cuidar de Alicia si me volvieran a romper el corazón.

Me arden las fosas nasales y los ojos, me trago la aspereza de la garganta y fuerzo una sonrisa amarilla.

- ¿Te gustaría que fuera Lia? - pregunto, arrepintiéndome al instante siguiente. Ni siquiera sé si aceptará la propuesta, ni siquiera sé si tendré el valor de proponérselo, no debería dar esperanzas a una niña que ya ha sufrido tanto por la falta de alguien.

Ella asiente con la cabeza.

- ¡Me encantaría, papá! - dice con esa sonrisa que destruye toda mi coraza.

- No nos dejemos llevar", le advierto. - ¿Echamos un vistazo a tus tareas?

*

Después de leerle a Alicia y de que por fin se duerma, cruzo el pasillo y entro en mi habitación. Las cortinas están abiertas y puedo ver el jardín a través de la ventana panorámica. Voy directa al baño, me quito la ropa y me meto en la ducha.

Los recuerdos de Lia llenan mi mente mientras el agua caliente me calienta, pienso en su sonrisa, su piel aterciopelada, la forma en que se mueve cuando no sabe que la estoy mirando. Por ella tardo cada vez más en ir al baño, sobre todo hoy que voy a estar tan cerca de ella y necesito tener el control.

Me dejo la barba sin afeitar, porque tener la cara lisa me hace parecer más vulnerable. Intento elegir una camisa que no muestre mi desesperación al declararme, pero me rindo y cojo la primera que se me pone por delante cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Me pongo pomada en el pelo para mantenerlo en su sitio, mi perfume favorito, me meto la cartera y el móvil en el bolsillo y bajo las escaleras jugando con la llave del coche para controlar mi ansiedad.

Ya no sé cómo tratar con mujeres como ella, no sé cómo conquistarlas. A todas las mujeres que me follo no hace falta conquistarlas, me basta con darles una mirada para conseguirlas. Vienen cuando las llamo, me satisfacen de la manera que yo exijo... pero ¿a quién quiero engañar? Eso realmente no me satisface, y ya no sé cómo conquistar a una chica. No es que quiera ganarme el corazón de Lia, pero estaría bien al menos poder mantener una

conversación agradable.

Llego a la zona donde están aparcados los coches, un garaje abierto cubierto de enrejados de madera y enredaderas que caen en cascada. Elijo el todoterreno negro, temiendo coger el descapotable y parecer esnob.

Me apoyo en el lateral del coche y miro la hora en el móvil. Llego pronto y aprovecho para saber cómo van mis finanzas, qué inversiones han caído y cuáles han dado beneficios. Mi empresa está teniendo un día excelente.

Una figura me llama la atención y levanto la vista de la pantalla del móvil para ver a Lia bajando por el camino empedrado. Respiro hondo ante la sorpresa de verla con un vestido. Es amarillo con estampado de flores, con tirantes, ceñido alrededor de los pechos, haciéndolos resaltar perfectamente, y suelto alrededor de las caderas, llegando hasta la mitad de los muslos, mostrando unas piernas suaves que nunca antes había visto. Lleva sandalias sin tacón con tiras y un bolso cruzado. Su pelo castaño enmarca su bonita cara, cayendo alrededor de sus hombros en rizos.

Siento que algo se revuelve en mi interior cuando se detiene frente a mí, sujetando la correa de su bolso, sin aliento. Pronto me doy cuenta de que el tiempo extra que he pasado en la ducha ha sido inútil, que no importa que me haya descargado en la ducha, no puedo estar satisfecho cuando tengo cerca a una mujer tan sexy.

¿Se da cuenta de su efecto sobre los hombres? ¿Se da cuenta de que puede tener a cualquiera a sus pies? En mi mente sucia, pienso en cuántas veces habrá sido honrada por tipos que no tenía ni idea de que existían. En mi mente perturbada, les enseño el dedo corazón a todos ellos, porque es conmigo con quien esta maravillosa chica va a cenar esta noche.

- Parece que te has precipitado: digo lo primero que se me pasa por la cabeza y luego me arrepiento.

Me asusta la forma en que llena mis pensamientos, la forma en que hace palpitar la polla de mis pantalones, a pesar de que la noche anterior me follé a tres chicas y me alivié antes de conocerla, pero sé que mi corazón está a salvo, que el muro que he construido a su alrededor tiene la firme estructura de los edificios que he diseñado.

Lia me desconcierta de otra manera, es sexual, despierta mi peor lado y, en ese momento, pienso en estrecharla entre mis brazos, tomar su boca, saborear su lengua, morder uno de los pezones de sus pechos resaltando contra la frágil tela de su vestido. Me pregunto en qué pensó cuando eligió las bragas que lleva ahora, voy más allá imaginando qué pensó cuando estaba en la ducha, si sus manos bajaron hasta su coño, qué aspecto tiene. ¿Cuántos días lleva sin sexo? ¿Quién fue el último hombre al que dejó en ridículo? ¿Por qué rompió con su novio?

Fantaseo con llevarla al asiento trasero, ponerme a cuatro patas y lamerle el culo, apretar su piel suave y cálida, imaginarla moviendo las caderas para tentarme aún más y entonces... estoy empalmado delante de ella y tengo que disimular, porque no puedo dejar que sepa lo que me gustaría hacerle.

No hay manera de que pueda hacer una propuesta así a alguien como Lia, pero tengo que hacerlo, y será esta noche.

Capítulo 3



¡Oh, Dios, qué delicioso es! grita mi mente. Estoy tan confundida por su invitación que mi mente crea fanfics despistados. Me concentro en atravesar el camino empedrado y agarro con fuerza el asa de mi bolso. Estoy harta de crear teorías sobre el motivo de su invitación.

Podría ser simplemente un comportamiento estándar, lo hace con todos los nuevos empleados, tal vez. Pero Carol no me dijo nada al respecto, y yo tampoco fui a su habitación a preguntar. Me quedé en mi pequeña habitación de la servidumbre, preguntándome adónde íbamos, de qué íbamos a hablar. La frase "Tengo una proposición para ti" me rondó por la cabeza durante dos horas, mientras intentaba encontrar algo bonito que ponerme.

Para mi sorpresa, Benjamin ya me estaba esperando cuando llegué al garaje. Inhalé bruscamente, aguantando la respiración durante cuatro segundos antes de exhalar. El corazón se me aceleraba de ansiedad.

- Creía que siempre ibas con el chófer", digo mientras me acerco a él, notando lo elegante que parece a pesar de no llevar traje ni corbata. Lleva pantalones negros de sarga y una camisa burdeos doblada por los codos. - Nunca le he visto salir sin su Alfredo.

En la casa trabajan dos chóferes, Alfredo se queda con Benjamín todo el tiempo y Roberto se queda en la casa para hacer la compra, llevar a Alicia al colegio, etc.

- El Sr. Alfredo está libre hoy. ¿Le parece bien que estemos los dos solos? - pregunta, algo que podría sonar irónico, pero no lo hace.

- No hay problema, es que no... - Sacudo la cabeza, recordándome que es mejor callarse cuando no sabes qué decir. - No pasa nada.

Asiente, sus ojos verdes me miran fijamente, analizándome con un brillo indescriptible, poniéndome aún más nerviosa.

- Estás preciosa", comenta, haciendo que me dé un vuelco el corazón. Me paso la mano por el vestido amarillo y me humedezco el labio inferior, sintiendo cómo se me forman gotas de sudor entre los pechos. Hace calor, el aire es pesado, pero no hay señales de lluvia.

- Gracias, señor.

Quiero decir que él también, pero Ben ya está abriendo la puerta del coche y me tiende la mano para que suba al todoterreno.

Miro su mano extendida y trago saliva; cuando nuestras pieles se tocan por primera vez, me digo a mí misma que me excita mucho pensar que allí hay algún tipo de química. Me coge la mano con fuerza mientras me ayuda a subir al vehículo.

El coche huele a nuevo, como recién comprado. Los asientos son de cuero beige y el salpicadero está lleno de botones. Cuando se da la vuelta, entra en el coche y lo arranca, empieza a sonar automáticamente una canción. Va por la mitad, pero enseguida la reconozco como Back and Black, de AC/DC.

Tarareo una pequeña melodía.

- ¿Lo conoces? - me pregunta, sorprendido, mientras la puerta del garaje se abre, dejando la calle a la vista.

- Sí, pero ¿por qué la sorpresa? - No puedo evitar preguntármelo. - ¿Crees que a la gente del campo no le gusta AC/DC?

No me ofendo, es sólo una broma, pero veo que tu cara se pone seria con mi pregunta.

- ¡Yo no pensaría tal cosa! - se justifica rápidamente. - Es que no creía que alguien tan joven escuchara a un grupo de los 80.

Y entonces me mira, de pie en la acera frente a la mansión. Me siento incómodo.

Me pregunto cuántos días llevo sin un beso en los labios, sin una caricia de mi prometido, un roce masculino, pero no puedo echar de menos a Lucas, al contrario, su presencia me repugna. Entonces, ¿cómo puedo estar echando de menos lo que no echaba de menos?

Parpadeo, mordiéndome de nuevo el labio, y me doy cuenta de que los ojos de Ben están puestos en mi boca. Se me pasa por la cabeza que él también podría estar sintiéndose necesitado, pero rápidamente descarto esta idea, tirándola fuera del coche. Por muy hombre que sea, no es de los que se sienten atraídos por una pobre criada del campo.

De repente me acuerdo del tópico del jefe que se acuesta con la criada, y no puedo decidir hasta qué punto me molesta, porque el deseo de que me toquen se apodera de todo.

Quiero preguntarle adónde vamos, qué quiere de mí, pero temo que la respuesta no sea la que me pide el cuerpo, así que intento no pensar en nada, mantener el deseo a raya, pero es difícil

estar cerca de un hombre tan encantador, sí, porque de cerca es aún más atractivo, y lleva un perfume que me hace querer inclinarme y olerle el cuello, una mezcla de hierbas que le da un aspecto salvaje.

Le quito los ojos de encima y miro hacia la calle bordeada de mansiones de la urbanización cerrada. Suena Crazy, de Aerosmith, cuando llegamos a la puerta. Intento concentrarme en la letra y olvidarme del resto.

Veo los edificios, las luces del estadio Arena das Dunas cuando pasamos la avenida Prudente de Morais y toma el desvío a Salgado Filho. Veo a la gente reunida en las paradas de autobús. Es jueves. La acera del Natal Shopping está abarrotada. No hay tráfico en el viaducto de Ponta Negra y pronto estamos en la avenida Engenheiro Roberto Freire. Me concentro en los ciclistas de la acera de al lado, en los peatones, en las marcas de los coches de los carriles de al lado, en todo menos en cenar con Benjamin De La Roche.

Gira hacia el este y conduce por una calle en pendiente hacia el restaurante Shrimps, cuando el coche entra en el aparcamiento subterráneo privado, estoy tan ansioso que no sé cómo voy a comer.

Vengo de una familia pobre, mi padre es ayudante de albañil, mi madre siempre ha trabajado de asistenta y yo he sido niñera desde que tengo uso de razón, a veces trabajando por unas pocas libras, y el lugar más sofisticado en el que había comido antes de venir a trabajar para Ben y Alicia era la casa del párroco de mi congregación, precisamente porque estaba prometida a su hijo.

Ningún hombre me ha llevado nunca a cenar, a un restaurante, y mucho menos a un sitio como éste. Sé que no voy bien vestida, llevo un vestido que me he hecho yo misma y unas bailarinas baratas. La correa de mi bolso se está despegando, porque es de segunda mano, era de mi ex suegra, y me siento fuera de lugar, mirando todos los coches lujosos que hay en las plazas de aparcamiento. Entonces Benjamin se baja y abre la puerta del copiloto, es alto, mide más de metro ochenta, y cuando me tiende la mano para ayudarme a bajar, estoy tan nerviosa que me choco con él.

Me apoyo en su brazo y pierdo el aliento al sentir la dureza de sus músculos.

- ¿Va todo bien, Lia? - murmura Benjamin, sujetándome por los codos. Levanto la cabeza y le miro preocupada.

- Me tropecé", le susurro, aún sujetándole los brazos, prolongando el contacto.

No parece importarle. Levanta una mano y me aparta el pelo de la cara.

- Cálmate -susurra, esbozando una discreta sonrisa-. - Es solo una cena y una proposición, no es para tanto.

Su voz es aterciopelada, seductora y me envuelve. Sacudo la cabeza, patéticamente, sin querer estropear lo que sea que esté planeando.

- Estoy nerviosa", admito. - Nunca he estado en un sitio tan elegante. No voy bien vestida.

Me sorprende poder permanecer tan cerca de Benjamin sin querer apartarme. Sus manos siguen en mis codos, pero no siento la necesidad de distanciarme de él, no me siento sofocada como cuando mi ex prometido se acercó a mí. No me gustaba el tacto de las manos de Lucas, su aliento contra mi boca y menos aún sus besos. Era como si me oprimiera.

Es la primera vez que estoy tan cerca de otro hombre desde Lucas, y es sorprendente lo cómoda que me siento con nuestra proximidad ahora mismo. No hay una sola célula en mi cuerpo que quiera dar un paso atrás, apartarlo o simplemente contener la respiración para evitar oler su aliento. Al contrario, aspiro su aroma con la esperanza de que permanezca vivo en mi memoria.

Durante mucho tiempo pensé que tenía aversión al contacto de un hombre, ahora más que nunca estoy segura de que no sentía nada por Lucas, y que huir de aquella boda fue lo mejor que pude haber hecho.

- No creo que esté vestida adecuadamente para un restaurante como éste -tartamudeé, inquieta por la confusión de pensamientos. - La mayor parte de mi ropa me la hacía yo misma y esto...

Sin que me anticipe a su acción, Benjamin me presiona el labio con el dedo índice, acallando mis gemidos.

- "Shiiih", susurra contra mi boca, aspirando su aliento fresco.

Deseo con todas mis fuerzas que no sea el Sr. De La Roche, que no sea el CEO de una de las empresas más rentables de Rio Grande do Norte, que no sea viudo y mucho menos el padre de la chica para la que trabajo. Suplico en mis pensamientos, inútilmente, que sea un chico sencillo, de una familia sencilla, alguien a quien pueda besar, porque estoy tan desesperada por eso como nunca lo he estado.

Tengo miedo, mucho miedo del sentimiento que crece en mi pecho.

Desliza su mano desde mi codo hasta mi mano derecha, luego me gira 180º, de modo que estoy de espaldas a él y de cara al coche.

- Mira qué guapa estás", me susurra cerca del oído, su aliento me provoca un delicioso escalofrío.

Aprieto los dientes para que no se dé cuenta. No quiero que se dé cuenta de lo que me está haciendo, de que el corazón está a punto de salírseme por la boca y de que su mero contacto hace que me ardan las entrañas de excitación.

Inclino la cabeza para ver mejor nuestro reflejo y, una vez más, lamento que no sea un tipo corriente.

- ¿Qué ocurre? - me pregunta. Le miro fijamente reflejada en el cristal oscuro del todoterreno. - Eres preciosa, tu vestido es encantador y coses muy bien.

- Gracias", le susurro, afectada por sus palabras, sintiéndome ridícula por dejarme engañar así.

- ¿Vamos?

Asiento y dejo que me guíe hasta el ascensor, mientras intento convencerme de que sólo estoy necesitada.

*

- Siempre hay cola de gente esperando mesa", explica Ben cuando llegamos al salón, "pero hay una mesa reservada para nosotros.

Miro a la derecha al pasar por la puerta de entrada y veo a algunas personas esperando en la acera.

- La comida debe de ser muy buena", digo en voz baja.

- No es sólo la comida", rebate Ben. - La mayoría de la gente está aquí solo por el estatus.

- ¿Estás aquí por la misma razón? - le pregunto, pero el maitre viene hacia nosotros y no obtengo respuesta.

- Buenas noches, señor. Su mesa les espera -el hombre habla con acento sureño y nos hace un gesto para que le sigamos en dirección norte del restaurante.

Me doy cuenta de que los ojos están puestos en nosotros cuando Benjamin me pone la mano en la base de la columna para que camine un paso por delante de él.

Me siento observada, estudiada, medida y agobiada mientras camino con él por el restaurante. Me siento tan avergonzada por la inesperada atención que temo tropezar con mis propios pies, como cuando salí del coche.

- La gente está mirando", le susurro a Ben, sujetando con fuerza la correa de la bolsa, sintiendo cómo el material sintético se deshace en mi mano.

Se limita a asentir y se gira rápidamente para saludar a alguien.

Cuando llegamos a la mesa, el maitre me acerca una silla para que me siente, cosa que hago rápidamente, ansioso por librarme de la vergüenza.

Sólo cuando Ben se sienta miro a mi alrededor, observando la elegante decoración. Es un hecho que nunca he estado en un sitio así. Las luces son naranjas, hay cuadros, lámparas de araña, el asiento y el respaldo de las sillas de la mesa en la que estamos son acolchados, el

mantel es de lino beige y a nuestro lado hay una ventana panorámica con vistas al mar de Ponta Negra.

Veo la luna dejando una estela plateada en el agua, las olas rompiendo.

La mesa está apartada de las demás, pero sigo sintiendo los ojos de la gente sobre nosotros.

- ¿Quiere pedir ahora o prefiere que vuelva más tarde? - pregunta el hombre.

- Te avisaré cuando estemos listos para pedir", dice Ben prácticamente. - Sólo trae una botella de ese vino...

- ¿Weinert, señor? - se anticipa el camarero.

- Así es. Y sólo agua para mí.

El hombre hace algo parecido a una referencia, pide que le disculpen y se marcha.

Todo me resulta extraño, no en el mal sentido, pero es diferente, es otra realidad. Intento recordar el nombre del vino para buscar el precio cuando llego a casa, pero acabo olvidándolo enseguida.

- La gente quiere saber quién eres", dice Ben en cuanto el maitre nos deja.

- ¿Cómo? - pregunto atónito.

- Has comentado lo de que la gente mira, quieren saber quién eres.

Llega un camarero con una botella de vino, otra de agua y dos vasos, y nos sirve.

- ¿Por qué querría alguien saber de mí? - pregunto, en cuanto volvemos a estar solos.

- Porque estás conmigo", dice con franqueza, bebe un sorbo de agua y esboza una sonrisa inquietantemente encantadora.

- "¡Ah!", balbuceo, sintiendo una punzada en el corazón al pensar en cuántas mujeres habrá traído a este restaurante.

Decido probar la bebida, porque el vino me relaja y estoy tensa, aunque en ningún momento me hace sentir como una simple criada. Espero encontrar el sabor dulce y suave de los vinos baratos que estoy acostumbrada a beber -como las botellas de cinco litros- y me sobresalta el sabor seco. Intento disimularlo, pero acabo dedicándole una sonrisa amarillenta cuando me pregunta si está bueno, no me voy a quejar, al fin y al cabo dice que es su marca de vino favorita. Bebo otro sorbo y cruzo las piernas por debajo de la mesa, sólo entonces decido colgar mi bolso en el lateral de la silla, en la parte que da a la ventana, para que nadie vea la correa desgastada.

- Si supieran que sólo soy la niñera de tu hija, perderían el interés inmediatamente.

Tomo mi tercer sorbo de vino, aún sin recibir el resultado esperado, con el corazón aún más apretado. Estoy enfadada por permitir que una pequeña parte de mi mente albergue la esperanza de que algún día podré besar a alguien como él.

Benjamin me mira fijamente, su cara tiene una expresión neutra, lo que me hace sentir aún peor.

- No todo el mundo es así", afirma.

- ¿Cómo?

- Prejuicios - explica.

- Pero es eso: sólo soy la niñera de tu hija", insisto, sin saber exactamente por qué lo hago.

- Aun así, eso no cambia el hecho de que nunca he traído a una mujer a cenar, y aunque supieran que tienes un trabajo decente como cuidadora de niños, no perderían el interés, entre otras cosas porque no te he invitado a cenar porque seas la niñera de mi hija.

Trago saliva, intentando imitar su expresión inquebrantable.

- He venido a hacerle una propuesta", le digo, haciéndole saber que no me he olvidado y que no estoy deslumbrado, ni mucho menos engañado.

- "Me sorprende que no sientas la menor curiosidad por lo que tengo que decirte", observa Ben, echándose hacia atrás y entrecerrando ligeramente los ojos para analizarme.

Enderezo la postura, manteniendo la espalda recta y la cabeza alta, con una fuerza que ni siquiera sabía que tenía, dejando atrás a la chica que decía que sí a todo lo que decían sus padres, su prometido y su pastor, y luego, aún con la taza en la mano, la balanceo frente a mi cara y bebo un sorbo generoso.

- No vas a decírmelo hasta que llegue el momento, así que ¿por qué te pones nerviosa? - bromeo, con una ceja levantada, colocando el vaso lentamente sobre la mesa, disimulando toda la ansiedad que siento.

Sé que parte de mi inesperada actitud se debe a que, aunque es mi jefe "en la hierba", Benjamin no me oprime, no me hace parecer tonta, imbécil o un simple trofeo del que presumir, como siempre hacía Lucas, aunque sean situaciones completamente distintas.

- ¿Estás flirteando conmigo, Lia? - me pregunta, deteniéndose en la pronunciación de mi nombre.

Sus palabras me dejan atónita y tengo que apretar los dientes para no derrumbarme de

nervios delante de él. Por suerte, aparece el camarero y pregunta si estamos listos para pedir.

- Danos un minuto más", responde Ben, incorporándose de nuevo en su silla.

Tengo hambre, pero la ansiedad me revuelve el estómago.

Abre el menú mientras el hombre se aleja. Yo hago lo mismo, intentando fingir costumbre, pero veo que sus ojos están clavados en mí. Intento disimularlo, pero su mirada hace que algo se caliente dentro de mí, un calor delicioso entre mis piernas.

- ¿Qué vas a pedir? - me pregunta.

- "Gambas parisinas", respondo, después de ojear rápidamente la carta.

Ben levanta la mano e inmediatamente aparece el camarero para tomarle nota. Acaba eligiendo el mismo plato que yo, sin pensárselo mucho. No sé si eso significa algo.

Miro a mi alrededor y capto varias miradas curiosas.

- ¿Te molesta? - pregunta Ben. - Podemos llevarnos la cena y comer en otro sitio. No tienes por qué quedarte si no te encuentras bien.

- Está bien - miento, no me gusta ser el centro de atención. - Dijiste que nunca habías traído a una mujer a cenar...

- Siempre vengo aquí para reuniones de trabajo, pero nunca he estado... He venido con la madre de Alicia, pero eso fue hace muchos años. Desde que enviudé, tú eres el primero.

- ¿No tienes novia? ¿No... ¿Cita?

Asiente con la cabeza.

- Nada.

Frunzo el ceño, curiosa.

- Creo que tenemos un trato", dice, observando a la gente a su alrededor.

- ¿En qué quedamos?

- Como pareja, creo que hacemos buena pareja, ya que estás tan interesada.

Me vuelvo a quedar de piedra, pero endurezco mi corazón, bloqueando mis emociones.

Se hace el silencio en la mesa durante un momento, hasta que aparece el camarero con nuestros platos. Ben sigue charlando, pero esta vez comenta la comida, la marea, el mar, el lugar, la bebida, e incluso hace algún comentario sobre el vino.

Me doy cuenta de que no sé nada, no tengo un paladar sofisticado, pero al menos la comida es buena, las gambas son grandes y sabrosas, me muero de hambre y puedo comer aunque sea un manojo de nervios.

Como deprisa, esperando averiguar qué significa todo: la invitación, la cena, la conversación, las insinuaciones y, sobre todo, lo que me propone.

- ¿Qué quieres de postre? - Ben quiere saber cuándo he terminado mi plato.

Pensé en negarme, pero soy glotona de nacimiento, pasé privaciones de niña, mi familia no podía permitirse mucho más que lo básico para sobrevivir, y a menudo, en el patio del colegio, los días que no había almuerzo, observaba a los otros niños comprando bocadillos, con el estómago rugiendo, pero nunca tenía el valor de pedirlo, o lo rechazaba avergonzada cuando me lo ofrecían. Ahora todo eso ha quedado atrás, pero no pierdo la oportunidad de comer bien y no rechazo nada de lo que una vez me apeteció de verdad, así que me llevaré un trozo de tarta alemana.

El postre llega más rápido, y casi me siento a gusto con la situación, hasta el punto de que no me importan tanto las miradas de la gente que me rodea, porque él hace que me sienta cómoda con la situación. Estoy a punto de bajar los hombros y deshacer mi pose de intocable, pero no sé lo que me espera, así que creo que es mejor guardar las apariencias y seguir con la armadura puesta.

Me siento aún más erguida en mi silla cuando Benjamin se aclara la garganta. Se limpia la comisura de los labios con la servilleta de lino tras un último bocado de tarta, lo que me hace desear por un momento poder probar el sabor que el postre ha dejado en su lengua. Aprieto la mandíbula y contraigo las entrañas, intentando no tener ese tipo de pensamientos ahora mismo.

- No sé cómo decir esto de una forma más suave y discreta", empieza Ben, dejando entrever que está nervioso, lo que me hace sentir aún peor.

- Habla", susurro, con la ansiedad a flor de piel, apretando las uñas contra los muslos bajo la mesa.

- Tengo que casarme", dice y luego niega con la cabeza. - Es una exigencia de mi padre.

- ¿Tu padre? - no puedo evitar preguntar sorprendida.

Sacude la cabeza, mira el plato sucio de chocolate y luego vuelve a mirarme.

- Tengo casi treinta años y mi padre sigue intentando controlar mi vida", murmura, más bien como desahogándose.

- Porque tú me dejas", digo sin saber de qué hablo, no sé prácticamente nada de la familia De La Roche.

- Voy a ser directo, Lia, y lo único que te pido es que no me interrumpas hasta que haya

terminado, ¿vale?

Tengo los nervios de punta porque nada de lo que dice parece tener que ver conmigo y, sin embargo, me ha traído a este restaurante para hablarme de ello.

- Conde - mi voz es sólo un silbido bajo.

- A mi padre nunca le gustó mi mujer, esa es la verdad, pero cuando ella murió, mi dolor le molestó mucho más que mi matrimonio con Luiza. Empecé a trabajar con él en la empresa porque era viejo y quería jubilarse, pasé dos años siendo criticada y regañada como una niña, pero al final de ese período, me dijo que me cedería la empresa con la condición de que me casara, dejara atrás mi pena para siempre y encontrara una madre para mi hija, una mujer que me ayudara a crecer -habla rápido, perdiéndose en sus palabras, su mirada se encuentra con la mía algunas veces, pero no dura mucho. - Es un hombre muy tradicional y le gusta que le complazcan, le gustan los privilegios que le ofrece su posición. A decir verdad, mi padre tiene peticiones extrañas, como la que me hizo a mí. Me dio cinco años para encontrar esposa, de lo contrario retiraría la empresa y se la pasaría a mi primo, que no sabe mucho de negocios.

- Y no te casaste - no puedo dejar de comentar.

- Y sólo me quedan unos meses", añade Ben.

- ¿No has encontrado ninguna mujer adecuada en los últimos años? - me duele el corazón al preguntar, porque temo la respuesta.

- Nunca lo busqué, la verdad es que actué como si los años nunca fueran a pasar, como si el plazo no fuera a expirar, hasta que...". - dice y levanta la mirada para mirarme. La luz amarillenta se refleja en sus ojos verdes, tiene la barba sin afeitar, los labios entreabiertos, la barbilla cuadrada, todo en él es armonioso.

- ¿Hasta qué? - insisto cuando no continúa.

- Una mujer entró en mi vida hace unas semanas -dice, haciendo que el corazón se me oprima en el pecho, como si estuviera diciendo que no hay ninguna posibilidad para los dos. Soy ridícula, no tengo nada que ver con su historia y no debería dejar que me afectara así. - Una mujer perfecta para ser mi esposa, para ser la mamá de Alicia, alguien... simplemente perfecta. Pero no sé cómo hablar con ella, cómo proponérselo...

- ¿Habéis salido juntos? - le pregunto, incapaz de disimular el cambio de humor, siento que los músculos de mi cara se tensan, estoy visiblemente alterada, pero Benjamin no se da cuenta, está demasiado ocupado con su propio drama.

- Sólo una vez, pero no sé qué diría de eso.

- Creo que debería hablar, después de todo, dijiste que sólo llevabas aquí unos meses, ¿no? - Lo intento, pero no puedo disimular mi enfado. - Si no te casas, tu padre se hará cargo de la empresa y se la entregará a alguien que tal vez no pueda ocuparse de ella. Imagino que es sólo

una rabieta.

Benjamin carraspea pero no dice nada, está mirando su plato vacío. Tengo el estómago lleno, estoy disgustado, tengo sueño y quiero irme, mañana tengo que madrugar para cuidar de Alicia y no quiero quedarme aquí sentado escuchándote hablar de la mujer perfecta, pero no puedo decirle nada de esto a mi jefe.

- ¿Lia...? - me grita, mirándome sin piedad con sus ojos verdes.

- "Hm", murmuro, molesto.

- ¿Aceptarías casarte conmigo en estas circunstancias? - Su pregunta me coge por sorpresa, se me cae la mandíbula, pero no espera a que responda, empieza a hablar aún más rápido, como si estuviera más nervioso y ansioso que yo. - Es un contrato, sólo tienes que seguir casada conmigo mientras dure el contrato, una vez que termine eres libre de pedir el divorcio. Sólo necesito que te comportes como mi esposa en público, para que mi padre crea que es un verdadero matrimonio. No será gratis, pienso recompensarte pagándote la carrera de medicina, todo el curso, aunque el matrimonio termine antes. La universidad, los gastos, un piso, un coche y lo que necesites. Lo pondremos todo en el contrato, sólo necesito que parezca que me quieres.

Cuando se queda callado, esperando una respuesta, cojo el vaso de vino amargo y me lo sirvo todo en la boca, sintiendo cómo el líquido baja caliente por mi garganta.

Mi mente está nublada, ¿qué demonios puedo pensar sobre esto?

- "Pero dijiste que habías encontrado a la mujer perfecta", susurro con voz llorosa, emocionada ante la perspectiva de estudiar, de graduarme, pero también de tener algo con él. Llevo toda la noche mintiéndome a mí misma, intentando ocultar que me estoy enamorando de Ben.

- Y lo he encontrado, Lia -dice con una mirada atrayente, que me dan ganas de lanzarme a sus brazos-. - Eres perfecta, eres dulce y educada, pero te defiendes cuando lo necesitas, tu actitud revela un poder interior, una fuerza para triunfar en la vida admirable, y sobre todo, quieres a mi hija, la has cambiado en este poco tiempo, la has hecho más abierta al mundo, no hay nadie mejor que tú para ser madre de Lia.

Parpadeo y respiro hondo para contener mis emociones por un momento.

- ¿Un matrimonio con fecha de caducidad? - le pregunto, empezando a analizar con la razón.

- Sólo si quieres divorciarte después, si quieres seguir, podemos renovar el contrato, pero necesito seguir casado un tiempo antes de divorciarme.

- A cambio, mi universidad... - Es surrealista pensarlo así. - ¿Y cómo sería mi trabajo de niñera?

- Ya no tienes que trabajar si eres mi prometida, mi mujer, ya no serás una niñera, sino alguien que ayudará a criar a Alicia. Podemos contratar a un cuidador para que no se interponga en sus estudios.

¿Sería hipócrita por mi parte escapar de un matrimonio de conveniencia y aceptar otro que pague más? ¿Someterme a otro hombre sólo para tener un mejor nivel de vida? No es que estuviera de acuerdo con Lucas. Lucas flirteó conmigo durante dos semanas de culto, cuando su padre se trasladó con su familia a mi ciudad para sustituir al antiguo pastor de nuestra congregación. Sin preguntarme si quería, vino a mi casa y pidió a mis padres mi mano. Dijeron que sí sin consultarme, porque para mi padre yo nunca había tenido mente propia, lo mismo que él siempre pensó de mi madre.

La engañaba, le pegaba, la privaba de gestionar su propio sueldo y fingía ser un buen marido, yendo a la iglesia con la familia todas las semanas.

Trabajaba como niñera de los hijos pequeños de un concejal local cuando mi padre decidió que saldría con el hijo del pastor. Para él, eso en sí era como ganar la lotería, pero todo se volvió aún más emocionante cuando, una semana después de venir a mi casa por primera vez, Lucas decidió que dejaría de trabajar. Se ofreció a pagar a mis padres lo que yo ganaba para que pudiera quedarme en casa, ya que necesitábamos el dinero para sobrevivir.

Mi padre no lo veía así, pero yo me sentía vendida. No sabía qué hacer, porque era aceptarlo o que me dieran una paliza, aunque ya tenía diecinueve años, así que decidí intentar verle lo bueno: tendría más tiempo para estudiar, ya que había suspendido el último examen de acceso a Medicina. Pero a mi padre nunca le gustó verme ocioso, y aunque Lucas me pagaba literalmente para que no saliera con una chica que trabajaba de niñera, mi padre se empeñaba en buscarme niños para que los cuidara en casa unas horas al día.

Cuando Lucas se enteró de que seguía trabajando, me dio una bofetada en la cara y luego me empujó la cabeza contra la pared, diciendo que tenía que aprender que alguien como él no podía salir con alguien que trabajaba de niñera. Aún recuerdo cómo me despreciaba por ello, queriéndome exclusivamente porque pensaba que era guapa, un trofeo del que presumir.

No culpo al pastor, a su padre, no culpo a la religión. Mi padre y Lucas son hombres despreciables, machistas y maltratadores que se esconden con piel de cordero, pero sólo quienes conviven con ellos saben cómo son en realidad entre cuatro paredes. Hipócritas. Lucas nunca insistió en acostarse conmigo porque quería una novia virgen, pero yo sabía que me estaba engañando, igual que mi padre siempre engañó a mi madre.

Vi cómo se repetía la historia, primero con mamá, una mujer sumisa, y luego conmigo. La única arma que tenía eran mis estudios, pero ni siquiera eso funcionó. Desde que salí hasta que me prometí con Lucas, pasaron dos años, un mes y catorce días en los que tanto él como mi padre me pegaron, y me obligaron a fingir que estaba enamorada de él en público, me humillaron, me oprimieron y me obligaron a comportarme como alguien que no era, como si pudiera moldearme para ser la esposa ideal de alguien que no era más que un mocoso mimado.

Me escapé a la primera oportunidad. Carol es de mi ciudad, y acabé conociéndola en un

culto dominical, me preguntó si conocía a alguien que quisiera trabajar de niñera para la misma familia para la que ella trabajaba en la capital, tiré de ella hacia una esquina, sin pensar realmente en las consecuencias, y le dije que quería, pero que necesitaba huir.

Dejé una nota en mi cama con mi anillo de casada, pidiéndoles que no me buscaran. Se me rompió el corazón cuando dejé a mi madre, porque sabía que dependería de ella, que mi padre la castigaría por huir, pero si me quedaba, si no aprovechaba la oportunidad, acabaría como ella.

Le pedí a Carol que lo mantuviera en secreto, porque tanto Lucas como mi padre podían venir a por mí si sabían dónde estaba. También se ofreció a vigilar a mi madre.

Le debo mucho.

- Estudiar medicina es mi mayor sueño, el mayor objetivo de mi vida - confieso, mientras la película de mi vida desfila por mi mente como un espectáculo de terror.

- Y puedo ayudarte, cásate conmigo, Lia. Está todo en el contrato.

- Debe de ser un contrato con muchas páginas", digo riendo nerviosamente. El destino me parece ahora una trampa. ¿Estoy condenada a esto?

Pero Benjamin no es como Lucas. Carol se habría puesto en contacto conmigo. Veo cómo cuida de Alicia cada noche, lo mucho que se preocupa por su hija, lo bien que trata a todo el personal. No puedo creer que hiciera las cosas que Lucas me hizo a mí, o que mi padre le hace a mi madre, y además, lo que estoy sintiendo por él en este corto periodo de tiempo es más fuerte que lo que he sentido por Lucas en más de dos años.

- Sólo habrá una condición, aparte de que seas mi mujer", dice.

- ¿Cuál?

- No puedes enamorarte de mí.

Capítulo 4



Si sólo hubiera sido por Lia, nunca habría puesto esta condición, pero sabía que era más por mí que por ella. No quiero volver a enamorarme, aunque sea una mujer increíble, no quiero volver a vivir con el miedo de que me rompan el corazón en mil pedazos.

Respiro hondo mientras ella me mira fijamente desde el otro lado de la mesa, con sus ojos color caramelo, hermosos bajo la luz incandescente del restaurante.

Siento los ojos de los demás clientes puestos en mí y quiero sonreírles y decirles: sí, está conmigo, sí, por fin salgo con alguien, y también sé que es guapa y que tengo suerte. Es una cuestión de ego, no puedo explicarlo bien, pero me siento orgulloso de estar con Lia aquí, aunque no signifique prácticamente nada.

La observo fruncir el ceño y respiro hondo, quiero decir algo que la haga sentirse más segura de subir a este barco conmigo, pero ¿qué puedo decir? No merezco a alguien como ella, no después de lo que he hecho con mi vida en los últimos años.

- ¿Puedo preguntar por qué? - pregunta, con la barbilla ladeada y marcada, dándome ganas de deslizar el dedo por esa línea.

- Porque las cosas serán más fáciles si no hay sentimientos", explico, pasándome la punta del dedo índice por la ceja, que me pica cuando me pongo ansiosa.

- Pero si ocurriera, ¿si uno de los dos acabara enamorándose? - insiste ella.

Se me infla el pecho, me enderezo en la silla, arrastrado por el pensamiento, por la idea surrealista de tenerla por completo en mi vida, pero definitivamente no puedo caer en esos pensamientos insensatos, no podría soportar volver a pasar por el dolor de la pérdida. Sé la clase de hombre que soy.

- No me voy a enamorar -mi voz suena seca, grave, y no se lo digo a Lia, sino a mí mismo, pero ella me oye y abre ligeramente los ojos.

- Claro que no -responde con rostro serio, y yo ladeo la cabeza hacia un lado, sin saber si está enfadada conmigo. - Nunca te enamorarías de la niñera.

Tardo unos segundos en procesar sus palabras, ¿cree Lia que hay algo en ella que me detendría, que me alejaría? El mero hecho de que tenga una profesión que paga poco nunca sería suficiente.

- No se trata de ti, Lia - me empeño en decir tu nombre sin motivo. - Si importara, no te pediría que te casaras conmigo.

Levanta una ceja, con el semblante lleno de dudas.

- Entonces, ¿qué es?

- Es complicado - soy sucinto.

- ¿Qué tan complicado puede ser? Viviremos en la misma casa, ¿no? - me pregunta, y yo asiento con la cabeza. - A veces tendremos que besarnos en público, dormir en la misma habitación, supongo, la gente nos conocerá, ¿qué más puede ser complicado?

Me mira fijamente, aún enfadada, esperando una respuesta. No quiero que se rinda, no quiero imaginarme a otra mujer entrando así en mi vida, formando parte de mi familia, acercándose a mi hija, pero no puedo permitirme renunciar a una boda, dejar que mi padre recupere la constructora y se la entregue a un primo malcriado, mal educado y que vive del dinero de bolsillo. Necesito esta boda a toda costa, y necesito que sea Lia.

- Soy complicada -le digo, sonando lo más seria que puedo para que lo entienda-. - No quieres involucrarte emocionalmente conmigo.

- Te he visto con tu hija, os veo juntos todas las noches, alguien que trata tan bien a su hija no puede ser tan complicado.

- ¿Por qué insistes en esto? - pregunto sin pensar con claridad, dejando que mi voz se eleve en un momento de descontrol. - Estás tan enamorado de mí como para oponerte tanto a un pequeño detalle?

- No", dice ella, aún más seria. - No te conozco bien, ¿por qué iba a estar enamorada? Sólo insistí porque quiero entender todo sobre esta propuesta antes de pensar si aceptarla o no, y simplemente no puedo entender qué podría detenernos, ya que no es la diferencia de clase social.

- ¿Sabes por qué nunca he tenido citas, Lia? ¿Por qué no he encontrado una mujer que se case conmigo a la manera tradicional? - le pregunto, y ella sigue mirándome fijamente, con una expresión de curiosidad mezclada con desprecio. - No permito que nadie se me acerque así, y tampoco te lo permitiré a ti.

Se te encienden las fosas nasales, no puedo ni pensar cuándo perdimos así el control de la conversación, cuándo se nos crisparon tanto los nervios.

- ¿Así que has estado completamente solo desde que enviudaste? - se burla.

- Por supuesto que no. - Mi respuesta la hace respirar pesadamente, sin paciencia.

Me doy cuenta de que estoy nervioso, debo de estar estropeando las cosas, pero si hay algo que tengo que dejar claro es esto.

- Lia -bajo la voz y hablo con paciencia-, eres hermosa, dulce, atractiva, todo lo que cualquiera podría buscar en una esposa, pero yo no sirvo, no sirvo para ser el dueño del corazón de alguien como tú, y si no estás enamorada de mí, no puedo permitir que exista la más mínima posibilidad de que algo ocurra entre nosotros. Quiero que te cases conmigo, pero tienes que saber qué clase de hombre soy.

- ¿Y me lo vas a enseñar?

Sacudo la cabeza positivamente y saludo al camarero, pidiéndole la cuenta. En unos instantes, aparece con el recibo de la cena y la máquina de tarjetas. Cuando termino de teclear la contraseña, Lia ya está de pie, apretando su bolso contra el pecho.

Me levanto y ella se adelanta. Doy una larga zancada y le cojo la mano, que se me escurre entre los dedos.

- Lia, por favor", le pido, sintiendo una punzada en la boca del estómago cuando una sensación de vacío me invade el pecho. Hasta hace poco era feliz, ahora la sensación de nada me coge por sorpresa, me arrastra hacia el agujero.

Se detiene un momento y me mira. Insisto en entrelazar nuestros dedos y esta vez me lo permite.

- "Espero que al menos te haya gustado la comida", refunfuño, sabiéndome responsable del repentino cambio de humor y del indigesto final de la cena.

Debería haberlo explicado bien, haberlo ensayado más.

Levanta la cara para mirarme, pequeña, su cabeza ni siquiera llega a mis hombros, y sonríe, rompiendo mi marco.

- Fue genial", dice, y luego susurra: - ¿Qué más quieres que finja?

Estamos frente al ascensor, pulso el botón para bajar e intento pensar en algo para aliviar esto, pero estoy demasiado nerviosa y ansiosa para pensar con claridad.

- Eres increíble, eres maravillosa, me encanta verte con mi hija, tienes todo lo que yo buscaría en una mujer, pero no soy alguien que se enamore, no después de haber enviudado.

Respira hondo, y siento que aún debo añadir algo a mi justificación.

- No puedo explicarte exactamente por qué, pero puedo enseñártelo. - Las puertas del ascensor se abren y entramos. - Antes estabas prometida, debes darte cuenta de que una relación no es tan sencilla.

Levanta la cara y asiente en señal de comprensión.

- Lo sé mejor que nadie", dice Lia. - Qué sabes exactamente de mi compromiso?

- Que se dio por vencida y se mudó aquí - contesto exactamente lo que sé. No he hecho muchas suposiciones al respecto, porque sé que una mujer como ella no se conforma con poco, que sería muy fácil perderla. - Te mereces el mundo, Lia, y no hablo de dinero.

- Tú me entiendes", susurra cuando se abre la puerta del ascensor. - Entiendes que el dinero no puede ganarse el corazón de nadie.

Asiento, sacándola del ascensor antes de cometer el error de romper mi primera regla: nunca besar en la boca. Hace muchos años que no beso, y por mucha sed que tenga de sus labios, de la lengua rosada que aparece cuando humedece su labio carnoso, no voy a dejarme llevar.

Mis extremidades palpitan de deseo cuando llegamos al coche, mi mente es una tormenta de pensamientos, pero necesito volver a ponerme en marcha.

Sé que aún hoy puedo conocer a una mujer y ahogar la calentura que me consume dentro de ella, aunque el alivio dure unos instantes, sé que tengo a mi disposición mujeres dispuestas a satisfacerme sin exigir sentimientos a cambio, sin la menor implicación emocional, ni siquiera me besan en la boca, conocen mis reglas. Así ha sido desde que perdí a Luiza, y así seguirá siendo. No voy a traicionarme cediendo a un sentimiento que probablemente será efímero, no voy a romper mis promesas.

Mi mente está más que decidida cuando arranco el coche, al menos mi cuerpo lo está... La polla me palpita tanto que me duele. La miro mientras acelero por la avenida Engenheiro Roberto Freire, en dirección a Via Costeira. El tráfico está tranquilo. Lia lleva el pelo suelto, rizos alrededor de la cara y los hombros. Sólo quiero tocar el vestido que ella misma cosió, quitárselo, apretar su cuerpo contra el mío, sostener uno de sus pechos en la palma de mi mano y chupar el otro...

Sacudo la cabeza en un intento de aclarar mis pensamientos, pero es difícil con ella a mi lado.

- ¿Adónde vamos? - quiere saber, mirando por la ventanilla del coche el mar oscuro.

- Pronto estaremos allí.

- ¿Qué tienes que enseñarme? - pregunta.

- Te darás cuenta de que no merezco a alguien como tú, y sabrás separar un matrimonio falso de cualquier sentimiento que pueda existir entre nosotros.

Reduzco la velocidad para girar a la derecha en la pequeña entrada junto a la carretera de la costa, tan escondida que apenas puede encontrarla quien no conozca el lugar. Apago los faros mientras conduzco por la rampa, con el cuerpo en llamas al pensar en lo que podría ocurrir ahora.

Aparco en una plaza apartada y me bajo. Giro el coche rápidamente para abrirle la puerta a Lia. Me mira la mano con cara de duda, pero acaba aceptándola.

Me encanta cómo mi mano se cierra alrededor de la tuya, tan pequeña y delicada dentro de la mía. Oímos las olas rompiendo en las rocas a pocos metros, la marea está alta y la luna deja una estela en el mar. Lia cruza los brazos, incómoda con la brisa fresca que desprende el agua.

- Entremos", digo, con el corazón martilleándome en los oídos.

La cojo de la mano y sigo el camino de grava hasta la discreta entrada del club, guiándola escaleras arriba. Veo la luz rojiza que viene de dentro, iluminando la puerta como si el interior del club fuera el mismísimo infierno.

- Buenas noches, señor De La Roche -me saluda la recepcionista con una sonrisa que deja ver las lentillas blancas de sus dientes.

- Buenas noches, Michelle - la saludo por su nombre. - Está conmigo, necesito una pulsera.

- Por supuesto", dice Michelle, abriendo aún más su sonrisa. - ¿Lo pongo en tu cuenta?

- Sí.

Me meto la mano en el bolsillo y saco la tarjeta negra, se la entrego y ella procesa la compra de la pulsera, luego ofrece las tres opciones de color a Lia.

El negro significa que la persona sólo será observada, que nadie debe tocarla, el amarillo dice que la persona está abierta a que se le acerquen, y el verde señala que el usuario está dispuesto a hacer cualquier cosa.

Elijo el negro y se lo pongo yo misma en el brazo, sin dejar que vea la tabla que hay junto a Michelle, con letras de color amarillo neón con los significados de cada color. No quiero darle la opción de dejarse tocar, algo extraño me hace sentir repulsión ante la idea.

- ¿Qué es este lugar? ¿Y por qué mi pulsera es negra? - pregunta Lia con ojos curiosos.

- Pronto lo sabrás", le digo y agarro su mano con fuerza, tirando de ella.

Capítulo 5



La única luz de la habitación procede de una tira de LED rojos situada en la unión entre el techo y la pared. Oigo música suave y algunos sonidos que me recuerdan a gemidos. Creo saber dónde estoy, qué significa todo esto y, por mucho que la niña criada bajo las enseñanzas de una religión más estricta quiera huir, la nueva Lia de la capital decide quedarse.

Los dedos de Ben rodean con fuerza los míos, como si pudiera escapar de él en cualquier momento. Le miro a la cara y me siento mal por lo que veo, ya no es el chico que me sonreía y flirteaba en el restaurante.

Parece que aquí le quitaron la máscara, que la dejaron a la entrada de este lugar, parece alguien misterioso, que esconde secretos y teme ser atrapado, sus ojos verdes, ahora oscurecidos por la tenue iluminación, parecen preocupados, pero sinceros, es como si lo viera sin ropa, expuesto.

Mi respiración se acelera, la de Ben también, estoy ansiosa por lo que voy a presenciar aquí, también me duele el corazón por saber el tipo de lugar que frecuenta, pero la curiosidad es mayor que nada.

- Gracias por enseñármelo", susurro, con los nervios a flor de piel.

- Aún no has visto nada -susurra con voz torturada-. - Siento no ser el hombre que te ofreció un corazón, pero no podía mentir para que aceptaras el trato, para que firmaras el contrato. No sería justo para ti.

Asiento con la cabeza.

- Por eso te doy las gracias", digo bajando por la escalera de caracol.

- Mereces saber dónde te metes.

Llegamos al piso inferior y nos abre la puerta para que entremos. Mis ojos escrutan el lugar, intentando captar los detalles, porque sé que probablemente nunca volveré aquí. La música es envolvente, alta, pero no lo suficiente como para molestar a mis oídos, los latidos de mi corazón parecen acompasarse a la melodía. Hay hombres elegantes, altos, jóvenes y mayores bailando con chicas más o menos de mi edad.

Aprieto la mano de Benjamin nerviosa, deseando que no me deje aquí sola.

Recibiría una paliza de mi padre, no importa la edad que tenga, si supiera que estoy aquí. También sé que incluso Lucas me tiraría del pelo y me sacaría a rastras de este lugar cuando estuviera a solas conmigo, me castigaría de la forma que considerara oportuna, pero ni siquiera eso me da ganas de huir, aquí no pueden hacerme daño.

Las mujeres son guapas y llevan ropa provocativa, veo algunas parejas besándose, hay unas treinta personas aquí.

Nunca he estado en un club nocturno, pero supongo que se parece a esto.

Ben tira de mí hacia el bar, me suelta la mano y me la pone alrededor de la cintura para que camine a su lado. Me siento segura, aunque tenga miedo.

- Nadie va a tocarte por culpa de la pulsera", me susurra al oído cuando llegamos al mostrador, su labio roza el lóbulo de mi oreja, haciéndome encoger para contener la piel de gallina.

- ¿Eso te incluye a ti? - pregunto, consciente de que estoy siendo descarada, de que he sido grosera y maleducada con mi jefe, como nunca lo he sido con Lucas, pero él me hace sentir libre de ser yo misma, aunque de una forma extraña y difícil de explicar.

- ¿Quieres que toque? - me pregunta y separa los labios. Nuestras caderas están tan cerca que puedo sentir el calor que emana de él, oler su aliento, su olor, y mi cuerpo reacciona furiosamente ante la idea de besarle, de que me toque.

No sé qué decir.

- ¿Qué estás bebiendo? - pregunta el camarero. Es un tipo de la edad de Ben, moreno y bien afeitado.

- "Un vaso de vino para ella", pide Ben, haciéndome comprender que no va a consumir alcohol mientras conduce.

Bebo un sorbo en cuanto me sirven, ya preparada para el sabor seco del vino tinto, satisfecha por la reacción que esta vez provoca en mi cuerpo.

- ¿Quieres saber más? - me pregunta.

Asiento y me dejo guiar, dando sorbos generosos mientras camino, dejando caer el vaso

vacío sobre una mesa redonda junto a un sofá ocupado por un trío, dos hombres de unos cuarenta años y una pelirroja de unos veinte.

Me detengo a mirar un momento, Ben también se detiene. La pelirroja está en medio, su sujetador es de un material que imita el cuero, está bajado y uno de los hombres le está chupando los pechos, el otro le besa el cuello, con la mano metida en la falda.

Cuando me ve, levanta la pierna y apoya el pie en la mesa, junto a la copa de vino, y luego me llama.

Siento que los pezones de mis pechos se endurecen, que se me seca la boca, me pregunto qué se siente cuando un hombre me pasa la lengua por el pezón, cuando mete la mano entre mis piernas. Me siento húmeda, curiosa, mientras contemplo la escena, el vino me hace temblar las piernas.

Ben me aprieta la cintura contra su cuerpo, como si quisiera decirme algo, y vuelvo a caminar a su lado. Llegamos a un pasillo lleno de salas con paredes de cristal. Todo lo imaginable sucede dentro de las habitaciones, cosas que nunca imaginé que presenciaría así, en vivo y en color.

No sé cómo sigo aquí, cómo no salgo corriendo, pero los gemidos me envuelven, me dan ganas de mirar. Me quemo viendo a dos chicas haciendo un medio nueve mientras un hombre le chupa el culo a una de ellas.

La curiosidad me hace querer saber cómo es. Miro hacia otra cabina y veo a dos hombres y una mujer aprisionados en una especie de sándwich. Me pregunto cómo puede soportar la doble penetración, uno en cada orificio, pero no parece inmutarse, gime como una loca, hasta que aparece un tercer hombre y le mete el pene en la boca. Ella chupa con avidez, envuelta por los tres en una profunda intimidad.

Miro alrededor de los otros camarotes, veo parejas, tríos, grupos, practicando sexo como si no hubiera reglas sociales, como si el infierno no les estuviera esperando.

- Aquí es de donde vengo, aquí es donde me follo a estas mujeres, y no voy a parar", susurra Ben a mi lado, con voz cruel. - Este es mi sitio, este es el tipo de hombre que soy.

Es entonces cuando me doy cuenta, cuando siento que se me rompe el corazón, cuando intento imaginármelo en medio de esas personas, esas mujeres y esos hombres. Me siento ridícula por no haberme dado cuenta antes, por no haber sido consciente todo este tiempo. De ahí viene cuando sale de casa después de que su hija esté dormida, sale de casa para follar como un animal irracional, y eso me destroza.

Tengo los ojos húmedos de rabia porque estoy celoso de mi jefe, porque quiero decirle que se equivoca, porque no sé si quiero irme o quedarme.

Imagino que ha besado a todas las mujeres de este lugar, que las ha devorado, que todas sus manos han estado sobre su cuerpo. Ben es sucio, y me ocultaba todo esto con una falsa

cortesía, pero su seducción se le escapaba de vez en cuando, sólo que yo no quería verla.

- "¿Quiénes son estas chicas?", pregunto, sin poder disimular mi frustración.

- Algunos son socios, pero la gran mayoría son empleados del club nocturno, que ganan muy bien por trabajar aquí.

- Esto es un cabaret", digo, molesto. - Son prostitutas.

- Es un club donde cumplimos nuestras fantasías y algunas mujeres cobran por participar", explica, poniéndome aún más nerviosa.

Quiero preguntarle cuánto paga al mes por ser socio de este lugar, por alimentar su perversidad, quiero ofenderle, decirle que su mujer tiene suerte de haberse muerto para no ver lo despreciable que es. Quiero golpearle el pecho y decirle que es un gilipollas, y espero que se muera solo, pero no tengo absolutamente nada que hacer, lo que sólo me frustra aún más, así que me trago todas las malas emociones.

Veo acercarse a la pelirroja, la misma que estaba de pie entre los dos hombres del sofá. Lleva sandalias negras de tiras y rueda hacia nosotros, mirando directamente a Ben con sus pechos redondos a la vista, los pezones rosados apuntando en su dirección.

La rabia, la frustración y los celos son tales que me pongo de puntillas cuando se acerca, interponiéndome en medio del beso que está a punto de darle a Ben.

Nunca he besado a una mujer, nunca pensé que ocurriría y nunca quise hacerlo, pero tiro de su cuello hacia abajo, mi mano se posa en uno de sus pechos, el pezón me hace cosquillas en la palma. Su lengua entra en mi boca, sus labios son suaves y saben a alcohol, estoy perdida, dejándome llevar por mis emociones, y le correspondo como nunca hice con mi ex.

Entonces siento una mano que me sube por el muslo, metiéndose bajo el vestido. El deseo suplica que la mano continúe, que toque mi sexo palpitante de excitación, que aplaque el deseo. Siento los labios de Ben en mi cuello y me dejo tocar por él. Su mano me aparta el pelo y su lengua lame la piel. Me retuerzo de placer y su mano alcanza mis bragas, deslizándose sobre la tela, haciéndome darme cuenta de que estoy mojada.

Me rindo a la sensación durante unos segundos, sintiéndome deseable y sexy entre los dos, entregado al placer, como si formara parte de ese mundo, hasta que la razón se impone y la alejo de mí.

Parpadeo, sin creer lo que acabo de hacer. La culpa me marea, me ciega.

- Ya está acompañado", respondo con un tono de voz serio, como si tuviera algún poder de control sobre Ben.

- Yo también puedo acompañarte", insiste.

- No necesitamos tu compañía", digo, todavía en llamas.

La mujer se da la vuelta y se aleja por el pasillo. Más gente pasa a nuestro alrededor, buscando cabinas para entrar, otros se agarran allí mismo. Estoy perdida, Ben no es el príncipe que creía, no soy Cenicienta, está sucio y acaba de contaminarme. Y lo peor de todo es que una parte de mí sigue ilusionada.

Quiero desaparecer, pero mi piel y mi cuerpo quieren quedarse.

- ¿Quieres ir a una de las cabañas? - sugiere Ben. - ¿Quieres unirte a un grupo? ¿Qué quieres hacer? Esta noche puedes hacer cualquier cosa, Lia, y nadie lo sabrá, es nuestro secreto, puedes entregarte.

- ¿Para eso me has traído aquí? ¿Para que pueda cumplir mis fantasías? - le pregunto, la ira perceptible en mi voz.

- Te traje aquí para que supieras exactamente quién soy. Pero te gustó mucho más de lo que hubiera imaginado, besaste a Julia... No me lo esperaba.

- ¿Crees que besé a esa chica por deseo? ¡Usted no sabe nada! - Le acuso.

Ya no presto atención a la gente de las cabinas, a los que pasan, a los gemidos.

- ¿Y por qué la besaste? - insiste.

- Porque no quería que te besara, porque me puse celosa. Tengo sentimientos, a diferencia de ti, y no quiero que mi primera vez sea en un lugar como este.

Mis palabras aclaran algo en su mente. Sus ojos se abren de par en par, pero no me quedo ahí para averiguar qué es. Le doy la espalda y me dirijo hacia el pasillo, cruzándolo y empujando a la gente, corriendo hacia las escaleras, asqueada, acalorada, mojada, sintiéndome perdida.

Me alcanza en los escalones, me sujeta el antebrazo y me detiene.

- ¿Eres virgen, Lia? - pregunta frunciendo el ceño, con cara de preocupación.

Tiro del brazo hacia atrás y continúo hacia arriba, arrancándome la pulsera del brazo, arrojándosela a la recepcionista y abandonando el lugar, bajando a toda prisa los escalones, deseando no volver nunca más aquí.

- Lia - me llama Ben.

No puedo seguir cerca de él, no puedo luchar contra lo que siento, tengo que encontrar algo concreto a lo que aferrarme, tengo que volver al buen camino.

Paso junto al todoterreno detenido entre los demás coches, salto el muro de piedra que separa el aparcamiento de la playa y bajo a la arena. Siento sus pasos detrás de mí, Ben me

agarra de nuevo, apretando mi cabeza contra su pecho.

Le empujo de nuevo, consciente de que ambos estamos fuera de control.

- Esto es peligroso, Lia", advierte.

- ¿Más peligroso que tú? - pregunto, mirándole por encima del hombro y alejándome de nuevo.

- Déjame caminar cerca de ti al menos. Lo siento, no tenía ni idea de que fueras virgen. Perdóname por traerte aquí.

Sus palabras me hacen parar de repente, me siento en la arena y me abrazo a las rodillas, mirando las olas, dándome cuenta del ridículo papel que estoy representando de virgen asustada.

- No necesito perdonarte nada. Solo estoy nerviosa, pero gracias por mostrarme tu lado - murmuro, intentando centrarme de nuevo.

- Necesitaba que me conocieras, que supieras exactamente quién soy, antes de firmar el contrato, antes de casarte conmigo. - habla rápidamente a mi lado. - ¿Ahora entiendes la razón de mi única exigencia, que no puedes enamorarte? ¿Lo entiendes?

- No lo necesito", respondo con decisión.

- Pagaré tu universidad, serás bien recompensado.

Respiro hondo, llenándome el pecho de aire y orgullo, forzando a bajar el nudo que tengo en la garganta.

- Encuentra otra chica. No estoy para eso.

Capítulo 6



Se tumba en la arena, hay una farola amarillenta cerca, pero la zona en la que estamos está a oscuras gracias a los cocoteros del aparcamiento del club. Oigo su respiración, visualizo su semblante serio.

Me tumbo a su lado, rendido. Es una noche larga y me duele el pecho, no sé cómo tratar a las mujeres, ya no sé cómo hablar con ellas, sólo sé follar y me odio por haberlo descubierto.

- ¿Estabas celosa de mí? - susurro, tras un largo momento de silencio. La luna brilla en el cielo, riéndose de mi cara.

- Me siento ridícula", dice en voz tan baja que apenas puedo oírla.

Me giro para mirarla, apoyando el codo en la arena y la cabeza en el puño cerrado.

- Por favor, dime - insisto, ¿estabas celosa de mí, Lia?

- No eran celos, me apresuro a decir que lo eran, simplemente no quería que te besaras delante de mí, que me dejaras sola en ese lugar.

- Nunca te dejaría sola ahí fuera -susurro en respuesta, sintiendo que un calor se extiende por mi pecho mientras la observo mirar al cielo.

Apenas puedo verle la cara, pero sé que está muy disgustada y, sin embargo, mi ego siente cosquillas ante la idea de que Lia esté celosa de mí.

- Mira -pregunto con la voz más mansa posible, imaginando que puedo controlar mis emociones delante de ella-, Julia no quiso besarme, sólo me estaba tomando el pelo.

- ¿Cómo no voy a hacerlo? - dice, girando la cabeza para mirarme, tan cerca de mí que

me dan ganas de acariciarle la cara, de decirle que no le haré más daño, de hacerle promesas que no puedo cumplir.

- Porque sabe que no puede besarme", concluyo. - No tenías que ponerte delante de ella, no tenías que besarla.

Oigo su respiración agitada.

- Explícate mejor -su voz suena exigente, Lia se cruza de brazos.

- No beso a las mujeres del club, tengo sexo con ellas, pero no dejo que me besen.

Continúa mirándome fijamente durante un largo momento, tratando de descubrir alguna verdad o lógica en mi rostro.

- Es una forma de defenderme", añado.

- ¿Defensa contra qué?

- Enamorarse.

- Por qué ser soltero, tener esta vida de lujuria, es mucho mejor que vivir una vida de amor -me acusa.

Le sostengo la mirada un segundo, siento que sus ojos me atraviesan el pecho y me hieren el corazón. Podría abrir la boca y decirle la verdad, que me da pánico volver a liarme con alguien, que no puedo volver a pasar por el dolor de la pérdida, que soy una cobarde, que soy una basura, pero hasta para admitirlo soy débil, así que prefiero mentir.

- La vida sin pasión es mucho mejor, es el más puro fingimiento, la vida sin el amor de una mujer es vacía, por mucho que baile, por mucho que fantasee, por mucho que vuelva a casa extasiado, es solo como acabo cada noche, con un vacío en el corazón como compañero.

Se sienta, cruzándose de brazos.

- Te prometo que no volveré a traerte aquí -digo poniéndome también de pie-. - Nadie sabe que soy miembro de este club, no serás vista como la esposa traicionada, te respetaré y me aseguraré de que nadie lo sepa, he conseguido mantenerlo en secreto todos estos años...

- Si rechazo esta oferta, ¿me despedirá? - me interrumpe.

- Nunca haría eso, mi hija te adora, yo...

- Entonces no quiero", dice con firmeza.

- Lia, podrás estudiar medicina, hacer lo que siempre has querido.

- La universidad puede esperar. No voy a ser tu esposa mentirosa. Apuesto a que hay cientos, miles de chicas que estarían dispuestas a hacerse pasar por tu esposa, pero yo no estoy dispuesta a eso.

Se hace el silencio entre nosotros. Aún estoy procesando su negativa, no contaba con ello, no imaginé que se negaría.

- ¿Por qué? - pregunto, con la voz baja, aún mansa.

Lia vuelve la cara hacia el mar y se frota las manos en los brazos. Toco su piel y siento lo fría que está.

- "Está bien si no quieres justificarte", digo, cerrando la cara y abriéndome los botones de la camisa, dándome cuenta de que ella es aún más especial de lo que pensaba, y no va a venderse así.

Me quito la camisa y se la pongo sobre los hombros.

- No hace falta", me dice, pero yo insisto y ella se aprieta el collar contra el cuello, acurrucándose en la prenda como un capullo.

- Siento haber sido tan grosera, haberte gritado y haberte tratado mal. Nunca debería pensar que tengo ese tipo de libertad.

- Te he pedido que te cases conmigo, Lia -digo riendo sin gracia-, y te he dado toda la intimidad que necesitas para que me trates como quieras.

- Ben, volvamos a lo de antes, doncella y amo, por favor. Digas lo que digas, me ofrezcas lo que me ofrezcas, no voy a casarme contigo -suena tan decidida que no tengo más remedio que lamentarlo-. - Quiero irme a casa. Quiero irme ya.

Lia se levanta, incluso en la penumbra puedo ver la silueta de sus piernas. Me siento como un tonto por haberla llevado al club, por haber tenido la oportunidad de tocarla y haberla desperdiciado. Me siento ridículo porque, aunque intento proteger mi corazón a toda costa, me duele como hacía años que no me dolía.

- Es sólo un ego herido", murmuro para mis adentros, en voz tan baja que ella no lo entiende. No me está rompiendo el corazón, no puede hacerlo cuando yo no se lo he permitido, es solo mi orgullo herido por haber sido abandonada.

- ¿Qué has dicho? - pregunta mirándome, sin imaginar que su imagen, lo que ha hecho esta noche, me perseguirá sin descanso.

- Nada", murmuro, levantándome y palmeando la arena que se ha acumulado en mi ropa, pero incluso eso soy capaz de apartarlo por completo.

La sigo, evitando mirar su cuerpo, sabiendo que hacerlo sólo aumentará lo que estoy

sintiendo. Aprieto la mandíbula y cierro la cara, ya no puedo hablar, estoy demasiado decepcionado para intentar siquiera ser amable.

Sólo me doy cuenta de que estoy sin camiseta cuando el viento frío me golpea al subir las escaleras, pero no voy a pedir que me devuelvan la prenda.

Espero a pulsar el botón para desbloquear el coche hasta que llegamos a él. Abro la puerta a Lia sin decir palabra.

- ¿Quieres que te devuelva la camisa? - me pregunta. Me encojo de hombros. Una camisa no significa nada comparado con lo que siento.

Camino alrededor del coche con los hombros caídos. Quiero enderezar la postura, ponerme recta y caminar con la cabeza alta, pero ahora mismo no tengo fuerzas. Me quedo mirando a la nada mientras entro en el coche, agarrada al volante, intentando enfocar la vista al frente, sin conseguirlo.

- Ben, no actúes como si te hubieran dado una patada en el culo", me dice mientras me tiende la camisa.

- Me has dado una patada en el culo, Lia -mi voz suena malhumorada, ronca, mientras me agarro la camisa sin molestarme en mirarla.

No entiendo de dónde viene este dolor en el pecho, en la boca del estómago y esta tristeza repentina, no es como si realmente quisiera casarme con ella, de verdad.

- No es así", dice. - Era sólo un contrato. Sin sentimientos, ¿verdad?

- Sin ningún sentimiento - mi voz sale a través de mis dientes.

- Entonces, ¿por qué parece que lo sientes? - insiste Lia, como para humillarme un poco más.

- Mira, ya me he disculpado por traerte al club, ¿podemos olvidarlo?

Por el rabillo del ojo, la veo asentir. Dios, es tan guapa que mirarla de cerca solo empeora las cosas.

Me obligo a conducir, a concentrarme en la carretera, a pensar en el proyecto de uno de los próximos edificios que va a construir mi empresa constructora.

La carretera de la costa está casi vacía, es como si la noche nos hubiera dado la oportunidad de enderezarnos y de disfrutar de una hermosa ciudad, es ridículo. ¿De dónde saqué la idea de llevarla al club de todos modos? ¿Por qué pensé que serviría de algo?

- ¿Vas a buscar otra esposa? - Lia me sondea mientras me acerco a la Av. Lima e Silva, tomando el túnel junto a la Arena das Dunas.

- No lo sé", murmuro. - ¿Acaso importa?

- Si no consigues uno, perderás la empresa", observa, como si yo no lo supiera, como si no estuviera muerta de miedo de que esto ocurra.

- ¿Eso te importa? - pregunto con el peor de los humores.

- ¿No puedes convencer a tu padre de que se olvide de este estúpido acuerdo? - Lia insiste en ello, lo que me enfada aún más.

- No conoces a mi padre, no sabes lo que Raúl De La Roche puede hacer cuando se lo propone.

- Pareces una niña mimada que no podría comprar la amistad de alguien", me acusa.

Aprieto las manos sobre el volante porque, en primer lugar, Lia se equivoca, puede que no haya pasado necesidades, pero nunca he sido una mimada, y en segundo lugar, no me conoce y no tiene derecho a decir algo así. No respondo, no tengo fuerzas mentales para seguir discutiendo con ella, prefiero dejar que piense lo que quiera de mí. Decido que alejarme de ahora mismo, cortarlo de raíz, es la mejor opción, pero... ni siquiera ese pensamiento hace que desaparezca el dolor de mi pecho.

Capítulo 7



Intento a toda costa pensar que aquella noche con Ben fue una ilusión en mi cabeza, en parte porque no quiero considerar todo lo que pasó entre nosotros, sobre todo en aquel club, y también porque no puedo bajo ningún concepto pensar que desperdicié todo el curso de medicina y las demás prebendas. No sé lo que eso significaría para mí, y es mejor quitármelo de la cabeza.

Es aún más fácil cuando Ben apenas me saluda, apenas me mira a los ojos. Sigue siendo educado, pero no da indicios de que aquella noche fuera real.

Consigo pasar los días con calma, es por la noche cuando mi mente lo repasa todo, cada palabra, gesto, sonrisa, caricia, las manos cogidas.... Libro una batalla con mi propio cerebro, insistiendo en que puedo dominarlo, pero al final me rindo a los recuerdos y me permito rememorar, abrazada a mis rodillas en la cama individual del dormitorio, mientras el ventilador gira furiosamente, aportando un poco de alivio al calor navideño.

Pienso en él sin camiseta, en su olor, en el calor de su mano, en sus labios en mi cuello, y fantaseo que estábamos los dos solos en aquel club, que sus manos se metían bajo mi vestido, me tocaban por encima de las bragas, me pasaban la lengua por el cuello. Me retuerzo en la cama, sin saber qué hacer con el deseo que me castiga.

Me pregunto si a veces él también se siente así, pero sé que no. Benjamin tiene un club lleno de mujeres para elegir, usar y disfrutar.

Es terrible cómo me afecta, cómo me castiga pensar en él con otra persona. Quiero controlar mis emociones, pero acabo sollozando, revolcándome en la cama, agarrada a la almohada, temblando, ardiendo, furiosa por permitir que me afecte tanto.

Ben no sabe cuánto me afecta y nunca lo sabrá. Soy una imbécil por mirarle cuando juega con su hija, sin saber que le observan, soy ridícula por alimentar esta confusión de sentimientos.

No tenemos nada en común, aparte de que somos hijos únicos, pero somos tan diferentes como el agua y el vino, y sólo estoy perdiendo el tiempo dejándole habitar así en mis pensamientos.

*

El primer fin de semana después de la fatídica noche en que Benjamin me pidió matrimonio por dinero, le compró a Alicia un monopatín rosa, rodilleras, coderas y un casco a juego, y se pasó el sábado y el domingo jugando con su hija en el jardín, metiéndose en la piscina con ella a última hora de la tarde, y por la noche salían al cine o a un parque de atracciones, lo que me dejaba libre para estudiar.

Investigué las tasas universitarias y descubrí que, teniendo experiencia con niños, lo mejor que podía hacer era olvidarme de ser médico y probar con la pedagogía. Se ajustaría a mi presupuesto si lo gestionaba bien, e incluso podría conseguir una beca en una universidad privada con mi nota del ENEM, solo necesitaba dedicarme el resto del año y aprovechar al máximo cada hora libre para estudiar.

Alicia era mona, no consumía toda mi energía como otros niños con los que he trabajado, así que si me organizaba, podía estudiar todas las noches.

*

Estoy pensando en matricularme en un curso preparatorio para el ENEM, ahora que puedo permitírmelo, pero me pilla por sorpresa la noticia de que mi madre no tiene agua en casa porque se ha roto el depósito y no tienen dinero para comprar otro.

Carol me mantiene informada de lo que pasa con mi madre, porque tiene una amiga que la ha conocido y le da información por WhatsApp, pero sin que mis padres sepan dónde estoy.

Esta amiga me dijo que mi madre estuvo deprimida las tres primeras semanas después de que me escapara, pero que luego empezó a recuperarse.

Me estoy acostumbrando a vivir en una mansión de lujo y, de repente, un problema que antes me resultaba tan cotidiano como la falta de agua en las zonas más atrasadas del Estado me parece lejano, pero basta recibir esta noticia para volver a sumergirme en los recuerdos.

El agua sólo llega una vez a la semana, como mucho dos, casi nunca llueve y tener un depósito de agua en ese pueblo es una cuestión de supervivencia. Sé que el padre de Lucas podría haber ayudado si yo no hubiera huido, pero en estas circunstancias, mi ex prometido probablemente haya dado la espalda a mis padres.

No me importa mi padre, me importa un bledo, no significa nada para mí aparte de malos recuerdos, pero mi madre sigue siéndolo todo para mí, y no puedo dejarla sin algo tan básico como el agua.

Reúno todos los céntimos que me sobran de la paga, después de comprar algunos

artículos esenciales para una niña, como compresas, bragas nuevas y medicamentos para los cólicos, y le pido a Carol que haga una transferencia a la cuenta bancaria de mi madre.

- No puedes gastarte todo lo que has ganado en ellos", se niega. - No has dicho que vayas a matricularte en un curso.

- ¿Sabes cuánto gana un ayudante de albañil en el campo? - le pregunto.

- Tu padre tiene que arreglárselas, Carol no lo entiende.

- No es por él, nunca lo será, pero hago todo lo que puedo por mi madre.

- ¿Y si tu padre o tu prometido descubren dónde vives?

- Ex-prometido - la corrijo. - No se enterarán por una transferencia. Es más, si mi madre recibe dinero, llegará a la conclusión de que lo he enviado yo y que estoy bien, que trabajo.

- Quédate al menos con una parte, puede que la necesites -insiste Carol, mirándome con su mirada experimentada. Tiene unos treinta años, pero a veces parece más madura que mi madre.

- De acuerdo, me ahorraré doscientos reales -termino dándole la razón. - El curso puede esperar otro mes.

Entrecierra los ojos oscuros y apoya la mano en la cintura en una perfecta pose de taza de té. Lleva el pelo negro recogido en un moño y una cofia mientras prepara la comida. Es unos centímetros más alta que yo, de piel morena y pechos turgentes.

- ¿Quieres trabajar en una casa de familia el resto de tu vida como yo? - Carol habla en tono regañón, pero sé que sólo está preocupada y que me tiene afecto.

- El mes que viene me matricularé en el curso", repito, esta vez más decidida.

Acaba haciendo el traslado porque, al fin y al cabo, Carol entiende la supervivencia tan bien como yo. Tiene un marido y un hijo de ocho años en el campo, pero sólo los ve cada quince días, cuando se toma el fin de semana libre y sólo vuelve temprano el lunes . Ahorra todo lo que consigue para comprarle cosas a su hijo. Sí, me entiende muy bien.

Me pregunto qué pensaría Benjamin si nos pillara discutiendo sobre si enviarle o no dinero a mi madre para comprar un depósito de agua, algo de lo que debe haber en abundancia en los almacenes de las constructoras. Me pregunto si lo entendería, si sería capaz de empatizar y ponerse en la piel de alguien para quien incluso algo tan básico como el agua escasea.

No puedo entender cómo se sentiría.

Capítulo 8



Es la tercera vez que voy al club desde el día en que Lia rechazó la oferta de casarse conmigo.

La primera vez, cuando llegué a recepción, le pedí a Michelle una pulsera negra, aunque no había llevado las pulseras de intenciones desde que me hice socio, pero quería intimidad.

Mirar aquella correa negra en mi muñeca me recordaba a Lia, a su presencia allí, como un fantasma acusándome de los crímenes que había cometido, del pecado, del hecho de haber llevado a una chica a este lugar sin ni siquiera comprobar si ya tenía una vida sexual activa.

Pensar en su virginidad me revuelve las tripas, me pregunto cómo fue su noviazgo, cuánto duró y por qué se ha mantenido casta hasta hoy. Quiero saber los detalles más que nada, pero no soy como ella para preguntar sobre algo tan íntimo.

La verdad es que me siento como si hubiera manchado su honor al llevarla al club sin avisar. Tengo que reconocer lo paciente y cortés que fue conmigo, otra persona me habría insultado en recepción.

No me puedo permitir el lujo de recordar cómo se puso delante de Julia para que la mujer no me besara, sin saber que la pelirroja sólo le estaba tomando el pelo, que en realidad no lo haría. No puedo con esa imagen, es demasiado perturbador para mí pensar en lo que pasó, en cómo la olí en mi nuca, en la suavidad de su piel, en el sabor salado... No debo ni quiero pensar en ello, es más de lo que puedo soportar.

La primera vez que volví aquí desde la terrible noche, me apoyé en el mostrador y pedí un refresco, sin alcohol, yo conducía. Pedirle a Alfredo que me trajera aquí, compartir el coche con él y mis pensamientos, era pura vergüenza. Aunque él no supiera lo que había pasado entre Lia y yo, que había traído a una virgen para exhibirme en un club de sexo, aunque Alfredo nunca lo adivinara, era demasiado vergonzoso.

A mitad del refresco, cuando vi acercarse a Julia y a otra mujer llamada Tonia, con la que siempre hacíamos tríos, dejé la copa y me fui sin mirar atrás, sin follar con nadie, sólo jodido por el peso de la culpa.

La segunda vez, unos días después, no pasé de la recepción. Era como si viera a Lia a mi lado. Me pregunté cómo no me había dado cuenta de su inocencia, de su delicadeza. Ese día, me sentí aún más avergonzado de lo que había hecho, de dejar que conociera mi peor lado. Planeaba inmovilizar los brazos de la primera mujer que se cruzara en mi camino y follarle el coño tan fuerte que se corriera como una loca. Al menos eso era lo que había planeado. Me estaba volviendo loco con mi erección, necesitaba correrme y tenía varias a mi disposición, pero no conseguía pasar de la recepción.

Volví a casa frustrado, enfadado y con una erección casi insoportable. Llené la bañera de agua fría y me quedé allí hasta que mi cuerpo se anestesió.

Y ahora es la tercera vez que intento unirme al club.

- ¿Quiere una pulsera hoy, señor? - pregunta Michelle con cara pícara. Se pasa la lengua por los labios y sonríe. - ¿O prefiere...

Sé lo que quiere decir. Se está ofreciendo a mí, recordándome lo bien que sienta correrse en su boca regordeta. Y lo deseo, juro que una gran parte de mí, la parte racional, lo desea.

- Hoy no", respondo amablemente, y ella esboza una sonrisa. Sé que le gustan mis propinas, así que saco trescientos billetes de la cartera y se los pongo delante.

- ¿Es para mí? - pregunta Michelle sorprendida.

- Cómprate algo bonito", digo, guardo la cartera y me dirijo escaleras abajo, sólo para llegar a la sala de baile y darme cuenta de que eso no es lo que quiero, que un polvo cualquiera no puede llenar el vacío que siento en el pecho.

Observo a la gente a mi alrededor y me pregunto cuántos se han sentido así, cómo me siento yo ahora, y por qué siempre vuelven. Quiero saber cuándo pasará esto, cuándo recuperaré mi vida de lujuria.

De pie en medio del pasillo, busco en mi bolsillo el móvil y busco el contacto de WhatsApp de Lia. Lo he guardado para emergencias. Miro su foto y me cuesta creer que estuviera allí conmigo, parece que fue hace mil años.

No lo pienso mucho, no analizo los pros y los contras, simplemente escribo el mensaje.

"Buenas noches", envío, sin puntuación, intentando no ser demasiado formal.

Unos segundos después, las dos flechitas se vuelven azules, indicando que lo ha leído.

Pasa casi un minuto antes de que su "Buenas noches" aparezca como respuesta.

"¿Estabas dormido?", quiero saber.

"No, sólo estoy leyendo", responde Lia más rápidamente. Sonrío porque me está hablando a mí.

"¿Qué estás leyendo?", tecleo y espero a que me devuelva el mensaje.

"Dom Casmurro" "Es para el ENEM".

"Ya lo leí cuando estaba en la universidad", le digo, pero ella no contesta.

Decido arriesgar un poco más.

"¿Te gustaría compartir un barco de sushi conmigo?". Son más de las 10 de la noche y ni siquiera sé si encontraré el restaurante abierto, pero es lo único que se me ocurre en este momento.

"¿Sushi?", envía, seguido de un emoji pensativo que me hace preguntarme cómo será su cara ahora. "Nunca he comido sushi".

"Hoy parece un buen día para probar algo nuevo", aventuro. "A menos que sea demasiado tarde para ti", añado para no sonar demasiado desesperada.

"No es tan tarde", responde ella con un emoji de cara sonriente. "¿Llamo a alguien más? ¿A Carol? Rita, ¿la cinta de correr?"

"Nadie, el ferry es para dos personas", bromeo. "Estaré allí en media hora".

"De acuerdo."

No sé qué hago cuando subo, no sé por qué cedo si estoy tan decidida a huir. Quién sabe, lo único que necesito es una dosis de Lia, unos minutos en su presencia, una charla juguetona, unas risas suyas, un poco de su tiempo, y podré volver a ser como antes.

Cuento con ello cuando llamo a un restaurante oriental de la avenida Miguel Castro y pido el ferry. Veintisiete minutos después, estoy aparcado delante del restaurante. Llamo a recepción y una camarera entra por las puertas automáticas con el paquete. Sonríe al verme. Conozco esa sonrisa y sé lo que quiere.

- Buenas noches, Ben - se empeña en llamarme por mi nombre cada vez que voy al restaurante. - ¿No quieres comer en casa esta noche?

- Tengo una cita, Bianca", le respondo. Siempre parece sorprendida de que recuerde su nombre.

- Me haces sentir especial", bromea, tocándome la mano mientras me entrega el bote.

Saco la tarjeta del bolsillo y ella aprovecha de nuevo para ponérmela en la mano mientras me pasa la máquina. Finjo no darme cuenta de sus intenciones, como hago siempre. Sé que una chica de como Bianca puede querer algo más que una cita, una noche de sexo, y yo no tengo nada que ofrecer, así que prefiero no hacerme ilusiones.

- Mis felicitaciones al chef", le digo, y ella parece frustrada por no poder sacarme nada otra vez. - Buenas noches, Bianca.

Acelero, dejándola de pie en la acera con los brazos cruzados a los lados. Me pregunto si la próxima vez debería fingir que he olvidado su nombre o si es demasiado grosero.

Me pregunto qué pensaría Lia si estuviera en el asiento del conductor, si estaría tan celosa como Julia. En cualquier caso, no me gusta este tipo de situación, porque sé que está directamente relacionada con quién soy y con la posición que ocupo como CEO de la constructora La Roche. De cada cinco edificios construidos en los últimos siete años en Natal y las ciudades vecinas, dos fueron construidos por La Roche y llevan las iniciales de la empresa. Las iniciales de mi familia están por todo el Gran Natal. Y por eso las chicas me coquetean tan descaradamente.

Sé que no tiene nada que ver con mi físico, mis ojos claros o mi aspecto, porque yo tenía prácticamente el mismo aspecto cuando Luiza vivía, y ella nunca presenció nada parecido.

A mi padre no le gustaba precisamente porque pensaba que no era más que una cazafortunas. Me cortó el dinero de bolsillo, me quitó el coche y me pidió que me buscara otro sitio para vivir, creyendo que renunciaría a Luiza cuando fuera necesario. Por suerte, estudiaba en la Universidad Federal y no lo necesitaba para pagarme los estudios. Conseguí prácticas que pagaban una miseria y Luiza me invitó a vivir con ella en el dormitorio del piso que compartía con otras tres amigas en el norte de la ciudad, al otro lado del puente de Igapó, en el barrio de Santa Catarina.

Lo pasé mal porque estaba acostumbrado a tener todo lo mejor, pero no rompí con ella por eso.

Vendí algunas de las cosas que conseguí sacar de mi habitación en casa de mi padre, como videojuegos, unas zapatillas de marca y un ordenador portátil, y conseguí comprarme una moto vieja.

Me alegra decir que las mujeres no se me echaban encima de esa manera cuando iba en una Honda 125 con Luiza a la espalda.

Pasamos tres años viviendo en el piso de la Zona Norte, apañándonos como podíamos, y cuando se quedó embarazada, su familia pagó la boda, les caí bien, me acogieron como hijo adoptivo.

Sólo cuando ella murió mi padre se acercó a mí. Yo no quería aceptar su contacto, no quería volver a tener una relación con él, pero tenía una hija que criar, y con el paso de los meses acabé aceptándolo.

Me estoy acordando de todo esto cuando la puerta del garaje se abre con el mando a distancia precisamente porque a Lia no parecía importarle cuánto dinero valgo. Me habría despreciado si hubiera sido pobre, y me despreciaría si fuera rico. No es el dinero lo que conquista a alguien, sino su carácter.

Detengo el todoterreno en la plaza de aparcamiento y me dirijo a la barra de sushi, oliendo el salmón fresco, que me hace rugir el estómago.

La veo acurrucada en uno de los bancos del jardín. Se levanta cuando salgo del coche, cruzada de brazos, con un vestido azul claro estampado con arabescos blancos. Lleva el pelo recogido en un moño y me dan ganas de pedirle que se lo suelte, aunque sé que nunca me atrevería, al menos después de lo que pasó aquella noche.

- "¿Qué te parece si comemos en el cine?", pregunto. - Podríamos empezar a ver una serie. ¿Tienes alguna en tu lista?

Lia me entrecierra los ojos, como retándome, pero como no le hago caso, acaba por deshacerse su cara de investigadora.

- No conozco tus gustos, no sé lo que te gusta ver", dice.

- Vamos, sugiere algo", intento, caminando a su lado hacia la entrada.

Los demás empleados están en sus habitaciones del edificio anexo.

- He oído que Dark es genial. ¿Lo has visto? - pregunta, aún con los brazos cruzados, volviéndose para mirarme.

- Me he enterado, miento.

- Podemos ver el primer episodio.

Subimos en silencio hasta el segundo piso, por encima de las salas principales. Mi corazón late como las hélices de un helicóptero cuando llegamos a la sala de cine, pero sé que no es por el esfuerzo físico, sino por la chica que tengo al lado.

¡Virgen! Grita mi mente.

Nunca he estado en la cama con una virgen, no fui el primer hombre en la vida de Luiza, y temo acabar estropeando la velada otra vez. A decir verdad, ni siquiera sé por qué lo inventé.

Capítulo 9



Ben se ha cambiado el corte de pelo. Me pregunto si fue a la peluquería en su hora de almuerzo o después del trabajo.

Su pelo rubio gris oscuro tenía un corte muy clásico, ahora es muy corto en los lados y más largo en la parte superior, liso, echado hacia un lado de forma desordenada, lo que le da un aspecto aún más encantador.

Quiero decir que me gusta el corte, pero sé que Ben no necesita que una niñera le haga cumplidos. Noto que su barba está más poblada que de costumbre, casi ocultando los hoyuelos de sus mejillas. Sus ojos parecen más hundidos, con ojeras violáceas, como si no hubiera dormido bien las últimas noches.

Al mirarlo más de cerca, parece demacrado y pálido. Frunzo el ceño, preguntándome si algo va mal.

Ben lleva una camisa blanca, vaqueros oscuros y zapatillas Nike negras y rojas, un cambio total del look que suelo verle durante la semana.

Como un caballero, carga el bote y me pide que vaya delante. Nunca he comido con esos hashis -conozco el nombre porque lo busqué en Google antes de que llegara, precisamente porque no quería avergonzarme-. Intenté ver un tutorial sobre cómo usarlos, pero no conseguí aprender gran cosa.

Intento controlar la respiración mientras llego al final de la escalera, cuatro tramos hasta la planta del cine.

- No es un cine de verdad", comenta Ben, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. - Es solo una sala con tapicería y un proyector.

- He visto películas con Alicia", le explico.

Abro la puerta para que entremos. Lleva el bote de sushi a la mesa de centro frente al gran sofá blanco retráctil, tan grande cuando está abierto que más bien parece una cama king size, desenvuelve el bote y empieza a poner las salsas en recipientes desechables. Me adelanto para ayudarle, desenvuelvo un paquete de palillos y trago saliva.

- Dijiste que nunca habías comido sushi... - me mira con curiosidad. - ¿Sabes usarlo?

- "No", digo, dejándolos caer sobre la mesa.

- He traído un adaptador", me dice Ben, agachándose junto a la mesa y colocando un pequeño objeto de plástico verde en los extremos de los palillos, manteniéndolos unidos.

Sentado con las piernas cruzadas, coge la primera tira de pescado y se la lleva a la boca, masticando con los ojos cerrados, con cara de hambre.

Lo miro asombrada mientras se come el primer trozo, pero me atrapa en cuanto abre los ojos verdes y me mira fijamente.

- No tienes que comer si no quieres", murmura Ben, cogiendo el siguiente trozo.

- Quiero probarlo", digo, sujetando firmemente los palillos y articulándolos, viendo que se mueven perfectamente gracias al adaptador.

Elijo una porción de arroz envuelta en una tira de salmón, la aprieto con los palillos y me la llevo a la boca. Para mi sorpresa, acaba gustándome. Mastico rápidamente, cojo el siguiente sushi y esta vez lo mojo en la salsa oscura antes de comerlo. Me doy cuenta de que está aún mejor.

- Creo que puedo acostumbrarme", bromeo, sentándome en el suelo sobre las rodillas, mirando a Ben.

Ben se estira y mete la mano en la nevera que hay junto al sofá más cercano, cogiendo dos latas de refresco.

- ¿Cómo van los planes? - entabla conversación después de que hayamos devorado un tercio del bote, coge el mando a distancia y lo pone en Netflix para buscar la serie. Con otro pequeño mando, atenúa las luces de la habitación.

- Voy a empezar a estudiar la carrera universitaria", le explico, viendo cómo se deslizan por la pantalla las portadas de las series mientras él busca Dark.

Selecciona la serie, pero aún no la reproduce. Se vuelve hacia mí, apoya la barbilla en la rodilla y me mira con una expresión que no consigo descifrar.

- Necesito preguntarte esto -comienza, con un tono más serio-. - Sé que han pasado semanas desde que te hice aquella proposición de matrimonio y si no me has dicho nada, debe de significar algo, pero aun así quiero oírtelo decir.

- Pregunta -le animo, sintiéndome ansioso.

Una parte de mí odia cuando me mira así, sus ojos verdes tan profundos, como si realmente quisiera ver a través de mi piel, la otra parte de mí se llena de una calidez intrigante.

Suspiramos al mismo tiempo.

- ¿No te arrepientes de haberlo rechazado? ¿En ningún momento pensaste que sería bueno ir a la universidad, cumplir un sueño?

No quiero asumir que a día de hoy me siento confusa, sin saber si hice lo correcto, pero tampoco quiero entrar en detalles, explicando que huí de un matrimonio similar, de ser sumisa, que no volvería a venderme a un hombre que dejó claro que no tenía intención de enamorarse de mí.

- Algunas cosas no valen lo que cuestan", murmuro, antes de dar un sorbo a mi refresco.

- Lia... - empieza, pero hace una pausa, buscando las palabras. - Sólo veo ventajas para ti. Sé que fui un gilipollas al llevarte a ese sitio, pero no se trataba de que fuéramos pareja y te engañaran, sino de que yo te pagara la universidad a cambio de que fingieras ser mi mujer en público.

Respiro hondo y suelto el hashis, dándome cuenta de lo satisfecho que estoy ya.

- No creo que se tratara sólo de fingir ser tu mujer cuando involucraste a Alicia, dijiste que sería una buena madre para ella, ahora me dices que sólo se trataba de fingir... - Sacudo la cabeza en señal de negación, es sorprendente lo abiertamente que puedo hablar con él, lo cómoda que me siento diciendo lo que pienso. - Más bien sería la mujer que sonríe para las fotos y se queda en casa cuidando de tu hija, mientras tú sales y te acuestas con un montón de prostitutas. Me sorprendería haber dicho que sí.

Decir estas palabras en voz alta me hace pensar que hice bien en rechazar aquella oferta, que tenía razón. Levanto la barbilla y enderezo la postura antes de continuar.

- ¿Qué pasa conmigo? ¿Podría salir con otros chicos, ya que ni siquiera puedes besarme? ¿O tendría que estar literalmente sola mientras estuviera casada? Creo que tendría que anularme como mujer para ser tu esposa mentirosa. Y francamente, Ben, nada ni nadie me va a frenar así.

Por la forma en que Ben baja la cabeza, sé que he acabado con él. Caigo de rodillas, orgullosa de mi impecable respuesta.

- Un título universitario no vale eso", murmura, sin mirarme aún, y empieza a ordenar el desorden de la mesa.

Permanezco en silencio, tratando de adivinar lo que pasa por su cabeza, mientras él termina de reunir los paquetes y se dirige al gran sofá.

Me siento lo más lejos posible de él. El aire acondicionado está encendido y cojo la manta del respaldo del sofá para entrar en calor.

Con unos dos metros de distancia entre nosotros, pulsa el play, sólo que no puedo mirar la pantalla más de cinco segundos, estoy inquieta, quiero convencerme de que mi discurso ha sido sincero y que a partir de esta noche no me atormentaré pensando en Ben, pero una parte de mí piensa que la compañía de este hombre tan sexy a mi lado hay que aprovecharla al máximo.

- ¿Estás buscando una nueva chica para casarte? - le pregunto, sólo para volver a oír su voz.

Como no contesta, alargo la mano para agarrar el mando que descansa sobre su pierna y poner en pausa la serie. Ben sujeta mi mano firmemente sobre su muslo y me mira fijamente. Su semblante es ahora de una confusión que no puedo entender.

Me mira fijamente, sujetándome la muñeca, aunque yo no hago ningún esfuerzo por apartarme. Le devuelvo la mirada, sin saber exactamente qué hacer a continuación, abrumada por la atracción que su cuerpo ejerce sobre mí. Puedo ver su pecho a través de los botones abiertos de su camisa, su cuello, los pelos de su barba, su mandíbula cuadrada, su nariz recta.

Aspiro su aroma y me doy cuenta de lo fuerte que me late el corazón, tanto que no sé si podré soportar mirarle a los ojos, y sin embargo lo hago. Enfrentarme a Ben así, a escasos centímetros de él, es como un puñetazo en el estómago.

La necesidad que me corroe cada noche me abruma sin previo aviso, y cedo, mirando tus labios, deseándolos profundamente, agonizando por el roce de tu mano en la mía, tu muslo musculoso bajo mis dedos. Trago saliva. Quiero besarle, quiero que su mano me acerque...

- ¿Vas a tener otra esposa? - Susurro.

- ¿Por qué te importa? - me susurra, dirigiendo su mirada a mis labios.

Me siento desnuda, expuesta, como si él supiera lo que pienso. Le veo apretar la mandíbula y endurecer la mirada, luego tragar saliva.

- ¿Podemos ver la serie? - me pregunta Ben, con mirada exigente.

Si no voy a casarme con él, ¿tampoco sabré nada de él?

Tiene razón, tu vida no es mi problema.

Frustrado, vuelvo a mi asiento con las manos cerradas en puños, maldiciéndome mentalmente por dejarme abrumar por este asunto una vez más.

Intento fijar la vista en la pantalla que tengo delante, sosteniendo la manta como escudo, pero no consigo conectar con la serie, apenas oigo lo que dicen los personajes.

No estoy de humor.

- ¿Te gusta? - le pregunto.

- Sí, ¿y tú?

- También. - No es mentira, la serie es buena, sólo que no puedo concentrarme en los dramas de otras personas cuando tengo el mío tan intenso en este momento.

- ¿Sabes una cosa? - murmura Ben tras un largo rato en silencio, y luego hace una pausa.

- "Quiero hacerlo", digo, encantada de recuperar su atención.

- Pensé que ibas a sugerir que volviéramos a emitir Anatomía de Grey", dice en tono de broma.

- ¿Repetición?

- Sí, sueñas con ser médico, creía que ya lo habías visto.

- No podría haberla visto, no es un requisito indispensable", digo bromeando, pero sintiéndome extasiado por poder hablar de algo que me gusta. - Pero he visto todas las temporadas.

- Yo también", dice, haciéndome sonreír. - Y he sufrido en prácticamente todos los episodios. ¿Tienes algún favorito?

Me doy la vuelta en el sofá, acercándome discretamente a él.

- Tengo dos, en realidad... - Empiezo, pero él se adelanta.

- ¿El episodio del ferry? - Ben da en el clavo.

- Y la bomba", añado.

Aunque fueron episodios lo suficientemente pesados como para hacerme llorar y al mismo tiempo hacerme reflexionar, que me dejaron fatal, ahora me siento más ligera por hablar de lo que me gusta, por descubrir algo en común con Ben.

- También son mis favoritos", comenta con el rostro relajado y una sonrisa en la comisura de los labios. Me encanta verle sonreír así.

- ¿Recuerdas ese episodio en el que hay una estaca atravesando el cuerpo de un hombre y una mujer, y el equipo no puede salvarlos a ambos, así que tienen que decidir quién muere y quién vive? - Yo pregunto.

- ¡Eso está jodido! - exclama Ben, doblando la pierna sobre el sofá, de cara a mí también.

- Pero tengo que confesar que los episodios con niños son los que más me pesan, son tan jodidamente malos.

- Y sin embargo las has visto todas", le digo y él asiente.

- Podemos verla juntos cuando salga la nueva temporada.

- Es una buena idea. ¿Y compartimos otra barcaza de sushi? - Siento que acabo de sonar interesado, pero si realmente lo estuviera, habría aceptado esa oferta.

- Tenemos otra cosa en común", observa Ben.

- ¿Otra? - pregunto con curiosidad.

- No nos gusta que nos llamen por nuestros nombres de bautismo", señala. - ¿Lo has olvidado, Virgilia?

Recuerdo la conversación en su despacho, la vez que pensé que me iba a despedir, y sonrío.

- No lo he olvidado, Benjamin.

Por fin mi corazón se siente ligero.

- Creo que hay algo más en lo que nos parecemos", añado.

- ¿Qué? - Ben también parece estar más relajado. Hablar de series es bueno para casi todos.

- Sólo somos niños", explico, estirándome en un gesto casi inconsciente.

- Es verdad", dice y se queda pensativo un momento. - Pero no siempre fue así. Una vez tuve un hermano, pero murió cuando yo tenía seis años. Entonces tenía dieciocho años. Tuvo un accidente de moto. Mi padre le quería mucho. Aún mantiene su habitación tan ordenada como antes de que Brian muriera.

- Brian", susurro. - "Mi madre sufrió mucho cuando di a luz, estaba entre la vida y la muerte y los médicos decidieron que no podía tener más hijos, le practicaron una ligadura de trompas. Por eso soy hija única, porque casi mato a mi madre.

- No hables así", pide, pero no en tono áspero, al contrario, usa esa amabilidad que me encanta. - Luiza murió en el parto, pero no fue Alicia quien la mató, y yo sufriría demasiado si supiera que mi hija piensa algo parecido. A los niños que acaban de venir al mundo no se les puede culpar de nada.

Niego con la cabeza, conmovido por sus palabras.

- Mi padre siempre me echaba en cara -explico- que por mi culpa, no sólo mi madre estuvo a punto de morir, sino que no pudieron tener más hijos...

Más gente para trabajar, más niños para traer dinero a casa...

- Tu padre parece un gilipollas", murmura Ben, visiblemente irritado por mi afirmación. - Pero quién soy yo para juzgar, ¿no? ¿Los echas de menos?

- Sólo la de mi madre", digo.

- Lia, ¿puedo hacerte una pregunta muy indiscreta? - me pregunta con el ceño fruncido, la mirada entrecerrada y una arruga de preocupación entre las cejas.

- Puede preguntar -le doy permiso, curioso por lo que pueda querer saber de mí.

- La noche que te llevé al club me dijiste que eras virgen, pero... Estabas comprometida, ¿verdad?

Firmo.

- Sé que no es asunto mío, y ni siquiera tienes que contestar si estoy siendo demasiado invasiva, pero... ¿cómo es que estabas prometida y eras virgen?

Arqueo las cejas, sosteniéndole la mirada un momento.

- ¿Tiene algo que ver con su religión? - añade.

- Sí, soy evangélica", digo con la barbilla alta. - Pero esperar no fue una decisión sólo mía. Lucas lo quiso así.

- ¿Era Lucas tu prometido?

- Sí, y el hijo del pastor. Quería casarse con una chica virgen y pura.

Ben se ríe, una sonrisa despreocupada que muestra sus dientes blancos y alineados y los hoyuelos casi ocultos por su barba.

- Siento ser tan sincero, pero no podría soportarlo si fuera tu prometido, respeto tu fe, pero...

- No creo que tuviera mucho que ver con su fe -le interrumpí-. - Lucas me engañaba con unas chicas del pueblo. Ya sabes cómo es, un lugar pequeño, ningún secreto se guarda tan bien durante mucho tiempo.

- ¿Cómo? - Ben está conmocionado. - ¿Te mantuvo intacta mientras tenía sexo con otras? ¿Es eso cierto?

Asiento, divertido por su reacción.

- ¿Qué le pasa a este tipo?

- Sinceramente, hace mucho tiempo que dejé de entender", respondo.

- ¿Por qué estaban comprometidos? Hablas como si ni siquiera se gustaran.

Estoy a la defensiva, no sé si puedo o quiero abrirme sobre esto. Respiro despacio, reteniendo el aire en los pulmones durante cuatro segundos antes de soltarlo lentamente por la boca.

- No me gusta hablar de ello", murmuro, sintiendo que la ligereza desaparece de repente.

- Lo siento, sólo quería conocerte un poco mejor", pregunta con seriedad.

- No tienes amigos, ¿verdad? Nunca te he visto hacer una fiesta, una barbacoa, nada de eso -digo para cambiar de tema, pero no quiero dejar de hablar con él.

- Tengo algunos amigos, pero por Alicia, prefiero no tener mucha gente alrededor. Ya sabes... por mucho que me guste su compañía, cuando eres padre, nunca estás seguro al cien por cien. Como estoy muy ocupado con el trabajo, intento hacer todo lo posible para protegerla. No me basta con dejarla contigo todo el día. No sé si exagero, pero soy así, prefiero ser sobreprotectora a dejarla vulnerable en una casa donde entra y sale mucha gente.

Reflexiono sobre sus palabras, quizá sea por Alicia que Ben nunca ha tenido novia ni se ha vuelto a casar -me refiero a un matrimonio tradicional- por miedo a hacer sufrir a su hija, aunque haya tomado esa decisión inconscientemente, y por eso y por un ridículo capricho de su padre, corre el riesgo de perder la empresa.

Me muerdo el labio con fuerza, preguntándome si no soportaría fingir ser su mujer sin enamorarme, sólo para que él no tuviera que buscar a otra.

- Eres un padre excelente", murmuro, sintiendo una pesadez en el corazón. No quiero aceptar esta propuesta, pero tampoco quiero que se case con otra. Es increíble lo ligera que estaba hace unos minutos y ahora vuelvo a estar perdida. - Mi padre gana muy poco y se lo gasta todo en las "chicas nuevas del pueblo" -digo, haciendo comillas con los dedos y frunciendo el ceño con disgusto.

- Lo siento -dice mirándome sinceramente, poniéndose muy serio, como si la pesadez de mi corazón le hubiera golpeado-. - Tu viaje al club fue un detonante, para tu padre, para tu prometido, para todo.

Me humedezco el labio, preguntándome si tiene razón.

- Sí, Ben, estar casada con alguien que me engañaba así, aunque no fuera un matrimonio de verdad, me hizo ir a un lugar al que no quería ir. Todo era confuso.

- Lo siento, aunque no me creas, lamento haberte llevado allí. Y luego está la religión... Fui un imbécil. Debiste pensar que iba a arder en el infierno.

Me retuerzo en el sofá. ¿Lo he pensado? No me acuerdo. Puede que no pensara exactamente así, pero desde luego pensaba que Ben vivía en pecado, y puede que no sea mentira, pero yo no soy nadie para juzgarlo.

- Pensarás que no tengo escrúpulos, que soy igual que ellos, pero nunca he engañado a Luiza.

Le miro fijamente y me doy cuenta de que dice la verdad.

- Esa no es la única razón por la que lo rechacé", murmuro. - Nunca amé a Lucas, ni siquiera quise salir con él.

- ¿Y por qué se casarían? - Ben me mira con ojos verdes.

Siento vergüenza de la verdad, tanta que me ahoga el pecho y me bloquea la lengua.

Sacudo la cabeza en señal de negación, esperando que entienda que es hora de poner fin a la conversación, pero no lo hace. En lugar de eso, se acerca más a mí y me toca la mejilla, acariciándola.

Siento que me escuecen los ojos y miro al techo para no llorar.

- Voy a hacerte otra pregunta muy indiscreta, Lia, y una vez más no tienes que contestar si no quieres, pero yo tengo que hacerlo.

- Pregunta", digo, sintiéndome ridícula por mi voz llorosa.

- ¿Ha sufrido alguna vez algún tipo de opresión por su clase social o simplemente por ser mujer?

- Opresión es exactamente la palabra", susurro, sabiendo que si hablo más alto me derrumbaré. - Es una larga historia y no quiero contarla esta noche, sólo sé que fue mi padre quien decidió que saliera con el hijo del pastor, fue mi padre quien pidió mi mano en matrimonio. Nunca quisieron saber si eso era lo que realmente quería y, no, no lo era. Pero tengo que dejar de hablar de eso ahora, ¿de acuerdo?

Respira hondo y asiente. Doy por terminado el día.

Siento que la conversación sobre series haya derivado en esto. No quiero darle importancia, sé que hay muchas chicas ahí fuera que sufren cosas peores, no quiero usar mi pasado para justificar cómo actúo ahora.

Capítulo 10



Una parte de mí lo ve como un reto.

Pienso en Lia, virgen, inexperta, salvo por su prometido gilipollas que prefiere follarse a otras chicas por la calle que estar con ella. Intento imaginar qué llevaría a un tipo a actuar así, y es entonces cuando me doy cuenta de hasta qué punto yo actuaría de la misma manera. Me casaría con Lia, pero me follaría a las chicas del club.

Es imposible que no se me considere un gilipollas, igual que a su ex prometido, y sólo puedo lamentar que no encontrara a alguien que la mereciera.

¿Me gustaría que encontrara a alguien así? Por supuesto que no.

¿Qué siento entonces por ella? ¿Por qué esta sensación de querer tenerla cerca? ¿Por qué no puedo dormir bien sin que sus fantasías me perturben? Virgen... Este detalle me ha afectado más que nada.

Quiero saber qué piensa, si se toca en el baño o cuando se acuesta por la noche, si siente deseo por alguien, si imagina cómo será su primera vez. Quiero preguntarle todo esto, porque no soporto seguir fantaseando con ello. Es inquietante, no puedo quitármelo de la cabeza.

Sé que no voy a echarme atrás, no voy a destruir el muro de protección que he construido alrededor de mi pecho sólo porque quiero quitarle la virginidad a alguien. No puedo estar tan obsesionado. Además, ¿qué tiene Lia que la hace diferente a las demás?

Me siento ridículo pensando esto, porque yo más que nadie sé lo especial que es, lo dulce que es, pero también decidida, guapa, sexy a rabiar, inteligente, cariñosa. Ella es el paquete completo.

Pienso en bajar la guardia un rato, en intentar por una vez tener una relación de verdad

con una mujer, pero pronto me doy cuenta de que sólo va a darme otra patada en el trasero. Lia ni siquiera quiere que le pague la universidad. Eso es un hecho.

Me golpeo la cabeza contra la mesa del despacho, haciendo que se tambalee el plano de un edificio que se supone que estoy analizando. No son ni las cinco de la mañana y ya estoy flipando con ella.

Después del primer episodio de la serie, me dijo que tenía sueño y que se iba a la cama. Como un tonto, le pregunté si le había gustado, si quería seguir viéndola.

Asintió, pero parecía distante, como si su mente estuviera en otra parte, tal vez sufriendo por las traiciones de su prometido. Intenté empatizar con ella, pero lo único que quería era estrecharla contra mi pecho y consolarla.

- ¿Podemos continuar mañana? - pregunté, mientras bajábamos las escaleras.

- Por supuesto", respondió vagamente, con los brazos cruzados por el sistema de ventilación de la casa.

Puse los restos de sushi en la nevera de la cocina mientras ella tiraba los envoltorios usados a la papelera, y luego la acompañé a las dependencias del personal.

Quería entrar y ver en qué habitación estaba, pero tenía miedo de lo que haría con esa información.

Me dio las buenas noches y entró. Me quedé fuera, preguntándome qué me pasaba, deseando que me hubiera llamado a mí también, muriéndome por...

Sacudo la cabeza para despejarme de ideas, sabiendo que no realizaré ninguna.

Soy Benjamin De La Roche, me hice cargo de la empresa La Roche de mi padre y tripliqué sus beneficios a pesar de estar de luto y tener un hijo pequeño al que cuidar. Me tragué la tristeza, la desesperación, el orgullo y trabajé duro para llegar donde estoy hoy, no voy a dejar que una mujer me joda la mente.

Si no ha aceptado la oferta, tengo que encontrar a otra persona, de ninguna manera voy a perder la empresa.

Pienso en Michelle, pero sé que gente importante de la ciudad va al club y la conoce, así que no puedo casarme con ella.

Recuerdo a Bianca, pero no puedo imaginármela en esta casa, fingiendo ser mi esposa.

Es frustrante. Lia sería perfecta para esto, y lo he considerado durante tanto tiempo, que es difícil aceptar que no va a ser así.

Me levanto de la silla giratoria, enrollo la planta y la meto dentro de un cilindro acrílico,

y me la meto debajo del brazo para volver a casa. El sol está saliendo, he hecho pesas, me he duchado y estoy lista para trabajar antes de que Jonathan, el jardinero, empiece a ocuparse de las plantas.

No he dormido ni dos horas, pero para mí es un progreso.

Encuentro a Carol en la cocina cuando doy la vuelta a la casa y entro por la puerta trasera. No se asusta, está acostumbrada a mi extraña rutina y a mis entradas repentinas.

- Buenos días, jefe", dice bromeando.

- Buenos días, flor de un día", respondo, tratando de fingir que estoy de buen humor.

Me encanta Carol, lleva trabajando conmigo desde que acepté hacer las paces con mi padre y pude permitirme una criada. Me ha ayudado con Alicia, con el resto del personal, gestiona la casa como nadie.

Enciende el JBL que siempre deja sobre la encimera, junto al fregadero, y el sonido del forró llena la habitación. Un lado entero de la cocina es de cristal, y puedo ver los primeros rayos de sol bañando la piscina exterior.

- Ven aquí", dice Carol, mirándome con esa sonrisa juguetona.

Sé exactamente lo que quiere y que no me dejará en paz si no cedo, así que levanto la mano derecha con la palma hacia arriba y camino hacia ella.

Me coge de la mano y me pone la otra en el hombro, yo la sujeto y me pongo a bailar porque sé que eso le alegra el día. Se ríe mientras me hace girar por la cocina al ritmo de la música.

- Un día te voy a arrastrar a un forró en mi pueblo", dice entre risas. - Mis primos se volverían locos.

- ¿Alguno de ellos aceptaría casarse conmigo sin sentimientos? - Bromeo.

Aparte de Lia y mi padre, Carol es la única que sabe que me voy a casar.

- Sólo faltan dos meses", me recuerda, sin dejar de mover los pies para seguirme el ritmo. - Te das cuenta, Ben, de que si no estás casado dentro de dos meses, tu vida va a dar un vuelco?

- Pienso en ello todo el tiempo.

- ¿Y cómo no te vas a asustar? Me pregunto si al menos haces un esfuerzo por encontrar... - no termina de hablar, la música se interrumpe por el sonido de la llamada de su móvil sonando con fuerza en el altavoz.

Carol me suelta y corre a abrir la puerta. Alcanzo la botella de café que hay sobre la

encimera de mármol blanco y me sirvo una taza, prestando atención a su cara, cada vez más sorprendida.

Tomo un sorbo de café y veo cómo se lleva la mano al pecho. Murmura unas palabras y cuelga, fijando en mí sus ojos oscuros como si intentara decirme algo sin usar palabras.

En ese momento, Lia aparece en la cocina con cara de sueño, como si hubiera dormido poco. Lleva un pantalón corto de lycra hasta las rodillas y una camiseta de algodón de color neón. Lleva el pelo desordenado, recogido con una goma elástica en la nuca.

- Buenos días - dice en voz alta, la música vuelve a sonar.

- Buenos días", contestamos Carol y yo a la vez.

Cruza la cocina y se dirige a las escaleras para preparar a Alicia para ir al colegio.

- ¿Ha pasado algo? - pregunto en cuanto volvemos a estar solos.

Carol apaga la música y se acerca, agarrándome con fuerza del antebrazo, llevándome de nuevo la mano al corazón.

Le miro a los ojos y siento inquietud, miedo de que le haya pasado algo a su hijo pequeño, que vive en el campo.

- ¿Qué me pasa? - mi voz sale en un susurro.

- La madre de Lia ha tenido un accidente", murmura, con los ojos muy abiertos, como si me preguntara "¿y ahora qué?".

- ¿La madre de Lia? - pregunto con el corazón oprimiéndome el pecho.

- Sí. Se llama Luciana. Su vecino me lo acaba de decir.

- ¿Accidente de coche? ¿Fue grave?

- Sí, la atropelló un coche anoche cuando volvía a casa del servicio, el conductor se dio a la fuga, parece que su estado es grave. Mi amiga se ha enterado ahora porque hoy se ha acostado temprano.

- Lia todavía no lo sabe", digo, recordando lo tranquila que parecía cuando pasó por la cocina hace unos momentos.

- ¡No! No ha estado en contacto con sus padres desde que huyó para trabajar aquí.

- ¿Se ha escapado? - pregunto sorprendida.

- Sí, se escapó para no casarse con un chico llamado Lucas, que sólo es guapo, así que

aún no lo sabe. No ha hablado con su madre desde que vino a trabajar aquí.

Intento procesar las palabras, pero la información llega demasiado rápido. Perdí a mi madre cuando era adolescente, y saber que la madre de Lia está grave me deja sin aliento.

- ¿Cómo voy a decírselo? - me pregunta Carol, pero no espera a que le responda. - Esperaré a que Alicia se vaya al colegio y luego se lo diré.

Trago saliva mientras la veo darse la vuelta y empezar a ordenar las cosas para el desayuno de mi hija con manos temblorosas.

Lia baja con Alicia en cuanto la mesa del comedor está puesta. Me siento a la cabecera de la mesa e intento comer una tostada, pero tengo un nudo en la garganta que apenas me deja tragar.

Mi hija lleva puesto el uniforme del colegio y Lia le habla de un sueño divertido que ha tenido. Intento reírme, porque Alicia me para y me pincha todo el rato, pero mis ojos siempre están fijos en la nada.

Estoy rezando para que mi hija vaya pronto al colegio, para saber qué ha pasado realmente, que ha sido un error, que ha sido un accidente leve, nada grave. El corazón se me oprime en el pecho viendo a Lia sonreír, sin saber qué ha pasado.

Cuando Alicia por fin termina de comer y Lia la guía hasta el coche, donde ya la espera el chófer, siento como si el desayuno hubiera durado una eternidad.

Oigo el sonido de la puerta electrónica abriéndose, oigo tus pasos fuera volviendo a entrar en casa. Me levanto y voy a la cocina, ahora necesito estar a tu lado.

Carol sigue con los ojos muy abiertos. Le pide a Lia que se siente a la mesa redonda de la cocina y empieza a hablar, pero no puedo prestar atención a lo que dice, así que cojo un vaso y lo lleno de agua. Veo que la cara de Lia se transforma en curiosidad, luego en miedo y finalmente en desesperación.

- ¡Tengo que ir allí ahora mismo! - Su voz suena alterada, me mira y su semblante me destroza. Me pongo a su lado y le tiendo el vaso de agua.

- Tómate una copa", le pido amablemente, poniendo mi mano libre sobre su hombro.

- ¿Puedo ir a ver a mi madre? - me preguntó, cogiéndome por sorpresa. No esperaba que se diera cuenta de que me opondría.

- Ni siquiera tienes que preguntar.

- ¿Vas a enfrentarte a tu padre? - le pregunta Carol.

- No puede impedirme que la vea, no puede pegarme delante de todo el mundo, ¿verdad?

- dice Lia mirando a Carol, sus palabras son como un puñetazo en las tripas. Yo también soy padre y no se me ocurre ninguna razón para levantarle la mano a Alicia.

- Lo conoces", murmura Carol.

- Pero necesito ver a mi madre", se lamenta. - No puede cogerme del brazo y obligarme a volver a casa, no con mi madre así.

- Voy contigo, no te voy a dejar sola", le aseguro, sin saber en qué me estoy metiendo. Lo único que sé es que necesita estar con su madre. - Llamaré al hospital para ver cómo está.

Lia me dice el nombre completo de su madre mientras yo busco en Google el número del hospital de traumatología. Encuentro el número y llamo. Pongo el móvil en manos libres y al segundo timbrazo contesta una mujer.

- Necesito información sobre Luciana Pereira da Silva, por favor, dense prisa. - Tuvo un accidente y la llevaron allí.

- Un momento", me dice la mujer, sin emoción en la voz. Me pregunta si lleva tanto tiempo trabajando allí que ha olvidado que los hospitales atienden a seres humanos y no a cosas desechables.

Oigo sus dedos tecleando, los ruidos a su alrededor, mientras me observan Lia y Carol, el tiempo parece pasar demasiado despacio.

- La he encontrado -la mujer vuelve a hablar, parece mascar chicle-, está en la cuarta planta, en el pasillo de la enfermería, esperando una vacante.

- ¿Cómo que en el pasillo? Esta mujer tuvo un accidente.

- El hospital está lleno, señor, todas las camas están ocupadas, necesitará cirugía, pero hay otras nueve víctimas de accidentes esperando delante de ella. Hasta que se desocupe una cama en la sala, esperará en el pasillo.

Parpadeo, incapaz de mirar a Lia.

- ¿Puede recibir visitas? - pregunto, sintiendo el peso de la indignación.

- Sólo de 15:00 a 16:00. Una persona cada vez.

Cuelgo, avergonzada por la situación.

Lia está llorando y tengo que tomar una decisión ahora mismo, no puedo pensar en su madre sufriendo en el pasillo de un hospital. La sanidad pública es una vergüenza.

- No tiene sentido ir ahora -oigo la voz de Carol-, no te dejarán entrar.

El sollozo de Lia corta mi corazón remendado en varios pedazos.

Busco el nombre "papá" en las últimas llamadas telefónicas y le llamo, sin saber exactamente lo que estoy haciendo.

Tarda un poco, pero al final contesta con un alegre buenos días, parece estar de buen humor.

- ¿Sigues siendo amigo del director del hospital de traumatología? - Pregunto.

- Sí, el martes jugué tres hoyos en uno con él: mi padre dice como el típico anciano jubilado, disfrutando de los privilegios de la mediana edad.

- Necesito que le llames, la madre de mi novia ha tenido un accidente y está esperando a que la operen en el pasillo porque las salas están llenas.

- ¿Has dicho la madre de tu novia? - pregunta.

- "Sí, papá", digo, sintiendo los ojos de Lia y Carol sobre mí.

- ¿Y cuándo ibas a decirme que tenías novia? - insiste, su tono de voz demuestra que de repente está más interesado.

- Escucha, necesito que organices su traslado urgente del Hospital Monsenhor Walfredo Gurgel a Promater - exijo. - Inmediatamente.

- Le llamaré, no se preocupe. La suegra de mi hijo estará bien atendida. ¿Es grave?

- Eso parece", respondo, sintiendo un nudo en la garganta.

- Quiero conocerla esta noche", pregunta mi padre.

- Hoy no papá, su madre ha tenido un accidente - me defiendo.

- Así que el viernes pasarás aquí el fin de semana.

Pienso en argumentar que Luciana seguirá en el hospital el viernes, pero sé con quién estoy tratando.

Capítulo 11



- Lia - Oigo la voz de Ben en el coche mientras conduce por la calle São José - Todo va a salir bien. Mantén la calma.

- Lo intento -murmuro, sin pensar siquiera en apartar su mano de mi muslo, su tacto me calma en medio de esta confusión.

- No tendrás que ver a tu padre y podrás quedarte con tu madre, créeme, no dejaré que te pase nada malo, ni que tu madre empeore.

Respiro hondo, tengo el corazón agitado, lleno de preocupación y culpa por haber huido a una vida mejor, mientras mi madre se quedaba allí con un marido... maltratador. Eso es lo que es mi padre.

Siento la mano de Ben acariciarme el muslo, expuesto por el vestido, y me encojo, afectada por su presencia. Nadie me dijo nunca que me ocuparía de todo, que me protegería de mi padre y cuidaría de mi madre.

Intento cerrar mi corazón contra él, pero es imposible cuando está tan herido. Descruzo los brazos y apoyo la mano en la suya, sobrecogida por la loca sensación de nuestras manos tocándose.

- No tenías por qué encargarte de todo, ayudar a mi madre, fingir ante tu padre que somos novios. Se va a enterar de que solo soy la niñera de Alicia -digo, y hago una pausa, humedeciéndome el labio, intentando controlar la desesperación que siento y tratando de sonar lo más centrada posible-. - No tenías por qué hacerlo, pero te estoy muy agradecida por ingresarla en un hospital privado. No quiero ni pensar en lo que va a costar. Acepto la oferta de ser tu esposa, si no has encontrado ya a alguien mejor.

Está aparcando en la acera de un elegante edificio de varias plantas con el nombre

Promater en letras de acero cuando me mira.

- Diría que no era mi intención, pero tampoco estoy en condiciones de sentirme orgulloso, no tengo a nadie, Lia. Seguía esperando que cambiaras de opinión", dice con una sonrisa triste.

Me inclino hacia él y le beso el hoyuelo oculto en la barba, un gesto de agradecimiento, pero Ben mantiene la barbilla baja, mirándome fijamente. La luz de la mañana entra por el parabrisas e ilumina sus ojos, haciéndolos más claros de lo habitual.

Abre la boca para decir algo, pero aprieta la mandíbula y sale del coche. Recojo mi bolso del suelo del coche, el que tiene el asa desgastada, y espero a que me abra la puerta del coche.

Nada más bajar las escaleras veo a mi padre, de pie en la acera, hablando por el móvil, con camisa de cuadros, vaqueros doblados por el bajo y chanclas de cuero hechas a mano, la cara quemada por el sol, el semblante preocupado, pasándose la mano por el escaso pelo canoso. Es casi conmovedor, pero sé muy bien lo que esconde tras la figura del sufrido campesino. Aprieto los labios formando una fina línea y me agacho a espaldas de Ben.

- ¿Qué le pasa? - murmura.

Me siento ridículo, avergonzado, temeroso de que me arrastren de vuelta a casa bajo palizas, tirones de orejas y de pelo, me acobardo como un niño que sabe que le van a castigar.

- ¿Es tu padre? - susurra Ben, sujetándome los hombros, intentando tranquilizarme con la mirada. - Vamos, no dejaré que te toque.

Me dejo guiar por la rampa. Mientras Ben habla por teléfono con la recepcionista para saber en qué planta está mi madre, mi padre me reconoce, se acerca por detrás, me llama por mi nombre y me acusa de varias cosas.

Otra persona olvidaría las desavenencias, intentaría abrazarme y llorar el accidente, pero mi padre sólo sabe llamarme niña, puta y cabrona. No me doy la vuelta para mirar, pero me duele. Siento los ojos de la gente de la recepción puestos en mí. Ben me sujeta firmemente por la cintura, manteniéndome pegada a su cuerpo, y me guía directamente hacia el ascensor, tirando de mi cabeza contra su pecho mientras entramos.

Siento que el ascensor sube, con las palabras de mi padre rondando por mi mente. Sí, soy la perdición de la familia. Me duele la cabeza, mi corazón se ha encogido tanto de dolor y temo que se haya vuelto del tamaño de un guisante, que nada lo haga crecer de nuevo. Sé que tengo la cara mojada, pero no tengo fuerzas para secármela. Me arrepiento de haber huido, sabiendo que siempre tendré que pasar por esto para ver a mi madre.

- ¿Por qué nunca me dijiste que tu padre era así, que huiste de él, que huiste para no casarte? - pregunta Ben, sé que no es su intención, pero sus palabras me hieren aún más.

- Lucas era peor", consigo murmurar. Ahora estamos en un pasillo blanco y frío. Me hace

sentar en una hilera de sillas junto a la pared y se acerca al bebedero más cercano.

- ¿Para quién ha venido? - me pregunta una enfermera, que se sienta a mi lado con mirada amable.

- Luciana, la trasladaron aquí hace poco, tuvo un accidente. Es mi madre.

- Ah, sí. No llores, quédate tranquila, el cirujano ya está con ella. Tu mamá está bien cuidada, acabo de sedarla para la operación, ya no siente dolor.

El aire se me atasca en la garganta. Ben está a mi lado y me tiende un vaso de agua. Lo acepto y bebo un sorbo. No quiero pensar en lo que debió de sufrir en aquel otro hospital, probablemente sola, porque sé que no dejan que la gente se quede con ellos.

- ¿Podemos verla? - pregunta Ben, solo un momento, para calmarla.

La enfermera la mira, analizándolo, probablemente reconociéndolo de algún titular de periódico sobre el exitoso Benjamin De La Roche.

- Ven conmigo", me dice e inmediatamente me levanto para seguirla. - Ya está entrando en quirófano, el médico está esperando una nueva radiografía. Puedo enseñársela a través del cristal, pero no puede entrar.

Asiento con la cabeza.

Miro a los jóvenes médicos que pasan, a las enfermeras, e intento imaginarme así. Suspiro, sin saber qué ocurrirá a continuación.

Nos detenemos junto a una habitación con un cristal y veo a mi madre en una camilla, con la cabeza inmovilizada, el pelo castaño rizado revuelto alrededor de la cabeza, la piel negra marcada por los cortes, y el corazón se me vuelve a estrujar.

- "Mamá", susurro, apoyando las manos en el cristal, deseando poder acercarme.

- ¿Cuál ha sido el daño? - oigo la voz de Ben preguntar a la enfermera, pero no quiero apartar los ojos de mi madre.

Quiero decir que todo irá bien, que tengo fe en que los médicos y Dios cuidarán de ella, porque no aceptaré nada menos, no aceptaré que la idea de perderla llene mis pensamientos, eso no puede pasar.

Veo cómo entra un hombre vestido de verde y empieza a tirar de la camilla, haciendo que el soporte de la vía se tambalee. Abre la puerta y pasa junto a nosotros. Veo a mi madre de cerca mientras la enfermera pasa junto a nosotros. Me tiro contra la camilla, pero Ben me sujeta firmemente contra su pecho.

- Cálmate, Lia", dice con voz extraña. Levanto la cabeza para mirarle y veo que él

también está llorando.

Siento que se me revuelven las tripas.

- ¿Hay alguna habitación libre donde podamos quedarnos mientras la operan? - pregunta Ben a la enfermera.

- Vamos", dice amablemente, y me doy cuenta de que, por ser quien es, lo consigue todo en esta ciudad.

Es una habitación pequeña, pero limpia y decorada, con una cama de hospital, equipo de oxigenación y soportes para suero. Ben cierra la puerta y me sienta en la silla del cuidador.

- "Gracias", murmuro. - Pero prefiero esperar en el pasillo.

- La operación durará un rato, la enfermera nos llamará para que veamos al médico en cuanto termine. Es mejor descansar", explica con voz suave, estirándose para alcanzar la manta del respaldo del sillón.

Dejo que tire de mí hacia su pecho y me acurruco contra su cuerpo, abrazándome a su pecho, sintiendo cómo él me devuelve el abrazo. Dejo que mis emociones salgan en forma de lágrimas.

Capítulo 12



Lia duerme la siesta sobre mi pecho, es una de las mejores cosas que he experimentado en los últimos años, tener su calor junto a mi cuerpo, su respiración contra mi pecho. Intento dormir, pero la imagen de ella caminando hacia mí con su vestido de novia me persigue. Sé que no es el momento, pero no puedo controlar mi mente, la imagino en lencería sobre mi cama, gimiendo mientras le arranco los tirantes de encaje, mientras devoro su cuerpo virgen y ella suplica más, fantaseo con ella sentada sobre mi cadera, cabalgándome con sus pechos bamboleándose frente a mí, diciéndome cuánto me desea, me imagino penetrándola con fuerza, intentando aplacar su deseo.... Aprieto el borde del sillón, con una erección insoportable, humeante. Son más de las doce y la operación no ha terminado.

Llevo aquí desde el amanecer, con el cuerpo en llamas, pensando en mil maneras de quitarle la virginidad, aliviado de que haya aceptado casarse, perdido entre el deseo, la preocupación por su madre y las ganas de enfrentarme a su padre.

Tengo que decirme a mí misma que no pasará nada entre nosotros. Es sólo un contrato, un negocio. Llamaré a mi abogado y le pediré que redacte el contrato de matrimonio en cuanto tenga noticias de tu madre. Todo estará especificado, todo lo que ella tendrá que hacer y lo que recibirá a cambio.

Por mucho que mi cuerpo y la parte irracional de mi mente se arrastren, no voy a ceder. La vida es demasiado frágil, un segundo estás bien y al siguiente te atropellan, te atropella un coche, explota un edificio, te atrapa un virus letal, una bala, veneno, ahogamiento.... Hay tantas formas de perder a un ser querido.

Prefiero arder cada noche de deseo que lidiar con el dolor de perder otro amor. No puedo aceptarlo.

Miro su muslo doblado sobre el mío, liso, suave, la piel morena clara, la línea más leve de una cicatriz en el costado, huelo su pelo, puedo ver parte de sus pechos a través del escote del

vestido que se puso antes de salir de casa. Sería terrible enamorarme de ella. No me lo permitiré.

- "Es sólo un contrato matrimonial", murmuro entre dientes, lo más bajo posible, para poder oír mis propias palabras y fijarlas en mi mente.

Intento levantarme despacio, necesito aire que no tenga su delicioso y tentador olor, su aliento, su calor. Con cuidado, consigo ponerla de lado en el sillón reclinable de que he ajustado para que sea casi una cama. La cubro con la manta de hospital y salgo de la habitación.

Camino por el pasillo, pidiendo información sobre la operación, sólo para enterarme de que aún no ha terminado. La enfermera, mejor informada, me explica que tenía múltiples fracturas y algunos coágulos en el cerebro.

Asiento con la cabeza, perturbado por la noticia. Mi estómago vacío se revuelve.

Me alejo de la enfermera sin darle las gracias por la información. Llamo a mi abogado y le pido que haga los trámites y se ponga en contacto con el registro civil.

A continuación me llama mi padre, pero no estoy preparada para hablar con él, aún no quiero responder a sus preguntas. Ya me ha costado hablar con Carol y con mi ayudante en La Roche.

Bajo el ascensor, me abrocho los botones de la camisa hasta el cuello y fijo la corbata en su sitio. El olor de Lia impregna el traje, pero lo ignoro. Paso por delante del mostrador de recepción y veo a su padre sentado en la última fila de sillas. Cruzo la puerta principal y salgo a la acera, donde un sol de septiembre abrasa el asfalto. Busco las gafas en los bolsillos interiores del traje, pero no las encuentro. Voy a buscarlas al coche.

De vuelta, le veo de pie en la acera, esperándome.

Recuerdo cuando conocí al padre de Luiza, pero esta vez no estoy nervioso, no le debo nada. Reconozco algunos rasgos de Lia en su semblante, su nariz, la forma de sus labios, el color de sus ojos.

Aprieto la mandíbula, me pongo las gafas de sol y camino hacia él.

- ¿Quién es usted? - me pregunta.

- Soy el prometido de Lia", le respondo. No es mentira, si le pedí que se casara conmigo y ella aceptó, aunque tardara semanas en hacerlo, soy su prometido.

- Ya tiene prometido, y él lleva buscándola desde la noche en que aquella fulana se escapó.

No pienso, no miro a mi alrededor para ver si alguien me observa, simplemente aprieto el puño y le asesto un golpe en la mandíbula.

- Nadie llama golfa a mi prometida", gruño.

El tipo me mira como si no pudiera creer que haya hecho eso.

- Vete de aquí. Aquí nadie te necesita. Cuando Luciana sea dada de alta, se quedará con Lia. Ambas a salvo, donde ni tú ni nadie pueda ponerles un dedo encima.

- No sabes de lo que soy capaz -amenaza con abalanzarse sobre mí, pero algo en mi expresión le detiene.

Mi estómago se siente aún peor cuando me doy la vuelta y vuelvo a entrar en el hospital, ignorando todo lo que me rodea.

Encuentro a Lia sentada en el sillón, recién despertada.

- ¿Qué ha pasado? - Lia gimotea al ver mi expresión. - ¿Ha terminado la operación?

Intento disimularlo, no quiero decirte que he pegado a tu padre.

- Sólo unas preguntas de La Roche, nada de lo que debas preocuparte.

- ¿Sabes algo de mi madre?

- Se ha roto algunos huesos y el golpe le ha provocado pequeños coágulos cerebrales -le explico con voz más controlada, no quiero ocultárselo.

Jadea y se lleva la mano al pecho. Quiero estrecharla entre mis brazos, abrazarla y consolarla, pero estoy perdiendo el control. Me siento en la cama y la observo.

- No sé qué habría pasado si no me hubieras ayudado", murmura.

- Todo irá bien.

Mil cosas diferentes pasan por mi cabeza, haciéndome desear poder tomarme un descanso de mí misma.

- He llamado a mi abogado, va a redactar el contrato matrimonial", le explico, demasiado alterada para darme cuenta de que ahora no es el momento. Lia me mira fijamente, no sé si ha cambiado de opinión, no puedo leer su expresión. - ¿Tienes alguna reserva?

- ¿De cuánto tiempo dispone hasta la fecha límite?

- Cincuenta y tres días. Podríamos casarnos en casa de mi padre, que vive en la playa, e invitar a nuestros amigos más íntimos. ¿O prefieres una gran fiesta?

Se levanta, se acerca a mí y me pone las manos en los hombros.

- ¿Por qué tienes que ser tan complicado? - me preguntas.

- No es complicado. Dime cómo lo quieres y lo haré.

Aparta las manos de mí, mirándome tan fijamente que pierdo el aliento, y luego cruza los brazos, haciendo que sus pechos se aprieten entre sí.

Quiero hundir mi cara entre ellos, chuparlos, apretarles el culo...

Me odio por pensar eso justo ahora, en estas circunstancias.

- Quiero que dejes de ir a ese club -dice levantando la barbilla-, que canceles tu afiliación, o como quiera que lo llamen.

- Voy a cancelar - Voy a firmar. - Sólo volví allí tres veces después de esa noche, pero no me quedé con nadie, lo juro. Tu cuello fue lo único que besé.

Se ríe, y es tan agradable verla relajada que me derrito.

- ¿Por qué me haces esto? - pregunto.

- ¿Qué es eso?

- Entras en mi mente y me follas de tantas maneras que ya no sé ni cómo reaccionar", susurro.

- ¿Y por qué luchas contra ello?

La miro fijamente, cerrando la cara.

- ¿Sabes a cuánta gente he perdido? Mi mamá, mi hermano, Luiza... ¿Puedes garantizarme que te quedarás conmigo hasta que seamos muy viejos? ¿Puedes prometerme que no volveré a sentir ese dolor?

Me abraza de repente, muy fuerte, como no esperaba. Siento su cálida piel contra mi cuello, los latidos de su corazón contra mi pecho. Me abraza sujetándome la nuca para que no me aparte. Siento sus labios contra mis sienes y deseo más que nada que encuentren mi boca, deseo tanto sus labios que tengo que cerrar las manos en puños.

- ¿Por eso nunca has buscado a nadie, por eso necesitas un matrimonio por contrato? - me pregunta con voz suave. - ¿Por qué tienes miedo de perder a otra persona?

Sacudo la cabeza, sin decir nada, tirando de ella hacia mi regazo, mi razón me pide que me aleje, pero mi cuerpo me suplica por ella.

- No hagas que me enamore de ti -suplico contra su clavícula, cediendo al impulso de volver a saborear su piel. Paso la lengua por su cuello, mientras mis manos agarran con fuerza

sus caderas, colocándola entre mis muslos. - No me hagas esto.

- Eres tú el que está mirando", se defiende con voz socarrona, volviéndose hacia mí.

Me arde el cuerpo, me arde el corazón, se me seca la boca de deseo, me escuecen los ojos al mirar a Lia.

- He estado luchando contra ello todos los días, has hecho de mi vida un infierno, ángel", digo por primera vez, arrepintiéndome de inmediato.

- Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti", confiesa. - ¿Cómo vamos a casarnos, compartir la misma cama y que no pase nada? ¿Cómo voy a dormir a tu lado sin enamorarme?

Tu pregunta me hace palpitar el corazón, porque temo la respuesta.

- No hace falta que durmamos juntos", murmuro, odiándome con todas mis fuerzas.

- ¿Será suficiente? ¿Y si tenemos que besarnos en público? Dijiste que no besas a nadie, que es una regla.

- Nadie nos va a pedir que nos besemos, ya no somos niños.

- ¿Y tú no quieres, Ben?

Aprieto la mandíbula, porque eso es exactamente lo que quiero, no sólo tus labios, sino toda tú.

Oigo llamar a la puerta, lo que me salva de esa pregunta.

Se marcha, dejándome con una sensación de vacío. Parece que estar sin Lia puede ser tan doloroso como perder a alguien. Verla y no quererla es imposible.

- La operación ha terminado, todo ha ido bien", dice la enfermera asomando la cabeza por el hueco de la puerta.

Lia corre a su encuentro, dejándome en esa cama, temblando de deseo, desesperada por alejarme de ella.

Capítulo 13



Mi madre se está recuperando bien. El médico le ha pedido que guarde reposo en cama durante quince días, tomando medicación para que los coágulos desaparezcan sin necesidad de cirugía.

Estoy tan contenta de tenerla cerca que apenas puedo contenerme. Paso la mañana con ella todos los días, pero las enfermeras me piden que la deje descansar por la tarde, así que Ben pasa por el hospital y me recoge.

Está más callado que de costumbre y trato de no pensar en todo lo que hemos hablado. Firmo el contrato matrimonial, sin molestarme en leer las condiciones, y recibo una alianza de oro blanco el día que tenemos que conocer a su padre.

Yo voy en el asiento delantero, Alicia en el trasero, mientras él conduce hacia la costa sur. Creo que será así durante los próximos años, fingiendo sentir por él algo que realmente siento. Es confuso, pero intento aferrarme a las partes positivas.

Ben está decidiendo si contratar a otra niñera o si Alicia es lo suficientemente mayor como para necesitar una.

Sigo sin saber cómo comportarme en la casa, Carol me trata como si realmente fuera la señora De La Roche, me pregunta qué quiero comer, cómo quiere que arregle algo, pero no sé si está bromeando o dice la verdad, ya que es la única que conoce el contrato, aparte del abogado de Ben.

No sé cómo es Raúl, el padre de Ben, no sé nada de su temperamento, me siento ansiosa en el coche, no sé quién va a estar allí. No me dice nada.

- ¿Puedo llamar tía a tu madre? - pregunta Alicia, sacándome de mis confusos pensamientos.

- "Por supuesto, mi amor", respondo, girándome en mi asiento para mirarla con una sonrisa, alargando la mano para tocar su rodilla cubierta por los vaqueros.

- ¿Y tú? ¿Cómo debo llamarte, Lia? - me toma por sorpresa.

Miro a Ben, pero está concentrado en la carretera.

- ¿Cómo quieres llamarme? - Respondo con otra pregunta.

- Quiero seguir llamándote Lia por ahora", me responde con los hoyuelos apareciendo en mis mejillas.

- Así será.

- Painho dijo que ya no eres mi niñera, que vas a ser su esposa - continuó Alicia. - Que te vas a estudiar y no vas a tener todo el día libre para cuidarme, pero sabes qué, es mucho mejor así. Ya tengo edad para tener niñera, y mi padre ya no se sentirá solo.

Sonrío ante su conclusión.

- ¿Sabes lo que me hace gracia? - Alicia vuelve a hablar, la miro y veo que se da golpecitos en la barbilla con el dedo índice, curiosa. - Sigues durmiendo en la casa del personal.

- Pensaba que eras más conservador", comenta Ben, que se une a la conversación por primera vez cuando el coche pasa por delante de la verja de la finca.

- ¿Qué significa eso de "conservador"?

Se ríe, parece ligero y relajado. Yo también intento calmarme.

- Mira, mi amor, papá aún no se acuesta con Lia porque, según la religión en la que se educó, sólo puede acostarse con un hombre cuando ya está casada con él -explica Ben de la forma más práctica posible.

Espero mi momento para hablar, pero Lia empieza a celebrarlo cuando ve la casa de su abuelo.

Veo varios coches aparcados junto a una mansión. Trago saliva, sin saber lo que me espera. Ben se baja y me abre la puerta para que baje, tendiéndome la mano como de costumbre.

Acepto su ayuda y salgo del coche, convirtiéndome de nuevo en un manojo de nervios.

- ¿No se enfadará tu padre porque salgas con la ex niñera? - le pregunto mientras le abre la puerta del coche a Alicia.

- Oye, hija, no le digas a nadie que dormimos en habitaciones separadas, ¿vale? Es el secreto de Lia. ¿Qué es lo que pasa?

- Sí, papá", dice, antes de salir corriendo en dirección a la casa.

- Mi padre sólo me exigió que me casara, no tuvo nada que ver con la profesión de mi prometida -dice Ben y me coge la mano, pasando el pulgar por el anillo de oro blanco. Lleva uno muy parecido en la mano izquierda, como hacen los novios.

Aparece un empleado y pregunta por nuestro equipaje. Ben señala el maletero y abre el coche. Nos vamos de fin de semana, pero él me lleva todas las mañanas a ver a mi madre, que sigue en el hospital.

La mansión está rodeada de palmeras iluminadas por focos verdes, tiene tres plantas, con balcones en todas ellas, todo en blanco, con columnas que la hacen parecer un castillo.

Nos recibe otro empleado con un uniforme que le hace parecer un mayordomo de las películas americanas, sosteniendo una bandeja con una copa de una bebida que recuerda al champán.

- ¿Dónde está mi padre? - Ben quiere saberlo.

- Por aquí, señor", dice el funcionario.

La casa es al menos tres veces más lujosa que la de Ben, y la única razón por la que no corro es porque me agarra fuerte de la mano.

Me pregunto cómo es crecer rodeado de tanto lujo, cómo es no querer nunca algo y no poder tenerlo. Entonces me doy cuenta de que lo que más quería Ben era a su mujer, a su madre y a su hermano vivos, pero ni todo el dinero del mundo puede comprar una vida. Es confuso, no se puede tener todo.

Encontramos a Raúl en una antesala, hablando con otros hombres que parecen rondar los sesenta años. Viejos elegantes y sonrientes, que se vuelven para mirarme en cuanto Ben olfatea para llamar su atención.

Todos se ponen de pie. Sé cuál es Raúl porque es la versión mayor de Ben, misma textura de pelo, forma de cara, ojos, altura.

Extiendo la mano para saludar a mi suegro en cuanto Ben me presenta como su novia. Me siento mal vestida, pero Ben jura que todos los vestidos que coso son preciosos.

- Así que eres tú quien ha conseguido domar el corazón de mi hijo", dice Raúl de La Roche con una amplia sonrisa. Intento encontrar ironía en su mirada, pero no encuentro nada. Parece realmente feliz. Me doy cuenta de que realmente se preocupa por la soledad de su hijo.

- Soy yo -respondo, abriendo una sonrisa, igual que hacía cuando iba a casa de Lucas y tenía que fingir que estaba enamorada de él. Si no lo hacía bien, si no era lo suficientemente simpática y dulce, me abofeteaban e insultaban cuando estábamos solos, así que he aprendido a fingir muy bien. - Es un placer conocerte. Ben y Alicia me han hablado mucho de ti, estaba

deseando conocerte.

- Te invité a venir, pero tu madre tuvo ese terrible accidente. Es una pena - Raúl parece muy disgustado.

- Se está recuperando rápidamente", seguí sonriendo, "y te estoy muy agradecida.

- Os agradezco que le hayáis dado una oportunidad a mi hijo, ya estábamos perdiendo la esperanza - dice Raúl, y todos los que están con él se ríen.

Automáticamente frunzo el ceño por utilizar uno de los dolores de su hijo como broma, pero rápidamente deshago el gesto.

- Me estaba esperando", declaro, mordiéndome el labio y poniendo una cara que sé que complacerá a estos hombres.

- Sin dramas - comenta uno de los amigos de Raúl, le reconozco enseguida porque le he visto muchas veces - Me caes bien.

- ¿Conoces a Isaac Duarte, el alcalde de Natal? - me pregunta Ben, de pie a mi lado, con aire tímido.

El hecho es que todos somos como niños asustados alrededor de unos padres que nos oprimen.

- Te he visto en los periódicos", le digo, tendiéndole la mano para estrechársela.

Me doy cuenta de que hay otros diputados allí, riéndose conmigo, burlándose de Ben.

Vuelven a sentarse y Raúl señala con la barbilla un sofá vacío. Ben me coge de la mano con fuerza mientras nos acomodamos.

- Todo va a salir bien", susurro para que sólo él pueda oírme, rozando mi nariz contra su cuello en un gesto de afecto, deseando que fuéramos una pareja de verdad, pero consciente de que respetaré sus deseos.

Se encoge, como si estuviera conteniendo un escalofrío, y luego me besa en la frente, con mi mano agarrada a la suya para que todo el mundo la vea. Es el mayor afecto que me ha dado en días.

- Ya no está. - Oigo la voz de uno de los hombres mientras le entrega a Raúl un iPad.

Entrecierro los ojos, pero no veo de qué se trata.

- Es la lista", explica Ben entre dientes.

- ¿Qué lista?

- La lista de las diez personas más ricas del Estado.

- Has entrado, Benjamin - Raúl suena imparcial, como si no esperara nada más. - Estás en séptimo lugar.

Se miran fijamente durante un largo momento, dejándome agonizante.

- Eres el primer De La Roche que entra en la lista de los más ricos de nuestro estado, enhorabuena, hijo. - Sólo cuando Raúl dice estas palabras, los hombres se levantan para saludar a Ben.

Todavía estoy demasiado conmocionado para pensar en algo concreto. El hombre que estaba a mi lado consiguió hacer de su empresa una de las más importantes de Rio Grande do Norte en sólo siete años, mientras sobrellevaba el dolor del duelo y criaba a su hija pequeña.

Ben se levanta para recibir las felicitaciones de los amigos de su padre, pero todo suena tan superficial que no consigue esbozar una sonrisa genuina. Se me pasa por la cabeza que su padre está celoso, porque era su nombre el que quería en esa lista, que fuera él quien recibiera los cumplidos de sus amigos ricos.

- Feliz cumpleaños, mi amor", digo para que me oigan todos, poniendo la mano en su mejilla y acercando su cara a la mía para que no vean que le beso la comisura de los labios en vez de la boca.

Ben jadea, aún más tenso. Lo miro con una sonrisa durante unos segundos, antes de soltarlo y volver a centrar mi atención en su padre.

- Estoy seguro de que no lo habría conseguido si no lo hubieras dejado todo en su sitio - halaga Raúl, porque sé que eso es exactamente lo que quiere. - Ben no ha hecho más que seguir tus pasos.

Raúl me mira fijamente, hinchando el pecho y asintiendo con la cabeza, pero pone cara de modestia cuando sus amigos le dan una palmada en la espalda.

- Eres una estrella", susurra Ben mientras me besa la oreja.

- Creo que es un buen momento para descorchar una botella de champán -sugiere uno de los ricachones.

Pronto aparece un camarero y Raúl le ordena que traiga cierta botella. Cuando traen la bebida, salen a una enorme piscina infinita. Parpadeo, perplejo por la arquitectura y el lujo del lugar. Las luces LED del interior de la piscina hacen que el agua parezca aún más azul. El viento sopla desde la playa, trayendo el olor del mar. Me recuerda a la noche en que Ben me pidió matrimonio, pero el camarero me tiende un vaso y vuelvo a prestar atención a lo que me rodea.

Mi "prometido" quita la protección, gira la llave de cierre, a veces la empuja con el pulgar, que hace un ruido hueco, parecido a un suspiro. Todos los hombres de alrededor levantan

sus vasos, pero es el mío el que él llena primero.

Unas cuantas mujeres empiezan a agolparse a nuestro alrededor, mientras las demás son atendidas.

- Tienes el don de la oratoria", dice el padre de Ben, pero no sé si me está haciendo un cumplido o me está poniendo a prueba.

Levanto la cabeza y enderezo los hombros, pruebo un sorbo de la bebida, pero una vez más me sorprende una bebida cara, el sabor es efervescente, seco, con un alto contenido alcohólico, muy diferente de las sidras que solía beber en Nochevieja.

- Gracias", le contesté.

- He oído que hasta hace poco sólo eras una niñera", comenta Raúl. Una vez más, no sé a dónde quiere llegar.

- "Papá", grita Ben, con cara de advertencia.

- No pasa nada", le digo. - He trabajado de niñera, sí.

- Admiro a la gente trabajadora y honesta - continúa Raúl. - ¿Qué llevas puesto?

Mira mi vestido blanco roto, de escote redondo, sin mangas y largo hasta la rodilla. Me hace parecer más alta, o eso me gusta pensar.

- Oh, hago mis propios vestidos, ¿no te gusta eso?

- Así que tienes modelos exclusivos. Es precioso.

Llevo tanto tiempo fingiendo ser una mujer con aplomo que empieza a dolerme la espalda. No sé cuándo terminarán tus preguntas, ni siquiera sé si algún día lo harán.

- ¿Quieres dar un paseo? - Ben me salva.

- Quiero hacerlo", respondo rápidamente, pero antes de que nos suelten, Raúl nos presenta a cada una de las mujeres que nos rodean, alabando mis habilidades como costurera.

El hecho de que no sepa si está bromeando o es sincero me hace agonizar.

Cuando por fin he terminado de sonreír a cada uno de ellos, dejo que Ben me guíe hasta el borde de la piscina. Llevo zapatos de tacón alto desnudos, que hacen un toc toc al caminar por el suelo de madera. Encontramos las escaleras y bajamos.

El olor de la barbacoa aumenta a cada paso. Abajo, hay mesas con comensales más jóvenes y un empleado encargado de la parrilla.

- ¿Tienes hambre? - me pregunta Ben, pero antes de que pueda responder, un hombre de su misma edad le llama por su nombre. - Tienes mucha más clase que los demás -murmura entre dientes, tan agotado como yo.

El hombre se levanta y viene a saludarnos.

- No me puedo creer que te vayas a casar, primo -dice, cogiéndome la mano sin avisar-. - Déjame ver el anillo. ¿Oro blanco y un diamante negro? Muy expresivo, el anillo perfecto para que un viudo pida la mano de su prometida.

¡Dios mío, el tipo no puede callarse!

- ¿Has oído que Ben está en la lista de las diez personas más ricas de Rio Grande do Norte? - Yo digo que cambiar el foco de la conversación.

- ¡No me digas! Ah, me llamo Franco.

Me siento obligado a saludar a todos los presentes, pero pido que me disculpen en cuanto nos hemos presentado, porque Ben parece sufrir una indigestión.

Me coge de la mano como si pudiera sostenerle, colocamos las copas sobre la mesa y caminamos hacia la valla de madera blanca que separa la zona exterior de la playa. Me quito los zapatos y camino junto a Ben hasta que dejamos de oír las voces de los invitados.

- Creía que sólo iba a ser una cena", le digo mientras se sienta en la arena.

Me siento a su lado y suspiro.

- Fue peor de lo que pensaba, pero lo hiciste muy bien. ¿Dónde se escondía tu personalidad? - Ben me mira con las cejas fruncidas.

- Mi ex prácticamente me entrenó, creo que aprendí bien. No quería que nadie supiera que yo era muy pobre.

- ¿Qué quieres decir con "prácticamente me entrenó"? - Ben no deja de mirarme con curiosidad. Me pregunto si algún día me acostumbraré a recibir esas miradas sin que mi corazón se acelere como loco. - ¿Te daba una recompensa cuando lo hacías bien?

Mi estado de ánimo cambia rápidamente. Parece que por mucho que intente evadirme, siempre surgen estos problemas.

Estiro las piernas, consciente de que mi vestido se manchará de arena, y flexiono los dedos de los pies, doloridos por los tacones.

- "Creo que será mejor que te lo diga de una vez por todas", murmuro, relajando la postura, volviendo a ser quien realmente soy.

- Yo también lo creo", está de acuerdo.

- Nunca quise salir con Lucas, ya le he explicado que fue mi padre quien lo arregló todo, a él le pareció un buen negocio que yo tuviera una relación con el hijo del pastor -digo y Ben asiente, animándome a continuar. Cojo un puñado de arena y la dejo correr entre mis dedos. Pasan los días, las semanas, los meses, cada vez pienso menos en ello, pero las heridas aún no han cicatrizado bien. - Lucas me exhibía como un trofeo. Él pensaba que yo era hermosa, no sé...

- Eres más que guapa, eres maravillosa, Lia", me piropea Ben.

Mis labios se abren en una sonrisa, pero luego vuelvo a ponerme serio.

- Pero ser guapa no era suficiente. Pagó mi sueldo de canguro a mi padre para que no trabajara más en casas de familia, no quería que su novia tuviera un trabajo tan "bajo". - Hago comillas con los dedos. - Mi padre lo vio como una oportunidad de ganar más dinero, y empezó a conseguir niños del barrio para que yo los cuidara, como una guardería, pero cuando Lucas se enteró, me pegó, me humilló...

Hago una pausa para tragarme el nudo que tengo en la garganta.

- ¿Que hizo qué? - pregunta Ben como si la información fuera demasiado para creerla.

- Así me entrenó. Me trataba como si fuera culpa mía tener que trabajar, como si yo hubiera elegido esta vida -continúo, aunque quiero dejar de hablar, es mejor que Ben lo sepa todo enseguida y deje de hacer preguntas. - Solía agarrarme del pelo y golpearme la cabeza contra la pared, creo que le encantaba el sonido hueco que hacía.

Me estremezco al recordar los dolores de cabeza que me provocaba.

La cara de Ben es de mortificación.

- ¿Por qué no rompisteis? ¿Por qué te quedaste con él?

Me encojo de hombros, sin saber qué decir.

- Había visto a mi padre pegar a mi madre toda mi vida, y a mí me trataba incluso peor que Lucas. No digo que estuviera acostumbrada a que me pegaran, porque no creo que nadie se acostumbre a una vida así, pero era lo único que conocía. No pude aprobar el examen de ingreso y no tenía otras expectativas. Pero huí a la primera oportunidad.

- Le di un puñetazo a tu padre delante del hospital el día que operaron a tu madre -me cuenta Ben-. - Te llamó zorra y no iba a dejarlo pasar. Después me sentí mal, pero ahora creo que no hice gran cosa. ¿Este tal Lucas sigue viviendo en la misma ciudad?

Levanto las cejas, comprendiendo lo que quiere saber.

- ¡No irás tras él, Ben!

- ¿Crees que tengo miedo de darle una lección a un hijo de pastor malcriado?

- No quiero que pierdas el tiempo con un cabrón como él, y mucho menos que te ensucies las manos -le digo lo más serio que puedo, esperando que lo entienda.

- Te ha hecho daño durante dos años -prácticamente gruñe Ben. Le miro las manos y veo que las tiene cerradas en puños, temblorosas, con los antebrazos cruzados sobre la rodilla derecha, que está doblada.

- Te lo dije sólo para ponerle fin, no porque quiera que me vengues. Por favor, dejemos el pasado donde pertenece.

- Si alguna vez se cruza en mi camino, no quedará mucho de él para contar historias como esa", refunfuña.

- Eres la primera y única persona que me ha defendido hasta ahora, lo admito. - Y quiero que sepas que significas mucho para mí, que te estaré eternamente agradecida, pero no quiero que golpees a alguien por mi culpa. Estoy totalmente en contra de la violencia.

Baja la cabeza y remueve la arena durante unos minutos. Quiero inclinarme y acariciarle la nuca, tocarle el lóbulo de la oreja, provocarle escalofríos, pero sé que no puedo atreverme.

Es duro estar tan cerca de él, fingir que somos una pareja enamorada, y ni siquiera haber tocado nunca sus labios, sobre todo cuando me siento completamente atraída por Ben.

- ¿De verdad crees que lo hice bien con tu padre y esos caballeros? - pregunto para recuperar su atención.

- Muy bien. Mi padre te estuvo probando la mayor parte del tiempo. Cuando preguntó por tu vestido, estoy segura de que pensó que era elegante, pensó que una niñera no podría permitirse algo así y sólo quería confirmar que ya estaba pagando por ti. Estuviste perfecta diciéndole que te haces tu propia ropa. Seguro que ahora mismo está presumiendo de mi nombre en esa lista y de cómo conseguí una novia tan trabajadora. Le encantan esas historias de gente que triunfa en la vida contra todo pronóstico.

- La romantización de la pobreza", refunfuño, poniendo los ojos en blanco y dejando escapar el aire por la nariz. - Entonces, ¿no le importa que yo sea de una clase social mucho más baja que él?

- A menos que te considere un oportunista... Ganaste muchos puntos con la cuestión del vestido, y luego vino todo eso de que sólo entré en la lista gracias a él.

- Sólo lo dije cuando me di cuenta de que parecía celoso.

- Lo observas todo muy bien", dice.

- ¿He hecho bien? - le pregunto.

- Claro que le gustaría que su nombre figurara en la lista, pero has hecho muy bien en atribuir mi éxito a mi padre.

- No pretendía ofenderte, te lo explico enseguida.

- Sé que no lo era.

- ¿Y si pagas los gastos médicos de mi madre? ¿No pensará que es oportunista?

- Mi padre es excéntrico, orgulloso, pero no creo que sea mala persona. Comprendió que te ayudara en un momento difícil.

Niego con la cabeza.

- ¿Te acuerdas de Franco, el primo que nos recibió en la zona de barbacoas? - me pregunta Ben.

- ¿Qué dijo del anillo? Pensé que querría quitármelo del dedo para ver si era real.

- Un hombre despistado. Él era a quien mi padre iba a entregar la empresa si yo no me casaba.

Sacudo la cabeza, sorprendida. No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero su primo no parecía una persona muy centrada.

Es curioso cómo siempre he visto a Ben como un hombre poderoso, un magnate, pero delante de su padre no parece más que un niño esperando aprobación. Es extraño conocer estas dos caras, pero le hace parecer más humano y, por desgracia, diez veces más atractivo. Al menos para mí.

Quiero abrazarlo contra mi pecho, besarlo apasionadamente, quitarle la camisa azul y volver a ver su abdomen, como vi aquella noche cuando se quitó la camisa para que yo pudiera entrar en calor. Casi contemplo la idea de fingir que me muero de frío, sólo para que me recompense de nuevo con ese gesto.

- Debió de ser una buena vida", digo, sólo para oírle hablar de nuevo, me estoy volviendo adicta al timbre de su voz, "mucho más interesante que la mía".

- No siempre fue así", murmura. - No he vivido en la comodidad toda mi vida. Mi padre me echó de casa cuando más lo necesitaba.

Levanto las cejas, perplejo ante esta información.

- ¡Tendrás que decírmelo!

Capítulo 14



Me quito los zapatos y los calcetines para sentir la arena entre los dedos de los pies.

Siento los ojos de Lia clavados en mí, esperando a que empiece a hablar. Se me da fatal hablar de mí mismo. Solo con ella, con todas estas conversaciones francas, me doy cuenta de que toda mi vida he tenido amistades superficiales.

Lia no se parece a nadie que yo haya conocido. Tiene una historia de vida miserable, pero en ningún momento se hace la desvalida. Aún me sorprende lo bien que jugó delante de mi padre, mucho mejor de lo que yo hubiera imaginado.

Luiza era muy especial, y la quería con toda mi alma, pero confieso que no recuerdo haberme quedado tan anonadado como me deja Lia.

Con Luiza era fácil, sencillo, tranquilo, con Lia es como si siempre estuviéramos saltando al siguiente nivel, y no se cansa de sorprenderme.

Me siento como un criminal sólo por hacer estas comparaciones mentales. Luiza y Lia no deberían compararse nunca jamás, entre otras cosas porque yo no tengo nada que ver con esta última.

- ¿Tu padre te echó...? - Lia habla para llamar mi atención, visiblemente impaciente por no haber empezado a contárselo enseguida.

- Me echó -confirmo, recogiendo algunos guijarros del suelo y arrojándolos donde rompen las olas.

- E...? - Lia es curiosa, he conseguido atraer toda su atención.

Tengo miedo de lo que pueda pensar de mí cuando le cuente la historia, pero parece que

ya estamos lo suficientemente unidos como para abrirnos el uno al otro.

- Cuando empecé a salir con Luiza, a mi padre se le metió en la cabeza que no era más que una cazafortunas, sólo porque aceptó algunos regalos caros que le hice. Teléfonos móviles, ropa de marca, joyas, como si ella lo hubiera pedido. Estábamos en la universidad, Luiza estaba en mi clase de Ingeniería Civil en la UFRN. Yo tenía una buena vida, un coche del año, dinero de bolsillo, todo lo que cualquier persona de aquella edad podía soñar, y estaba enamorado de ella -le digo, mientras ella escucha en silencio, atenta. - Cuando mi padre se enfadó con ella, me exigió que rompiera con ella, alegando que me iba a dar la barriga, algo así. No acepté romper y me exigió que me fuera de casa.

Lanzo otro guijarro al agua, observando la espuma blanca que hace la ola al acercarse.

- ¿Te ha echado? - pregunta Lia, animándome a continuar.

- Sí, me fui a vivir con Luiza. Ella compartía un pequeño piso con unos amigos en la Zona Norte. Allí viví hasta después de graduarme. Perdí mi dinero de bolsillo, mi coche. Sólo conseguí un portátil, un videojuego, mi ropa de diseño, que vendí y me compré una moto. Conseguí algunas prácticas y me las arreglé durante el resto de la carrera. Cuando Luiza se quedó embarazada, fue muy duro porque no teníamos dinero. Por suerte para nosotros, su familia nos ayudó con la canastilla y ella tenía seguro médico para los cuidados prenatales y el parto. No hablé con mi padre durante años.

Quiero terminar la conversación aquí, no quiero contarte la parte en la que nos reconciliamos. Lia es mucho más orgullosa que yo y puede juzgarme débil. No quiero que piense eso de mí.

- Alicia siempre visita a sus abuelos maternos, ¿verdad? - pregunta Lia, haciéndome respirar aliviada por haber desviado el tema. Estamos tan cerca que su hombro toca el mío.

- Sí, en tus días libres, que, por cierto, nunca aprovechas -bromeo, dándole un codazo en las costillas.

- No tengo a dónde ir. Prefiero quedarme en casa y estudiar - explica Lia.

- Ahora tu agenda va a estar llena", bromeo. - Cenas, comidas, fiestas.

Suspira, mirando al mar con los ojos brillantes, tan cerca que me hace pensar que puede leer lo que pienso, las cosas que podría hacer con ella ahora mismo.

- ¿Y qué pasó cuando se fue? - pregunta Lia mientras se gira para mirarme.

Trago saliva y tiro otra piedrecita al agua.

- Fue al hospital a conocer a su nieta, no sé cómo se enteró, tal vez siempre me estaba vigilando. Insistió en convencerme de que volviera a su casa, la misma que acabas de ver, dijo que nos proporcionaría todo lo que Alicia y yo necesitáramos, que necesitaba mi ayuda con las

obras, pero le mandé a la mierda -termino con una risita sarcástica.

- ¿Y cuándo volviste atrás? - Lia quiere saberlo.

- Pasé unos meses en el piso de la Zona Norte. Hacía pocos meses que me había licenciado y trabajaba como becario en una pequeña empresa de construcción. Ganaba muy poco, lo justo para comprar pañales, comida y pagar el piso. Una de las chicas me llevaba, se turnaban para ayudarme con Alicia cuando yo no estaba, pero las cosas se fueron poniendo cada vez más difíciles. Los padres de Luiza empezaron a insistir en que les diera a mi hija, porque yo no podía cuidarla sola. Me ayudaron a comprar leche, ropa y medicinas, pero cada vez insistían más en llevarse a mi hija. Empecé a temer que me quitaran la custodia. En el fondo sabía que tenían razón, no podía cuidar de mi propia hija, pero no quería separarme de ella, ya había perdido a mi hermano, a mi madre y a mi mujer, era la única persona a la que quería en el mundo, no podía soportar perderla a ella también, así que seguí insistiendo. Mientras tanto, mi padre no dejaba de insistirme para que volviera, enviándome regalos y cheques. Al principio, por orgullo, lo rechacé todo, pero llegó un momento en que tuve que tragarme mi orgullo o caer en la pobreza.

- Hiciste las paces con él para dar a tu hija una vida mejor", susurra.

Giro la cara para mirarla y se me acelera el corazón.

- Sé que fui un cobarde, que debería haberme mantenido firme...

- No fuiste un cobarde", me interrumpe. - Cualquier padre que quiera a sus hijos haría lo mismo. ¿Recuerdas que sólo acepté tu propuesta cuando ayudaste a mi madre? Somos orgullosos, pero ese orgullo no está por encima de a quién amamos.

- "Creía que ibas a juzgarme", digo, rascándome una ceja con la punta del dedo índice.

- Tomaste la decisión correcta. Hoy Alicia tiene una buena vida y has puesto a la empresa a la cabeza de las más rentables del Estado. Has trabajado duro para merecer lo que tienes hoy.

Me cruzo de brazos, no sé qué decir.

- ¿Quieres volver ahora? - pregunto, porque mi corazón late de un modo extraño, de un modo que me repugna.

Capítulo 15



Nunca pensé que tendría que planear una boda tan sofisticada. Será una ceremonia sencilla, sólo con las personas más allegadas, sin salón de baile ni iglesia. La boda tendrá lugar en casa de Raul De La Roche, y un juez de paz dirigirá la ceremonia, ya que yo soy evangélica y la familia de Ben es católica. Aunque los De La Roche son mayoría, Ben ha decidido no elegir entre las dos religiones.

Me mudé a la habitación contigua a la de Ben hace tres días. A mi madre le han dado el alta para que siga el tratamiento en casa y se queda abajo para no tener que subir escaleras.

Divido mi atención entre ella, Alicia, los preparativos de la boda y la lectura de noticias sobre Ben en los medios de comunicación. Los focos están sobre él desde que se unió a esa lista de ricachones y anunció nuestro compromiso.

Incluso apareció en Tribuna do Norte, uno de los periódicos más importantes del estado, no sólo en un titular, sino en primera página. Carol compró el periódico y me lo trajo. Lo escondí debajo de la almohada porque Ben está insoportablemente guapo en la foto. Estoy a su lado en la foto, pero su belleza me eclipsa.

"Es como un cuento de hadas", reza el titular en negrita. El artículo dice que Benjamin De La Roche se enamoró de Lia Pereira cuando la joven empezó a trabajar como niñera de su hija. Habla del accidente de mi madre y de la suerte que tengo de casarme con el viudo y multimillonario más codiciado de Natal.

Suspiran, no tienen ni idea de que se va a casar sin ni siquiera besar a su prometida en los labios. En la esquina de la página hay una foto del anillo de compromiso que llevo en la mano, valorado en unos cuantos miles de reales. No reparó en gastos con su teatro. Al final del reportaje, dicen que, para disgusto de los medios de comunicación, la ceremonia será sencilla y reservada a sus amigos más íntimos.

No me siento novia, apenas puedo conectar con las cosas que se dicen en los periódicos, pero esa foto de la portada también está en mi Instagram, que había desactivado antes de huir.

Ben colgó la foto en su perfil, que fue tomada en una cena en casa de su padre, y yo la volví a colgar después de borrar de mi Instagram todo lo que tuviera que ver con Lucas.

Saco el móvil y vuelvo a buscar su perfil. Tiene miles de seguidores, que hacen discretos comentarios en sus fotos. Su biografía dice "padre de Alicia y prometido de Lia" en lugar de algo como "el cuarto hombre más rico del Estado" o "CEO de la constructora La Roche". Me parece simpático que hable de nosotros en lugar de presumir de su éxito financiero.

Deslizo el dedo por la pantalla, mirando fotos de sus viajes, paisajes impresionantes, platos exóticos.

Todavía no ha dicho nada de la luna de miel. No sé si tendremos una, después de todo, es sólo por las apariencias. Ni siquiera tendremos una verdadera noche de bodas.

Sé que tiene sus razones, que después de perder a su hermano, a su madre y a su mujer, lo único que quiere menos es amar a otra persona y vivir con miedo a perderla. Es una idea un poco tonta, contenerse así por miedo a sufrir, pero lo respeto. Aun así, hay una pequeña parte de mí que se pregunta qué hay de malo en mí para que no pueda al menos arriesgarse a besarme. Me doy cuenta de que soy una tonta cuando dejo aflorar un pensamiento así, pero me duele.

Oigo que llaman a la puerta, sacándome de estos pensamientos poco constructivos.

- Pasa", digo, escondiendo el periódico bajo la almohada.

Ben entra en silencio, llevando dos grandes bolsas de plástico. Se acerca a mi cama, donde estoy sentada. Me pregunto si algún día mi corazón dejará de acelerarse así cuando él aparezca.

La luz que entra por los grandes ventanales ilumina sus ojos, haciéndolos parecer aún más verdes. Deja las bolsas sobre la cama y las abre.

- He comprado una máquina de coser y algunas telas -dice con una sonrisa tímida, mostrando sus hoyuelos bajo la barba-. - Pensé que querrías hacerte unos vestidos para la luna de miel.

Sonrío, feliz de que se le ocurra algo así.

- "No me puedo creer que se te haya ocurrido", digo abriendo la caja de la máquina; es mucho más moderna que la de mi madre.

Empuja la otra bolsa llena de telas y se sienta a mi lado, luego busca su cartera en el bolsillo del traje y saca una tarjeta de crédito.

- Ha llegado hoy al banco -dice mostrando la tarjeta-. - La recogí antes de venir aquí. Es

una tarjeta de débito. Puedes usarla todo lo que quieras.

- Lleva mi nombre", digo analizándolo, pasando los dedos por las letras doradas sobre el fondo negro.

- No tienes que hacerte vestidos si no quieres", dice, como si se arrepintiera de su compra. - Puedes ir al centro comercial y comprar lo que quieras. Sólo traje la máquina porque creo que coses muy bien, y me encanta todo lo que usas... Pensé que te gustaría.

- ¡Me encanta! - digo, emocionada. Quiero besarle la mejilla, pero de momento tengo miedo de su reacción. Temo que se aparte. - ¿Tendremos luna de miel?

Sonríe de nuevo.

- ¿A qué lugar del mundo le gustaría viajar?

Me muerdo el labio, reflexionando un momento.

- ¿París es demasiado cliché? - pregunto y Ben asiente.

- París está bien", dice con voz aterciopelada.

- ¿No preferirías elegir otro lugar que no conozcas? Has visto en tu Instagram que ya conoces Francia -digo, acomodándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

- Depende de ti a dónde vayamos. Hablando de Instagram, he visto que has ganado muchos seguidores y que te llaman Cenicienta.

Me encojo de hombros.

- Mientras no empiecen a jugar al odio... - respondo con indiferencia.

- No estás ni un poco deslumbrada -observa Ben, alargando la mano y recolocando el mechón de pelo que se me ha escapado de la oreja. - Tengo que volver al trabajo.

- ¿Nos vemos esta noche?

- Creo que no. Voy a salir con unos amigos - me informa Ben.

- "Hm", murmuro, sin querer parecer afectada.

Paso el resto del día con mi madre, eligiendo flores, telas y menús. Todavía tiene que usar muletas por las fracturas, pero todos los coágulos han desaparecido.

No hablamos de mi padre ni de si volverá a casa cuando se cure. Es como si nuestra vida en el campo nunca hubiera existido. Su rostro se ilumina y sonríe como nunca la había visto.

- No sé cómo agradecerle a tu novio todo lo que ha hecho por mí -dice cogiéndome de las manos y mirándome-. - Serás muy feliz con un hombre como él.

Mi madre ni siquiera sabe que este matrimonio es una farsa. Me siento mal por no habérselo dicho, pero es mejor así. Si ella lo cree, significa que los de fuera también lo harán.

- Nos vamos de luna de miel a París", le digo.

Mi madre levanta las cejas, toda tonta.

- Esto es mucho más de lo que Lucas podría ofrecerte -toca su nombre por primera vez desde que me escapé de casa.

- Sabes que no estoy con Benjamin por lo que pueda ofrecerme", miento descaradamente.

- Claro que lo sé. Ustedes dos se aman, puedo decirlo con sólo mirarlos.

Mi madre es una persona muy humilde, como yo, la diferencia es que a ella todo le deslumbra, le encanta, todo le parece muy chic, fascinante. A diferencia de ella, yo no me deslumbro porque sé que nada de eso es mío.

*

Me siento ridícula, completamente fuera de mí, de pie en el umbral de la puerta de la habitación de Ben, con la oreja pegada a la madera, intentando oír algún sonido procedente del interior.

Si Alicia abriera la puerta de su habitación y me pillara aquí, se burlaría de mí el resto de la semana.

Me siento como una esposa sospechosa de traición, pero no puedo evitarlo. Quiero ver cómo se va a vestir Ben, cómo va a oler, porque estoy casi segura de que va a ir a ese club de putas.

Cuando oigo sus pasos acercándose a la puerta, desbloqueo la pantalla del móvil y corro hacia las escaleras, bajo un tramo a toda prisa, me doy la vuelta y empiezo a subir los escalones de nuevo, mientras jugueteo con el móvil. Consigo chocar con él a mitad de camino.

- ¿Te vas? - Pregunto como quien no quiere la cosa.

Lleva pantalones cortos vaqueros, chanclas y una camiseta. Casi nunca le veo en pantalón corto, la mayoría de las veces sus gruesos muslos quedan ocultos por sus pantalones sastre. Para mi sorpresa, también lleva gafas graduadas. Es tan guapo que me duele el corazón.

- Llevo meses viviendo aquí y nunca te he visto con gafas", le digo, esperando que se quede el tiempo suficiente para que deduzca adónde va.

- Sólo lo uso para descansar. He pasado mucho tiempo revisando algunas plantas, tengo la vista cansada.

- Ah... - Necesito ser rápido, pero no se me ocurre nada inteligente que decir. - ¿Puedo preguntar a dónde vas?

Me mira fijamente un momento y veo la sonrisa que intenta disimular. Me gustaría decirle a Ben que llevar gafas así es de cobardes, pero me limito a esperar su respuesta.

- Voy a casa de un amigo del instituto", dice finalmente. - Nos reunimos una vez cada seis meses.

Entrecierro los ojos. Quiero saber si sólo van hombres o si también hay mujeres, pero ¿a mí qué coño me importa?

- Buena reunión", murmuro, intentando mostrar simpatía, pero lo único que consigo es una sonrisa amarilla. Por dentro, siento que se me parte el corazón.

Baja dos escalones, se detiene y se vuelve para mirarme. Si Ben supiera lo que le hace a mi corazón cuando me mira así, ¿lo seguiría haciendo?

- ¿Qué vas a hacer? - me pregunta. Por un momento, imagino que va a pedirme que vaya con él.

- Quedé en ver una película con Lia, mi madre y Carol. Noche de chicas.

Esboza una sonrisa torcida, asiente y se marcha.

Me siento marchita, sola en la escalera, ridícula para el papel que me he dado.

Subo de nuevo las escaleras y me dirijo a la habitación de mi futura hijastra. Llamo tres veces a la puerta antes de entrar. Está terminando de colorear un dibujo. Me acerco para mirar por encima de su hombro. Veo que ha dibujado a su padre con corbata, cogiéndome de la mano; ella está al otro lado, sosteniendo una flor. Mi madre también está representada en el dibujo, con una pierna escayolada y todo. Sobre nuestras figuras está escrito: Te quiero.

Me agacho y le beso la mejilla.

- Yo también te quiero, princesa -susurro, colocándome un mechón de pelo rubio liso detrás de la oreja.

Se da la vuelta en su silla y me mira con unos grandes y expresivos ojos azules.

- ¿Crees que a la tía Lu le gustará? - pregunta refiriéndose a mi madre.

- Te encantará", le respondo sinceramente. - Hacía años que no tenía un dibujo tan bonito.

Alicia se pone seria de repente, coge el dibujo y lo dobla, estrechándolo contra su pecho.

- ¿Cómo es tener una madre? - me pregunta. Sus ojos me miran tan fijamente que me siento expuesta.

Suspiro, sin saber exactamente qué decir.

- Es mágico. Eres la persona que más te querrá en el mundo.

- ¿Más de lo que me quiere mi padre? - insiste Alicia.

- Tu padre te quiere más que a la vida misma -le digo, sintiendo que se me hace un nudo en la garganta.

- ¿Vas a ser mi madre para siempre, Lia?

Tu comentario hace el bulto más grande. No sé exactamente cuánto tiempo querrá tu padre seguir casado conmigo. Mi corazón, antes agrietado, se rompe ante la idea de hacer sufrir aún más a un angelito inocente como Alicia.

- Siempre te querré, princesita, y sí, siempre seré como una madre para ti. - No sé para quién significarán más estas palabras, si para Alicia o para mí, pero me llenan el corazón de un sentimiento feroz.

Quiero prometerle que estaré a su lado en cada descubrimiento, que seré su mejor amiga, su compañera, que podrá contármelo todo y que siempre tendrá mi amor, pero el nudo me obstruye la garganta y si intento hablar ahora, acabaré llorando.

Extiendo los brazos y ella se acurruca en ellos, luego la levanto del suelo, meciéndola como si acunara a un bebé.

- Te quiero mucho, Lia", me dice contra el cuello. - ¿Podemos ver la película ahora?

Asiento, la dejo en el suelo y bajamos al segundo piso cogidos de la mano.

Hay un televisor de cincuenta pulgadas frente a la cama de mi madre. Carol ya está allí cuando llegamos, tumbada junto a mamá. Me meto en la cama, el aire acondicionado está encendido a una temperatura que hace que la habitación parezca una nevera. Me meto bajo las sábanas con Alicia y la abrazo. Carol pulsa el play y nos ofrece palomitas en un gran bol, mientras empieza la película de Disney Enredados.

Antes de que Flynn Rider aparezca, alguien llama a la puerta.

- ¡Adelante! - Alicia dice.

La puerta se abre lentamente y aparece Ben. Me apoyo en las almohadas para verle mejor y siento que el corazón me late con fuerza por la sorpresa.

- ¿Qué le pasa? - susurro mientras se acerca a la cama. - ¿Qué pasa con la reunión con los amigos?

- ¡Shiiih! - pregunta Alicia, indignada por el silencio interrumpido.

Se sienta a mi lado e inmediatamente las chicas se apretujan más. Me sobresalto cuando Ben se acomoda a mi lado, tirando de mí para que apoye la cabeza en su pecho.

- He decidido irme pronto", murmura en voz tan baja que sólo yo puedo oírlo, y luego me rodea la cintura con un brazo.

Trago saliva, temiendo que pueda oír el martilleo de mi corazón. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de lo bueno que puede ser ver una película con la gente a la que quiero. No es que quiera a Ben, en absoluto, pero...

¡Dios, Lia! ¡Tartamudeas hasta en tus pensamientos!

Capítulo 16



- Me caso mañana", murmuro para mis adentros, con un ramo de rosas rojas en la mano, sentada en la lápida de granito, mirando tu foto en la placa ovalada de mármol.

El cementerio está vacío, son casi las seis de la tarde de un día muy caluroso de noviembre aquí en Natal, y el sol ya se está poniendo. Las farolas amarillentas están encendidas, dejando sombras distorsionadas de ramas de árboles en la pared.

- Recuerdo la primera vez que estuve aquí, en el funeral de Brian. Yo era muy pequeño y mi hija estaba tan afectada por su muerte que se olvidaron de mí. Acabé perdiéndome entre las hileras de tumbas. Me aterrorizaba la idea de que un esqueleto viniera arrastrándose por el suelo y me agarrara el tobillo -digo, soltando una risita divertida-. - Brian era mi hijo favorito, aquel en quien mi padre depositaba toda su confianza. Yo soy el hijo que sobra, el que sobra. Y por eso mi padre se olvidó de mí aquel día, por eso sigue manteniendo ordenada la habitación de mi hermano, incluso después de todos estos años.

Arrugo una ceja, consciente de que me estoy enrollando, como si necesitara irme por las ramas para hablar con una cruz y un montón de piedra fría.

Paso la mano por el granito y aspiro el aroma de las rosas, no me gusta mucho este olor, me recuerda a todos los cortejos fúnebres a los que he asistido. Coloco el ramo sobre la piedra, entre los aros de metal cromado. Me muerdo la comisura interna de la mejilla y respiro hondo.

- Mañana me caso -repito las palabras, esta vez más alto. - No es un matrimonio tradicional, no me enamoré de una mujer y le pedí que se casara conmigo. Mi padre me exigió que me casara de nuevo, a cambio de entregarme la empresa de construcción. Sé exactamente por qué lo hizo. Y por eso he tardado cinco años en decírtelo. No le gustabas cuando estabas viva, y no le gusta que sigas presente en mi vida, no le gusta el luto, no soporta saber que sigues siendo mi mujer incluso después de muerta y enterrada. Es repugnante, pero es la verdad. A Raúl nunca le gustarías, Luiza, y Dios sabe por qué. No me importa que entres en su cuarto y le tires

del pie cuando duerme.

Tengo que reírme de mi último comentario. En mi mente atormentada, Luiza también se ríe. Su risa es dulce, calienta el corazón.

Me paso la lengua por los labios, sintiendo cómo se agrietan.

- No me caso por amor, pero tendré que besarla en la ceremonia. Todavía estoy pensando en ello, en cómo me voy a sentir. No vengas a tomarme el pelo por la noche por decirte esto, pero Lia es maravillosa. Alicia la adora y está desesperada por tener una mamá. Por eso la elegí.

Me callo, pensando en todo lo que pasó, en las semanas que siguieron a la cena en casa de mi padre, en las veces que fui a su puerta, sediento de tomarla entre mis brazos, de besarla y devorar su cuerpo, pero no llamé.

En el fondo, sé por qué estoy aquí, y si Luiza aún existiera en espíritu, flotando a mi lado, también lo sabría.

- Alicia se parece cada vez más a ti -continúo, dejando de lado el tema principal-. - Ha empezado a bailar ballet y se parece a ti con la ropa. Aún conservo las fotos que me dio tu madre de ti cuando eras niña. Nuestra hija es más inteligente que yo a la misma edad. Todas las noches lee un librito y lo pone debajo de la almohada antes de irse a dormir, como hacías tú. Tenías que verlo. Espero que no te moleste que Alicia deseara tanto tener una mamá, ella no tiene la culpa de que la vida haya sido tan injusta con nosotras.

Dejo salir el aire pesado de mis pulmones, sintiendo que el pecho se me contrae de tristeza. Arreglo el ramo de flores, jugueteo con las asas de la tumba y toco la foto de Luiza. Me duele el corazón, me avergüenzo de lo que voy a decir, de que tenga que estar aquí y de que el acontecimiento más importante de la víspera de mi boda sea una visita a la tumba de mi mujer en el cementerio.

- Qué buena despedida de soltero", bromeo, tirando del cordón de oro del interior del cuello de mi camisa, donde llevo los dos anillos de mi boda con Luiza.

Me muerdo el labio partido y beso su estrecho anillo. Me arde el corazón, mis hombros se arquean de dolor.

- ¿Puedes oírme? - mi voz es sólo un susurro ahora. - No estoy aquí sólo para decirte estas cosas. Pero creo que lo sabes. Estoy aquí porque, el día de tu funeral, después de sujetar el asa de tu ataúd desde la iglesia hasta el coche fúnebre, y desde el coche fúnebre hasta esta tumba, después incluso de que tus padres se despidieran y se marcharan, me quedé aquí contigo. Me quedé hasta que cayó la noche... y cuando cayó la noche y salieron las estrellas, te hice una promesa.

Hongos para eliminar las molestias en la nariz, que pican.

- ¿Estás cerca de mí? - Te pido tu foto. - ¿Te acuerdas? Te prometí que nunca dejaría que

nadie ocupara tu lugar en mi corazón, que preferiría vivir con el vacío antes que volver a amar a otra mujer.

Me aclaro la garganta, es la hora.

- De todas las vidas que se han visto afectadas por tu muerte, creo que yo soy la que más me he castigado -continúo la conversación unilateral, nerviosa, temerosa de verbalizar lo que siento ante una lápida. - ¿Podrías, si no es mucho pedir, liberarme de esta promesa?

El silencio sólo se ve interrumpido por el lejano estruendo de los motores de los coches que pasan cerca. Me paro y miro a mi alrededor, observando las solitarias lápidas, recordando cómo me sentí la noche que tuve que dejar a mi mujer sola aquí.

Cae una lágrima sin que me dé cuenta de antemano. Me la seco rápidamente y me trago el nudo que tengo en la garganta.

- Me siento la peor persona del mundo por pedirte que hagas esto, lo siento. - Pero no quería liberar mi corazón a otra mujer sin tu aprobación.

Suelto otra extraña carcajada.

- Luiza, ¿puedes oírme? No tengo miedo de los fantasmas. ¿Puedes aparecer y darme una respuesta? Si estás cerca de mí...

Guardo silencio, entrecierro los ojos y me fijo en las sombras de las zonas más oscuras del cementerio, buscando cualquier cosa que pueda ser una señal. Miro fijamente hasta que me escuecen y me lloran los ojos, pero no pasa nada.

*

La casa está en silencio cuando llego.

Busco a Lia, pero lo único que encuentro son los libros de estudio sobre el escritorio de su habitación. Quiero decirle algo, pedirle su opinión, preguntarle si podría darle una oportunidad a un corazón roto, pero me tomo su ausencia como una señal de que, no, Luiza no me ha liberado de mi promesa.

Trago saliva, respiro hondo, inhalo su dulce perfume que impregna la habitación y renuncio a la ridícula idea de permitirme volver a amar. No sería justo para Luiza.

Vuelvo abajo, notando la ausencia de su madre, su tía y los primos de Lia que han venido para la boda y llevan una semana llenando la casa con sus risas.

Odio esta sensación de vacío y soledad con todas mis fuerzas.

Quiero que vuelva su familia, toda esa cacofonía de niñas entusiasmadas porque su prima está viviendo un cuento de hadas. Quiero la presencia constante de su familia materna en casa,

que mi hija crezca rodeada de tanta vivacidad.

Me dirijo a la cocina, donde encuentro a Carol dando de comer a Alicia.

- ¿Dónde están los demás? - pregunto, temiendo que Carol perciba el olor a cementerio en mi ropa si me acerco demasiado.

- Han secuestrado a Lia - dice Alicia con una sonrisa y los ojos grandes. - Han dicho que no puedes verla hasta la boda.

- Tendrás que dormir solo -me toma el pelo Carol, como si no supiera que todo es un matrimonio por contrato.

- Mi padre no puede acostarse con Lia hasta que estén casados", explica Alicia con inocencia infantil. - Es por la religión.

Le dirijo a mi hija una media sonrisa y subo a ducharme.

En la ducha, intento aliviar el deseo feroz que castiga mi cuerpo, sabiendo que la besaré al día siguiente.

Sé que es sólo un beso, pero deberíamos haberlo hablado.

Capítulo 17



Toda mi vida, incluso cuando los hombres que conocía me trataban como basura, tuve la esperanza de que algún día encontraría a alguien a quien amar de verdad. Incluso cuando el amor de un hombre me parecía una tontería, nunca dejé de tener esperanza.

Se me acelera el corazón, se me hace un nudo en la garganta. Siento el tacto del vestido de novia en la piel, las horquillas en el cuero cabelludo, el peso de los pendientes de diamantes. La luz brillante del cielo azul que besa el mar me nubla la vista, el olor del mar me adormece. Me concentro en el sonido de las olas que rompen a unos metros de distancia.

Doy otro paso y me doy la vuelta, sujetando el ramo con la mano derecha y rodeando el brazo de mi madre con la otra. Dice algo, pero ya no oigo nada. Los invitados me rodean borrosamente. Alicia empieza a caminar delante de mí, llevando los anillos de boda, el pelo rubio en grandes rizos, el encaje de su vestido blanco a la espalda. A su lado está el hijo de Carol, vestido de padrino, una cabeza más alto que Alicia.

Me muerdo el labio con fuerza, antes de levantar la cabeza y mirarle directamente.

Por mucho que tenga motivos para no creer ya en el amor, acabo de darme cuenta de que te quiero.

Pero, ¿cómo puedo amar a alguien que tiene miedo de enamorarse?

Siento que se me saltan las lágrimas, no porque me alegre de casarme con él, sino por la desesperación de saber que tendré que matar este amor un día tras otro.

Se me caen los hombros y me agarro al brazo de mi madre. Necesito recomponerme, pero me derrumbo por el dolor de un amor no correspondido.

¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Cómo acepté casarme con alguien con el corazón

bloqueado?

- Ve - me dice el ceremonialista, que ha cobrado miles de dólares por organizar esta boda falsa.

Doy otro paso, odiándome por ser incapaz de contener las malditas lágrimas. Rodeada de gente que no sabe que esto es sólo teatro. Me pregunto si se emocionarían tanto si lo supieran, si me pedirían que les devolviera los regalos, si me insultarían por haberme gastado dinero en ropa y en un salón de belleza para estar aquí.

Me siento vulnerable, expuesta, como si todos aquí estuvieran juzgando mi actuación.

Un paso más cerca del hombre al otro lado del pasillo.

¿Son reales las almas gemelas?

No estoy actuando, le quiero, aunque estas lágrimas no sean la emoción que los invitados creen que siento.

Otro paso.

¿Cómo ha podido la vida darme un hombre para que sea mi marido si no quiere amarme?

Voy a enterrar este amor todos los días, me prometo, repitiendo las palabras en mi cabeza mientras avanzo por el pasillo entre los bancos de invitados.

¿Cómo te atreves a mirarme así si no vas a corresponderme?", le pregunto mentalmente al hombre que me recibe en el altar con unos ojos llorosos que no hacen sino enamorarme aún más de él.

Se inclina hacia mí y me besa largamente la comisura de los labios.

- Por favor, no te rindas ahora", susurra Ben para que sólo yo pueda oírle.

Me vuelvo hacia el juez, con los nervios a flor de piel.

Carol está con su marido a mi lado, como mi padrino. Ben eligió a ese primo idiota y a su novia, tal vez para estar a la altura de la farsa de esta boda.

Todos mis invitados ocupan una sola fila. No tengo intimidad con el resto de los presentes, pero me siento como un traidor por haber engañado a todos. Sólo Carol lo sabe.

El juez empieza, quiero que deje de hablar, que diga que es un error, que alguien le está llamando y que no puede seguir aquí, que no puede seguir con este ridículo teatro.

No puedo prestar atención a sus palabras. Noto la tensión de Ben a mi lado, pero disimula muy bien.

Me tiemblan las manos al coger los anillos de la caja bordada que Alicia nos ha preparado. Doy la puñalada final a mi corazón en el momento de decir sí.

- El novio puede besar a la novia - dice el juez sonriendo, sin saber que, para mí, esta boda se ha convertido en un funeral.

Nos giramos para mirarnos. El vestido, los pendientes y la alianza me pesan, el peinado me molesta.

Odio con todas mis fuerzas que el primer beso que me da Ben -y probablemente el último- sea una mentira con tantos testigos.

Cuando su cara se acerca a la mía, cierro los ojos intentando recordar cuándo me enamoré de Benjamin. Debió de ocurrir el primer día que lo vio.

Nuestras bocas se tocan y todo mi cuerpo se estremece. Quiero odiar el tacto de tus labios, pero sólo puedo amarte aún más. Es suave, cálido. Ben me chupa lentamente el labio inferior, abro la boca en un instante de debilidad, y él me toca la cintura, demorándose mientras desliza su lengua contra la mía, haciendo arder cada centímetro de mi piel, como si aprovechara la oportunidad.

Cuando se marcha, deja tras de sí una terrible sensación de vacío. Parpadeo, sintiéndome ridícula por haber vuelto a llorar.

Me parece absurdo tener que lanzar el ramo. No me importa quién lo coja. Me da igual la gente que nos felicita, las amenazas que recibo de los familiares y amigos de Ben para que nunca le hagan daño en el corazón. Irónicamente, a nadie le importa el mío.

Es una pesada carga ser la novia contratada para casarse con el CEO. Me hace desear haberme negado, pero ¿cómo podría?

Cae la noche mientras los invitados disfrutan. Mi pequeña familia parece vivir en un cuento de hadas.

La cena no tiene sabor, la tarta de boda me parece arena en la boca. El primer baile de los recién casados es una canción elegida por mí, pero ni siquiera eso puede mejorar mi estado de ánimo.

Me abraza al final del baile, como si él también sufriera por esta payasada. Apoyo la frente en su pecho y deseo que su hombro no sea solo un lugar donde apoyar la cabeza, sino un puerto seguro al que correr cuando estoy destrozada.

- ¿Quieres irte? - susurra, con ambos brazos alrededor de mi cintura.

- Quiero hacerlo", digo, sintiendo que el corazón me late más deprisa.

Partimos la tarta, cortando de abajo arriba como manda la tradición, pero ahora el tacto de

la mano de Ben parece más real. Cuando me mete en la boca un bocado de la tarta , mientras su despistado primo graba un boomerang para colgarlo en Instagram, vuelvo a sentir mis papilas gustativas.

Ben llena dos copas de champán y nos cruzamos de brazos para beber, riéndonos de la ridícula escena. Quiero odiarle por ser capaz de cambiarme el humor tan drásticamente, pero solo puedo sentirme agradecida de que me lleve lejos de aquí.

Mi madre pone tarta en un recipiente de plástico para que nos la llevemos al hotel, mientras Ben se despide de Alicia, prometiendo volver pronto. Agarro por el cuello una botella de champán precintada y me encuentro con los ojos de Raúl De La Roche. Me hace un gesto con la cabeza antes de que nos vayamos, haciéndome imaginar que se ha tragado todo el numerito.

Hay una limusina esperándonos en el aparcamiento de la mansión de Raúl. Camino hacia allí cogida de la mano de Ben, mucho más consciente ahora de su tacto. A lo lejos, me doy cuenta de que, contra todas mis protestas, mis primos han colgado latas blancas de la parte trasera del coche.

Pongo tanto los ojos en blanco que temo que se me salgan de las órbitas.

El chófer abre la puerta, los invitados gritan frases de ánimo para la noche de bodas. Ben me ayuda con el vestido para que no tropiece. Es un Carolina Herrera de varios miles de dólares, un completo desperdicio.

Respiro aliviada cuando cierra la puerta al entrar, ahogando el ruido de los invitados.

- El equipaje ya está en el maletero -nos dice el conductor antes de cerrar la ventanilla tintada, que nos da intimidad.

- ¿Quieres que abra el precinto? - preguntó Ben, inclinando la barbilla hacia la botella de champán.

Lo aprieto contra mi pecho, como si fuera un escudo para protegerme de la atracción que Ben provoca en mi cuerpo.

- No, es para el hotel", le explico.

Se levanta y pasa al asiento lateral, apoyando la cara en la ventanilla.

Frustrado, niego con la cabeza.

- ¿Crees que lo hemos hecho bien? - Susurro la pregunta, pero sale tan baja que él no la oye. Si hablo más alto, volveré a llorar.

*

Born To Die de Lana Del Rey está sonando en mi cabeza. Creo que la canción encaja

mucho con lo que siento ahora mismo.

Ben alquiló un chalet en un hotel de cinco estrellas. Claro que lo alquiló.

El chalet tiene salón, cocina y un balcón con vistas al mar, así como una suite principal. Creo que es un desperdicio ya que solo nos quedaremos una noche.

El personal del hotel ha llenado la habitación de velas perfumadas y pétalos de rosa. El mensajero espera en la puerta la propina, con cara de pensar que vamos a hacer el amor toda la noche.

Apago todas las velas en cuanto Ben da su propina y el empleado se marcha. Hay una bañera de hidromasaje completa frente a la cama, pero por suerte la ducha está dentro del cuarto de baño.

- Puedes bajar la cremallera", le pregunto a Ben, ya que no puedo bajarla yo misma, pero evito enfrentarme a él ahora que sé que estoy enamorada.

- Por supuesto", dice.

Siento el calor de tu mano y me pregunto cómo mi cuerpo no puede obedecerme. Por qué necesito temblar así?

Cruzo los brazos e intento aguantar, pero no puedo controlar el espasmo cuando sus dedos bajan la cremallera y se deslizan por mi piel.

Sin agradecerle su amabilidad, cojo una camiseta de mi equipaje y me dirijo a la ducha. Intento quedarme el mayor tiempo posible, aprovechando el agua caliente para mentalizarme. Vamos a pasar tres días en París y no sé qué vamos a hacer allí.

Sé que es Francia y que es un sueño poder visitar el país, pero en estas circunstancias estoy deseando no ir. Además de todo lo demás, tengo miedo de que mi madre vuelva al campo mientras yo estoy fuera, con mi padre.

Temo por su seguridad, no sé cuánto le gusta. No lo mencionamos durante las semanas que pasamos juntos en el hospital y en casa de Ben. Y mi padre no ha dado señales de vida. No sé lo que siente por él, no sé si aún le quiere, si es que alguna vez le quiso.

- El amor es una flor púrpura que crece en el corazón de un tonto", murmuro, lanzando una risita sarcástica al espejo mientras me desmaquillo.

Miro mi reflejo, pensando en lo confuso que es todo.

Agotada de tanto pensar, me quito las horquillas del pelo y me arrastro hasta mi habitación.

Encuentro a Ben comiendo cacahuetes mientras hojea los canales con el mando a

distancia. Está sin camiseta y sólo lleva pantalones de sastrería color grafito. Veo por primera vez los músculos de su espalda a la luz, los hombros anchos, los bíceps prominentes, la cintura estrecha y los hoyuelos de la parte baja de la espalda me dan ganas de agarrarle el cuerpo.

Quiero volver al baño, a la ducha, pero intento controlar mis sentimientos y camino hacia la cama.

Se da la vuelta en cuanto me meto bajo las sábanas, sin tener ni idea de lo que me provoca la visión de su torneado abdomen. Me imagino tocándole, deslizando mis dedos por sus yemas, encajando mis manos en su duro pecho, yendo más allá y abriéndole el botón del pantalón...

Las puertas de cristal que dan al balcón están abiertas de par en par, dejando que la brisa de verano entre en la habitación. Me pregunto si un chapuzón en el agua fría aplacaría el fuego que me castiga.

- Creo que lo hemos hecho bien", dice despreocupado, metiéndose en la cama y sentándose a mi lado, con la espalda apoyada en el cabecero tapizado.

- Yo también lo creo", digo mordiéndome el labio y cogiendo los cacahuetes que me ofrece.

Ben está callado, prestando atención a las noticias, o al menos fingiendo que lo hace. Quiero decir algo más, pero no sé qué.

Mi cuerpo se pone más tenso cuando él se relaja a mi lado. Mi corazón late desbocado cuando su hombro toca el mío. Su piel parece arder.

- ¿Qué vamos a hacer durante toda la luna de miel? - me decido a preguntar.

- Tengo una idea, pero no creo que te guste mucho", murmura.

Vuelvo la cara hacia él y noto que aprieta la mandíbula, que sus músculos se tensan. Gira la cabeza para mirarme. Es cobarde cómo su mirada me desestabiliza.

- "Dilo", susurro con la boca seca, el aire luchando por llegar a mis pulmones.

- Sexo - explica Ben. - Eso es lo que hacen las parejas en su luna de miel, ¿no?

Trago saliva, sin saber qué más pensar.

- ¿Somos pareja? - mi voz sale ronca.

- Una pareja mentirosa.

- ¿Y vamos a tener sexo falso? - Digo yo. Siento algo en el estómago, me temo que son las famosas mariposas.

- Sexo de verdad -murmura Ben, sus ojos verdes pasan entre mis labios y mis ojos. Creo que estoy ardiendo, jadeando. - Eso si prometes no involucrarte...

Siento que mis fosas nasales se inflaman y mis manos se cierran en puños. Cierro la boca y resoplo. ¿Cómo puede tener miedo de que me involucre si ya estamos casados? ¿Cómo puede involucrarse más una pareja?

- ¿Quién dice que quiero acostarme contigo? - Miento. Ni siquiera me arde la cara.

- Lo querría si ya lo hubiera probado", se atreve a decir Ben.

Me invade una ira inesperada.

- ¿Te molesta mi virginidad? - gruño, enfurecido.

- Ése es el problema de esperar demasiado para hacerlo, la importancia de la primera vez es cada vez mayor: refunfuña y parece arrepentirse inmediatamente de sus palabras, pero ya es demasiado tarde, le estoy echando de la cama.

Ben se levanta y sale de la habitación.

Necesito mucho más que unos minutos para calmarme. Mi corazón late furiosamente, roto, maltrecho.

Miro la botella de champán caro y pienso en vaciarla, beber directamente del cuello, pero temo que la situación empeore. Dejo salir la rabia en forma de lágrimas y luego me odio por permitir que esas palabras me afecten tanto.

- Se comportó como un gilipollas", murmuro, frotándome las mejillas húmedas con el dorso de las manos.

Apago el televisor, me levanto y atravieso la habitación hasta el balcón, intentando pensar con claridad.

¿Cómo puede quererme como esposa, querer tener sexo conmigo, pero no permitir que me involucre emocionalmente?

- Si no fuera por la ayuda que le diste a mi madre cuando más lo necesitábamos, Benjamin De La Roche, ¡ahora me estaría marchando!

Siento la luna en el cielo mirándome, juzgándome.

Encorvo los hombros, abrazándome a mí misma, dándome cuenta de lo solitaria que se ha vuelto la habitación sin tu presencia. Odio darme cuenta de que, incluso cuando estoy enfadada, sigo queriendo tu compañía.

Derrotada por mis propios sentimientos, cojo el móvil del bolso y vuelvo a la cama.

Pienso en entrar en las redes sociales para intentar distraer mi mente, pero no puedo conectarme en mi noche de bodas.

Tecleo su nombre en Google y recorro las noticias de nuestra boda, pero esto perturba aún más mi mente, así que abro YouTube y busco una lección de vídeo preescolar.

Es tan ridículo estudiar en tu noche de bodas que me río, una risa amarga.

- Se acerca el examen de ingreso, ¿verdad, Lia? - susurro, con la voz cargada de sarcasmo.

*

Sólo me doy cuenta de que me he dormido de las clases de biología cuando noto el peso de Ben tumbado en la cama. Parpadeo y me doy cuenta de que las luces están apagadas y la única luz de la habitación procede de la luna que hay fuera.

Me tenso, pero permanezco quieto, haciéndome el dormido.

Ben se acerca, siento el calor de su cuerpo contra el mío, el olor de su perfume mezclado con whisky.

- Soy un gilipollas, Lia. - me susurra cerca del oído. - Te daría mi corazón si quedara algo bueno en él.

Mi corazón reacciona salvajemente ante su declaración. Quiero darme la vuelta y decirle que no me importa, que podemos cavar hondo y encontrar los sentimientos que ha enterrado. Pienso en decirle lo bueno que sigue siendo su corazón, por todo lo que ha hecho por mi madre, por el padre que es para Lia, pero sigo dolida.

Ben guarda silencio un momento. Aún puedo sentir el calor y la presencia de su cuerpo junto al mío.

Cuando vuelve a hablar, es como si estuviera roto.

- No tengo nada que ofrecerte, y tú te mereces el mundo.

Capítulo 18



Es un castigo verla dormir. No tengo sueño, casi nunca lo tengo, pero esta noche necesito dormir más de lo normal.

Solo, observo cómo el alba se convierte en día, torturado por el deseo de tenerla, avergonzado por lo que he hecho.

Cuando sale el sol, hago que traigan el desayuno, pero yo mismo pongo la mesa y unas flores para complacer a Lia. Tenemos que estar en el aeropuerto a las diez, así que me acuesto para despertarla.

Parece un ángel dormido, pero la visión de su cuerpo sólo despierta el pecado en mí. Tiene una almohada entre los muslos, el camisón levantado hasta las caderas y la sábana alrededor de la cintura. Veo sus bragas y buena parte de uno de sus pechos, pero intento no mirar. Le pongo otra sábana por encima y la tapo antes de llamarla, para que no se avergüence de estar tan expuesta.

Lia parpadea con sus ojos marrones al oír mi voz y se levanta preguntando si se le ha pasado la hora.

- Ni siquiera son las siete", respondo.

Con la cara cerrada, va al baño. Vuelve unos minutos después con la cara limpia y las cejas húmedas. Cuando se sienta a la mesa que he preparado, veo que una de sus espesas cejas está desordenada. Alargo la mano para arreglársela con cuidado, recibiendo su mirada penetrante.

Retiro la mano y me aclaro la garganta.

- Siento haberte ofendido anoche. Fui un completo imbécil.

Lia sigue mirándome, como si pudiera conocer todos mis secretos con sólo mirarme.

- Tu virginidad no es asunto mío -continúo cuando ella no responde. - Nunca habría podido hablar así. No fue un momento de ira, sino de infantilismo. Y al menos yo sabía que seguía siendo infantil. Era un gilipollas.

Se me queda mirando un momento, turbada. Solo hace que me odie aún más por las cosas que he dicho.

- Realmente lo eras", dice finalmente.

- ¿Puedes perdonarme por mis ofensas?

Mi corazón se contrae mientras espero su respuesta. Asiente y empieza a desayunar.

*

Me doy cuenta de lo nervioso que está de camino al aeropuerto, crujiéndose los nudillos y mordiéndose la comisura de su carnoso labio. Los mejores labios que he tenido el privilegio de besar...

Quiero mantener firme el muro que rodea mi corazón, pero siento que está a punto de derrumbarse cuando la miro así.

- ¿Ben? - me grita, volviéndose hacia mí en el banco mientras me mira fijamente con la fuerza de su mirada, hechizándome de una forma de la que quiero apartarme, pero no puedo.

- "Hola", susurro, temiendo hablar y estropear el momento.

- ¿Por qué me besaste así cuando el juez nos declaró casados? Podrías haberme besado. Terminaste rompiendo tu primera regla de no besar.

Tardo unos segundos en pensar en una mentira.

- No he infringido ninguna norma -digo, haciendo un tremendo esfuerzo por mantener el corazón frío, aunque noto cómo el calor se extiende por mi pecho. Tengo que morderme con fuerza la comisura interna de la mejilla para no sonreír ante la dulce forma en que me mira Lia. - Estábamos fingiendo, ¿verdad? Tú no querías besarme de verdad y yo solo estaba fingiendo. Es como si el beso nunca hubiera existido, ¿verdad?

Espero que Lia lo niegue, que diga que me equivoco, que sí, que quería besarme.

- Tienes razón", murmura, pasándose la lengua por el labio tentador. Está pensando.

Me toco la punta del dedo índice, rascándome una ceja, odio imaginar que nuestro beso tuvo más química que todos los demás besos que he tenido en mi vida. Me viene a la mente Luiza, pero la alejo porque no quiero que sea testigo de mi traición.

- Ben, ¿tienes miedo a volar? - me pregunta Lia, que no tiene ni idea de lo que se me pasa por la cabeza.

- No tengo. ¿Es tu primera vez?

- Sí", responde con una tímida sonrisa. - Estoy nerviosa.

- Estaré allí contigo -digo, intentando sonar lo más amable posible-, y puedes cogerme de la mano si te apetece.

*

- No voy bien vestida", se queja Lia, con cara de aprensión, cuando llegamos al aeropuerto y nos dirigimos a la sala VIP de primera clase.

- Estás guapísima, tu ropa es prácticamente de alta costura - halago tu trabajo.

Lia lleva una falda plisada negra y una camisa blanca, con el pelo recogido en un moño y los pendientes de diamantes que le compré para que los llevara en la boda. La ropa está hecha con las telas y la máquina de coser que le regalé, pero parece comprada en una tienda de diseño.

- Dios mío, ¡es tan elegante! - exclama para que sólo la oiga yo, mientras una recepcionista nos lleva a los mostradores donde se hace el check-in.

La empleada nos mima, ofreciéndonos bebidas y tentempiés, pero estamos llenos desde el desayuno. Después de facturar, nos guía por el resto de los trámites.

- ¿Tanto tiene que tirarse encima de ti? - me pregunta Lia cerca del oído mientras llegamos a la sala donde esperaremos nuestro vuelo, sin hacer cola porque volamos en primera clase.

La miro fijamente, dándome cuenta de que está molesta porque ni siquiera yo me he dado cuenta de que la mujer podría estar tirándome los tejos.

- No te estreses.

- ¡Es una falta de respeto! - protesta ella. - Soy tu mujer, aunque sea mentira. ¿No es su deber tratar a todos por igual?

Trago saliva, recordando dos comentarios desagradables que vi en la foto que mis redes sociales colgaron en Instagram de nuestra boda.

"No coincides". - dijo el primero.

"Podría haber elegido a alguien más claro". - el segundo iba acompañado de un emoji de asco.

Borré ambos comentarios y envié un mensaje a mi equipo de redes sociales para que los vigilaran.

En aquel momento me molestó mucho, pero no tanto como me molesta ahora, porque me duele saber que Lia sintió que el empleado me estaba tirando los tejos, sin respetarla, sólo por el tono de piel de mi mujer.

Si hubiera estado con una rubia, seguro que me habría respetado.

- Pero estoy acostumbrado. Lucas también era blanco. La gente solía decir que no íbamos juntos", dice Lia, como si me leyera el pensamiento.

Su discurso es como un puñetazo en las tripas, porque ningún ser humano debería acostumbrarse a oír comentarios así.

Quiero volver y quejarme al empleado, pero ya hemos pasado por seguridad y no hay vuelta atrás.

*

Tomamos un vuelo de Natal a São Paulo. Lia se pone tensa, pero acaba relajándose al cabo de un rato.

Una empleada de Air France nos saluda al desembarcar, pero centra su atención en Lia, le hace un gesto para que se adelante y le explica todo lo que hay disponible en la sala VIP Air France Premier. Cuando nos deja solos, me ofrezco a hacer fotos a Lia en las zonas más elegantes.

Para mi alivio, está de buen humor, parece que se ha distraído de lo ocurrido en el otro aeropuerto. He decidido que voy a informar de lo ocurrido directamente a la empresa, pero no se lo voy a decir ahora, no quiero estropear su buen humor.

Cuando llega la hora de embarcar, la azafata nos lleva en coche hasta el avión, ya que el aeropuerto es enorme. Nos recibe la tripulación que nos atenderá durante el viaje.

Hablan francés, pero yo lo traduzco todo a Lia, sobre todo las felicitaciones por nuestra boda.

El camarero nos pregunta cómo nos gustaría que nos llamaran a Lia y a mí: Monsieur y Madame De La Roche, Sr. y Sra. De La Roche... pero yo pido que nos llamen simplemente Ben y Lia. Después nos instala en la suite y nos deja solos, volviendo tras el despegue para servirnos champán y castañas.

Lia no puede ocultar lo sorprendida que está de que vayamos a viajar en una suite, de que tengamos una cena completa, pijamas personalizados y de que nuestros sillones se conviertan en camas.

- Me da miedo preguntar cuánto cuestan esos billetes", bromea.

- ¿Merece la pena? - pregunto, dándome cuenta de que con esa cantidad se podría pagar fácilmente un año de todos tus gastos en la carrera de medicina de la universidad privada.

- No sé cuánto costó, pero nunca lo olvidaré.

- Voy a presentar una queja sobre el trato de ese empleado en Natal - decido decirle.

Me mira un momento, su semblante se vuelve serio, luego asiente.

El chef nos sirve una comida impecable y luego bebemos unas copas de vino blanco mientras saboreamos unos quesos franceses.

Me doy cuenta de que Lia está relajada después del vino. Me siento agradecido por poder darle la oportunidad de disfrutar de algunos de los privilegios que puede ofrecer el dinero.

Nos cambiamos, de uno en uno, en el aseo, y nos instalamos en las camas preparadas por el camarero, cada uno en la suya, pero ella viene a la mía en cuanto se apagan las luces.

Me acurruco contra ella, oliendo su dulce aroma. Creo que no voy a poder dormir, pero acabo quedándome dormido, regalándome una larga noche de sueño.

*

Llegamos al hotel por la mañana. Hace mucho frío comparado con el calor que dejamos en Natal. Lia se cambia, pero pronto se da cuenta de que la ropa que ha traído no abriga lo suficiente.

- Te dije que no necesitabas traer mucho -le digo-, que podías comprar aquí.

- No creí que hablaras en serio", dice con las cejas levantadas. - Esta es una realidad completamente distinta a la mía, Ben. Sé que ya has gastado docenas de veces más en mí que mis padres en toda nuestra vida. Compréndelo, no estoy acostumbrado.

Firmo.

- ¿Quiere ver la Torre Eiffel antes de comer?

Lia asiente y me abraza mientras bajamos hacia el coche.

- No puedo creer que tu abuelo emigrara de aquí a Brasil", comenta, mientras el coche recorre las calles parisinas. - Y menos aún que nunca quisiera volver.

Le sonrío. Me encanta su sencillez, sus comentarios, cómo se las arregla para ver la belleza en todo lo que ve allá donde vamos.

- Dios mío, ese es el puente en el que Adele grabó Someone Like You -comenta mientras pasamos por el puente Alejandro III, esperando el barco que hace el recorrido por el río Senna. - Ben, estamos pasando por el mismo puente por el que pasó Adele cuando cantaba. ¿Te das cuenta de lo que representa?

- ¿Te das cuenta de lo mucho que me gusta hacerte feliz? - pregunto, con el corazón rebosante de sentimientos positivos.

- Me siento como en una película", dice. - Tengo miedo de parecer un tonto deslumbrado.

- Tienes derecho a disfrutar de cada momento, Lia -la animo, apuntándole con la cámara del móvil.

Hago varios vídeos y fotos de mi nueva esposa. Cuando cae la noche y estamos navegando por el río en el barco, decido grabar un boomerang con la Torre Eiffel iluminada detrás de nosotros.

La abrazo por detrás y, mientras sonríe a la cámara, me atrevo a besar la comisura de sus labios. Siento que el corazón se me desboca, deseo con todas mis fuerzas ir más allá, pero consigo controlarme.

Dejo que Lia vea cómo ha quedado el vídeo, con la esperanza de que lo comente o me pida que lo borre.

- Eres muy bueno fingiendo estar enamorado.

Tal vez porque realmente lo soy, mi mente responde a su observación.

Lo pondré en boomerang y lo publicaré.

Quiero recibir una señal de que Luiza me ha liberado de la promesa, tal vez un sueño, una manifestación espiritual, un rayo cayendo cerca de mí, cualquier cosa, pero no ocurre nada notable.

Lleno los dos días siguientes con visitas a museos, atracciones turísticas y compras. Los días pasan volando, pero las noches, luchando contra la tentación que no hace más que crecer, parecen interminables.

Lia dice que ya somos adultos y que no necesito dormir en el sofá, que podemos compartir una cama de hotel. No puedo hacer otra cosa que aceptar. Le encanta dormir conmigo, le gusta que le revuelva el pelo hasta que se queda dormida, pero no tiene ni idea de que la razón por la que pongo una almohada entre nuestros cuerpos es para que no sienta mi polla dura contra su culo.

La luna de miel dura poco porque Lia tiene que prepararse para el examen de acceso a la universidad, que superará con nota. Luego llega el cumpleaños de Alicia en el País de las Maravillas, las fiestas de fin de curso y, por último, el primer día de Lia en la facultad de

medicina de la UNP.

Su madre está tan orgullosa de su hija que organiza una pequeña celebración con tarta, globos y caramelos el fin de semana anterior al comienzo de las clases. Las dos encontraron una iglesia no muy lejos de casa y asisten regularmente a los oficios, dos veces por semana. Rara vez las acompaño, a pesar de que soy "católica no practicante", entre comillas.

Hay muchos cambios en mi vida, pero lo que no cambia es la pasión que me castiga, consume mi cuerpo, mis días, mi mente.

El deseo es tan grande que ya no sé qué hacer. Tenerla cerca es el peor castigo de todos. Verla todos los días y no poder hacerla mi esposa es casi insoportable de vivir.

Me pregunto cuánto tiempo más podré aguantar.

Aunque ella no lo pide, la recojo en la universidad el primer día. Sus clases son por la tarde, y las noches son traicioneras, lo que me hace pensar que si no he recibido ninguna señal de Luiza es porque mi vida debe continuar, que me aferro a una promesa que hice cuando ella ya estaba muerta.

Sé que me estoy volviendo loco. Intento por todos los medios mantener el muro alrededor de mi corazón, pero se me acaban las fuerzas.

La necesidad, la calentura y la desesperación son como el diablillo de mi hombro.

La espero en el vestíbulo de la universidad, son más de las veintidós. No puedo más y siento que el muro se derrumba cuando Lia viene desfilando hacia mí.

Mi corazón está desprotegido... por fin.

Capítulo 19



Espero encontrarme con Roberto, el chófer de la familia, en el aparcamiento de la UNP, pero antes de llegar al coche, me tropiezo con Ben en el vestíbulo de la universidad.

Se me acelera el corazón al verle con los brazos cruzados a los lados. Su postura de hombre de negocios ha desaparecido y, en este momento, parece tan... vulnerable.

Frunzo el ceño, sosteniendo contra mi pecho el cuaderno con los apuntes del primer día de clase, y camino hacia él.

Siento que algunos alumnos de mi clase giran la cabeza para mirarnos. Sobre todo algunas chicas, pero ya no me importa, he aprendido a aceptar que Benjamin, buenorro y CEO de la constructora La Roche, llame la atención allá donde va.

Enderezo los hombros y levanto la barbilla para hacerles saber que no me importa lo que piensen.

- ¿Qué tal tus primeras clases? - me pregunta Ben mientras me besa la frente.

- Emocionante. Siento que estoy cumpliendo un sueño, pero aún no he decidido qué especialización voy a hacer.

- ¿Sigue dudando entre dermatología y obstetricia?

- Sí, pero creo que hay más opciones. Nos han dejado visitar el laboratorio de anatomía - charlé, rodeando el suyo con el brazo. - No me había dado cuenta de que venías a recogerme.

- He decidido darte una sorpresa", me dice. Encuentro peculiar su tono de voz, diferente al de los otros días.

- Si estás pensando en llevarme a cenar para hacerme fotos y publicar sobre mis primeras lecciones -bromeo-, debes saber que he comido en la cantina, no tengo hambre.

- En realidad, voy a llevarte a dar una vuelta", dice, muy serio.

Se me paraliza el corazón. Mi mente empieza a dar vueltas a varias teorías. A juzgar por el tono de su voz, me temo que ha venido a decirme que ya no me necesita como esposa. No recuerdo qué ponía en el contrato matrimonial.

- "De acuerdo", murmuro.

Ben me guía hasta el coche. Conduce por la avenida Salgado Filho en dirección a Ponta Negra, pero toma la dirección de las playas de la costa sur.

Permanezco en silencio mientras él conduce, sin saber adónde vamos, temiendo el nuevo giro que siento que mi vida está a punto de tomar.

Ben aparca junto a una vieja iglesia en Pirangi do Sul. Chasqueo los dedos cuando se da la vuelta para abrir la puerta del coche. Me bajo, imaginando que va a darse la vuelta y empezar a bajar las escaleras hacia la playa, pero Ben se queda de pie delante de mí, mirándome fijamente. Sus ojos verdes parecen brillar, noto que su cuerpo está tenso, su cabeza se inclina e, inesperadamente, aprieta sus labios contra los míos.

Me pilla por sorpresa, pero se marcha antes de que pueda reaccionar. Me quedo de pie con los brazos cruzados a los lados, pensando en algo coherente que decir.

Sus ojos me analizan. Mi cerebro no puede procesar lo que acaba de ocurrir.

- Has roto tu regla", murmuro.

Mi corazón estalla cuando vuelve a inclinarse hacia mí, ahora rodeándome la cintura con los brazos.

- Es una regla estúpida, ¿no? - susurra con una voz ronca, aterciopelada y encantadora. Entonces su boca vuelve a rozar la mía.

Me aferro a su cuerpo, anhelándolo, desesperada por no dejarlo escapar. Siento su lengua en mi labio inferior, antes de invadir mi boca. Me aprieta contra el coche, saboreando mis labios con rapidez, con hambre, siento que sus manos me tocan el culo y deslizo las mías por sus brazos, extasiada por poder tocarle por fin así. Siento sus caderas, su rígida erección contra mi vientre. Me estremece saber que es así para mí. Dejo que sujete mi cara entre sus manos, que se apriete aún más contra mí. Dejo que me chupe la lengua, los labios, gimo contra su boca, agonizante por el deseo que, en lugar de disminuir, no hace más que crecer.

- No sabes lo que quiero hacerte ahora", murmura contra mi boca, con voz ronca.

Me muevo, apretando los muslos, desesperada por más.

- ¿Cómo? - me arriesgo a preguntar.

- Quiero arrancarte ese vestido y follarte ahora mismo, en el suelo, en el coche, no te imaginas cuánto lo deseo.

- Yo también lo quiero", digo jadeando, tirando de él contra mí otra vez.

- Luché contra ello durante mucho tiempo, Lia, pero resulta que ya estaba enamorado de ti cuando te hice aquella proposición. No sabes lo mucho que luché, lo cobarde que fui, temiendo que me destrozaran otra vez el corazón cuando ni siquiera se había recuperado. Pero me cansé de resistir, no soporto una noche sin ti. Te juro que me volveré loca.

Parpadeo, buscando algún pensamiento coherente en el que concentrarme. No quiero creer que esté cediendo, pero no puedo negar la desesperación y la sinceridad en su tono.

Mi corazón explota, es todo lo que siempre he querido. Me arde la nariz, siento que voy a echarme a llorar de emoción, mi pecho estalla de pasión, de una felicidad que me roba hasta el aire de los pulmones.

- Me la has puesto dura, Lia, me haces eso todo el tiempo", dice, presionando sus caderas contra mi pelvis, permitiéndome sentir su erección. - Perdón por el lenguaje.

Trago saliva, tentada de tocarle ahí abajo.

- No me importa tu sucia boca. - susurro, temiendo creer sus palabras, temiendo estar soñando. No quiero despertar, deseo con todas mis fuerzas que este momento sea real. - Si dices que ya estabas enamorado la noche que me pediste matrimonio, ¿por qué has estado fingiendo todo este tiempo? Han pasado meses.

- Porque soy idiota.

- ¿Y dejará de serlo?

No contesta, me coge de la mano y tira de mí hacia las escaleras.

- Creía que ibas a decir que la boda se había acabado, que ya no necesitabas esta farsa", digo cuando llegamos a la arena.

La marea está baja, la luna creciente brilla en el cielo.

- Ya no es una farsa. ¿Serás mía de verdad, en tu totalidad?

Parpadeo, entumecida por la emoción, intentando aferrarme a la razón.

¿Y si Ben cambia de opinión mañana, si es sólo una broma? No puedo permitirme entregarme tan fácilmente. No puedo creer que la vida esté siendo tan buena conmigo, sé que no me lo merezco, no después de mentir sobre este matrimonio incluso a mi madre.

- Todavía necesito pensar en algunas cosas, necesito estar sola y pensar", digo, satisfecha de poder seguir pensando.

- Por eso he construido un muro alrededor de mi corazón, porque cada vez que dejo que una mujer se acerque a mí, me duele. Derribo el muro, te lo abro todo, me entrego a ti, y tú dices que necesitas pensar.

- No es así, Ben. Te pasaste todo este tiempo diciendo que nunca te enamorarías de mí. ¿Cómo crees que me sentí? Fue confuso, y sabes que sólo acepté este contrato por el accidente de mi madre.

Me duele la garganta, y también el corazón, porque siento que, al final, Ben tenía razón, no deberíamos mezclar las cosas. Somos de mundos distintos, esto no es más que un matrimonio de conveniencia, es mi destino, por mucho que haya huido de él, y mezclar sentimientos no puede acabar bien.

Insistí en ello, me dejé enamorar, alimenté las fantasías de Cenicienta y ahora nos hacemos daño mutuamente.

Me trago el nudo y levanto la barbilla, formulando una frase para poner fin a esta tontería, pero Ben da un paso adelante, apoya su cuerpo contra el mío, baja la mirada, me mira fijamente a los ojos.

- No quiero pelear -susurra tocándome la mandíbula. Mi corazón y mis entrañas empiezan a calentarse cuando se inclina para poner su cara a la altura de la mía. Su mano sube, casi con demasiada fuerza, hasta mi nuca, donde sus dedos se enredan en mi pelo.

Estoy atrapada, pero no exactamente por él, sino por un deseo insano.

Levanto la mano, temblorosa, busco su hombro y se lo aprieto por encima de la camisa, sintiendo sus músculos, intentando aferrarme a algo duro y concreto.

- Yo tampoco quiero pelear", confieso sin pensar.

Sus labios se abren un poco, puedo sentir su aliento, ver su lengua, sus dientes, y lo deseo todo desesperadamente contra mi piel. Quiero sentarme sobre él y moverme, quiero que apriete nuestras caderas cuando estamos así, quiero que esta agonía entre mis muslos se calme, se detenga.

Me pregunto si siente una quinta parte del deseo que siento yo. Incluso duele.

- No nos peleemos, ángel", dice, volviéndome aún más loca.

Es mutuo, no puedo fingir que no siente nada por mí. Los dos luchamos por no entregarnos, por no tirarnos por el precipicio, pero ¿hasta cuándo será mutuo? ¿Hasta que nos acostemos?

Me aparto de sus manos. Necesito un segundo para pensar sin el contacto de su cuerpo contra el mío.

Me siento en la arena, recorriendo el suelo con los dedos, buscando guijarros que arrojar al mar.

- Y si cambias de opinión", le pregunto.

Ben se sienta a mi lado.

- No lo haré -me asegura. - Por eso he tardado tanto, Lia. Necesitaba estar seguro. Y ahora será para siempre.

Cierro los ojos, sintiendo cómo sus dedos aprietan mi nuca en un sensual masaje. Estoy desesperada por otra dosis de su beso, su lengua en la mía, su cuerpo contra el mío.

Se inclina hacia mí. Cuando su lengua se encuentra con la mía, soy todo deseo. Mi mente se llena de ideas, formas y posturas para apaciguar mi deseo. Chupo su labio mientras él desliza su mano por mi muslo, deslizándose por dentro de mi vestido.

- Ben... - Gimo contra sus labios mientras me aprieta el culo.

Me empuja contra la arena, haciéndome tumbarme de espaldas, y luego se tumba encima de mí. El calor de su cuerpo sobre el mío es tan abrasador que pierdo el control y tiro con fuerza de sus caderas contra las mías. Mi pelvis se encuentra con la suya y noto el bulto duro, grande y caliente contra mí. Palpito de deseo, suplicando saber qué se siente al tenerlo moviéndose dentro de mí, penetrándome con fuerza.

Mis pensamientos van de mal en peor. Meto la mano bajo su camisa y encuentro la base de su columna vertebral. Noto la piel caliente y dejo que mis dedos se deslicen hasta la cinturilla de sus pantalones.

- Estoy enamorado de ti", admite, apartando sus labios de los míos. - No enamorado, sino totalmente enamorado y rendido, y no sé qué más hacer con este sentimiento.

- Yo también me siento así, y lo sabes -susurro, mansamente, intentando sonar sensual, sin darme cuenta de que la razón ya me ha abandonado.

- Me duele el corazón de no ser correspondido, Lia -se queja-. - Por favor, sé mía.

Ben no espera respuesta. Se agarra a mi cuerpo, encajándose entre mis piernas.

Los pantalones, sus pantalones, mis bragas y mi virginidad nos separan.

- Benjamin... - Susurro su nombre mientras me mira fijamente, apartándome los rizos de la cara.

- Virgilia", replica, con un poco de venganza.

Lo ignoro. Cierro los ojos y vuelvo la cara hacia un lado. Entiende lo que quiero, como si leyera mis pensamientos. Su boca cálida y hambrienta busca mi barbilla y recorre mi cuello. Y sus caderas empiezan a moverse contra las mías. Siento su pene duro rozándome las bragas. Estoy húmeda, empapándome, pero no puedo ni quiero apartarme, no puedo luchar contra el placer que me está dando. Mis muslos se cierran en torno a él, con fuerza, encontrando el ritmo para seguirle. El placer es doloroso, cruel y acogedor al mismo tiempo. No puedo parar.

Sus labios se deslizan por mi regazo hasta llegar a mi pecho. Llevo un sujetador sin tirantes y siento cómo me muerde el pezón, la sensación es aún más libertina. Me retuerzo bajo su cuerpo, destrozada por el placer que no hace más que aumentar con cada movimiento.

- Ben - le llamo, perdiéndome en la locura.

- Lia, no puedo más", murmura contra mi cuello.

Noto su mano en el lateral de mis bragas, luego tira de ellas hacia abajo, me levanta el vestido hasta la cintura y me toca el sexo. Suelto un largo gemido con el deseo acumulado durante meses.

- Estás muy mojada", comenta Ben, inclinándose entre mis piernas.

Su boca toca mi vulva, y mi cuerpo se mueve con un espasmo. Mis entrañas se contraen cuando me engulle todo el cuerpo, chupando vorazmente, llevándome al delirio.

Su lengua contra mi clítoris provoca sensaciones que nunca imaginé sentir. Me agarro a su pelo, suplicando más, totalmente rendida, apretando mis muslos contra su cabeza cuando ya no puedo controlarme. No soy más que una mujer muerta de excitación, siendo chupada por el hombre más caliente que jamás he conocido.

Chupa, muerde y lame, en movimientos irregulares que sacan de mí una sensación nueva con cada roce. Estoy en un incendio, las llamas me consumen, calientes, frías, mezcladas de dolor y placer. Me siento arrastrada por un torbellino de sensaciones, gimiendo, apretándome los pechos, pellizcándome los pezones, pidiendo más y más, con el corazón en el paladar, martilleándome, hasta que algo estalla dentro de mí, una sensación tan poderosa que me hace gritar, arqueando la espalda, deleitándome en el momento.

Dura unos instantes, y cuando consigo volver a encarrilarme, sé que algo ha cambiado dentro de mí.

Ben me mira con esa sonrisa torcida y traviesa. Me llevo las manos a la boca para ocultar mi risa satisfecha.

- Ahora me toca a mí", murmura, poniéndose de pie y llevándose las manos a la cintura del pantalón.

Temblorosa, aún perpleja, me apoyo en los codos para ver cómo se quita la camisa y luego los pantalones. Cuando se quita los pantalones, siento que el corazón me da un vuelco. Está rígido, largo y grueso.

Debería tener miedo, pero no estoy en mis cabales. Me chupo el labio mientras Ben se pone un condón.

Abro las piernas y él vuelve a tumbarse sobre mí. Con la mano entre nuestros cuerpos, se coloca. Gimo, incapaz de controlarlo. Ben me besa y empieza a penetrarme.

La sensación es nueva, siento que me llenan, pero también que me desgarran. Jadeo por el dolor, pero no puedo evitarlo. Es el dolor más placentero que he sentido nunca.

- "Más despacio", le susurro contra el labio, sólo para que el momento dure más.

- Lo intento -dice Ben con voz ronca-. - No sabes cuánto tiempo he esperado esto.

Apoyo los labios en su hombro, mordisqueo la piel, recorro con la mano cada músculo de su cuerpo, me rindo a la locura cuando empieza a moverse.

- Es tan agradable sentirte dentro de mí", susurro, suavemente, rendida.

Gruñe, como un animal, moviéndose más rápido.

- No me lo he puesto todo", admite Ben, haciéndome jadear de asombro. Entonces se detiene y tira de mí, sentándose y obligándome a montarlo.

La penetración se hace más profunda en esta posición, su miembro se dilata aún más para recibirla y temo no caber más. Siento que mis entrañas se abren, que arden. Vuelve el dolor, pierdo el aliento, dándome cuenta de su inmensidad apoderándose de mí, llenándome.

Su boca, su lengua, sus dientes están por todas partes. Mis manos están en su pelo, siento la aspereza de su barba contra mi piel caliente.

- "Date la vuelta para mí, anda", pide Ben, mirándome fijamente con sus ojos verdes, antes de bajar la cabeza y morderme un pezón.

Su petición es una orden. Me muevo lentamente sobre sus caderas, cabalgándolo.

Gimo cuando sus manos me pellizcan el culo, me aprietan la espalda, tiran de mí hacia abajo y vuelven a levantarme de su regazo. Me agarro a sus hombros mientras me obliga a bajar más, desgarrándome.

- "No creo que quepa", murmuro, cuando me gana el dolor.

- Sí, ángel.

Me apoyo en sus hombros, desesperada por más y al mismo tiempo temerosa de no poder soportarlo. Agarro su labio y lo muerdo con fuerza, clavándole las uñas en la piel. Entonces Ben me aprieta aún más y se entierra dentro de mí. Le suelto el labio y grito contra su barbilla.

Me arden las paredes interiores. Mi cuerpo tarda un poco en acostumbrarse a él dentro de mí, duro como una piedra. Ben me da unos segundos para adaptarme, luego empieza a levantar mis caderas, bajándolas. Fuerte y duro.

Pongo los ojos en blanco cuando el placer supera al dolor y suelto un gemido, sintiéndome suya.

- "Date la vuelta para mí", vuelve a pedir Ben, y yo obedezco, moviendo las caderas lentamente sobre las suyas, empezando a volverme loca de placer otra vez. - Así...

Es la sensación más profunda que he sentido nunca, me llena, me completa. Acelero el movimiento, iniciando una cabalgada frenética, siendo dominada por la erección que me hace palpitar, delirando, queriendo más y más.

De repente, Ben me suelta el pelo del moño, los mechones resbalan por mi piel, suaves, contrastando con la sensación de dureza de mi interior. Echo la cabeza hacia atrás, ofreciéndole mi cuello.

Nuestras pieles empiezan a hacer ruido al chocar, lo que sólo me anima a ir más rápido, dejándome atrapar aún más por la sensación. Pierdo el control y siento que se acerca otro clímax.

Ahora es Ben quien se mueve, empujando dentro y fuera muy deprisa, gruñendo como un animal, rompiéndome, provocándome aún más placer con cada movimiento. Dentro y fuera, cada vez más fuerte.

Me concentro en la sensación cuando Ben gruñe más fuerte, como un gruñido que persiste contra mi cuello. Me aferro a su cuerpo con todas mis fuerzas, dando la bienvenida a la nueva explosión de placer, mucho más devastadora que la primera.

Grito con él, como si no hubiera nadie más que nosotros.

Nos quedamos así, abrazados, aferrados como si fuéramos a perdernos si nos soltábamos.

Respiro con dificultad, pero tengo que decirlo. Este es el momento.

- Te quiero, Ben", admito sin miedo.

- Yo también te quiero, Lia, siempre te he querido.

- ¿Será para siempre?

- Ve - me asegura.

Ben me atrae, me aprieta contra sus brazos, me acurruca en su pecho musculoso y sudoroso.

- ¿Y si alguien nos ha pillado? - pregunto, dándome cuenta de que estamos en la playa, ¡es un lugar público!

- Los dos estaremos jodidos", dice, pero no parece preocupado. Al contrario, Ben parece más tranquilo que nunca.

Deslizo la punta del dedo por su mandíbula y le lamo el cuello lentamente, sintiendo su piel salada por el sudor y el aire marino.

- Podrían haber hecho un vídeo", digo despacio, sintiéndome sexy en sus brazos, deseada.

- Sabrán lo traviesos que somos", murmura con voz ronca y envolvente, encendiendo la llama.

Me levanto rápidamente, consciente de que no soy físicamente capaz de volver a hacerlo.

- ¡Eh!", protesta Ben, agarrándome el muslo ya dolorido. - ¿Vuelves aquí, ángel?

- Tengo intención de seguir caminando, Benjamin. No quiero ir a la universidad en silla de ruedas mañana", bromeo, pero el ardor en el torso y el dolor en los músculos internos de los muslos me dicen que quizá haya algo de verdad en ello.

Se ríe, me roza la pierna con la barba y me coge las bragas para ayudarme a ponérmelas. Me vuelvo a poner el vestido, mirándole desde arriba, sintiéndome dominada, aunque haya sido él quien me ha dominado a mí durante toda la experiencia.

Observo su abdomen, sus muslos gruesos y definidos, sus brazos y su pecho marcados por los músculos, su piel blanca iluminada por la luz de la luna y las farolas que hay a unos metros. Estiro el pie, lo rozo por su vientre, me muerdo el labio, me doy cuenta de que este dios griego a mis pies es mi hombre. Esto me excita de tantas maneras que no puedo describirlo.

- ¿Hemos pasado página? - susurro, mientras Ben recoge su ropa y empieza a ponérsela.

- Hemos empezado un nuevo capítulo", dice. Nunca me cansaré de oír ese tono de voz sexy y aterciopelado. - Voy a quererte mucho, Lia, voy a hacerte la mujer más feliz del mundo.

Parpadeo, sin saber qué decir. No puedo expresar lo loca que estoy por él.

Ben se vuelve a poner los pantalones y me estrecha contra su pecho. Tiene arena en la piel, pegada al sudor. Me agarra del pelo y lo enrolla alrededor de su muñeca, tirando, haciendo que mi cabeza caiga hacia atrás.

- Tengo un montón de tiempo empalmado", confiesa con su voz varonil, que sale de lo más profundo de su garganta. - ¿Tienes idea de lo que voy a hacerte?

- No", respondo socarronamente. - Pero quiero probarlo todo.

Suelta algo parecido a un rugido, haciéndome estremecer, y luego me muerde el lóbulo de la oreja.

- Vámonos, si no te follaré otra vez.

Capítulo 20



- Ben, ¿puedo preguntarte algo? - murmura Lia, acariciándome el estómago con la punta del dedo, provocándome escalofríos.

Estamos en el lago Como, en Italia. En Brasil es carnaval, pero aquí estamos en pleno invierno. Estamos en un chalet, abrazados, tumbados en el suelo junto a la chimenea.

- Pregúntame cualquier cosa, ángel.

Han pasado seis semanas desde que tuvimos sexo por primera vez, en la playa, sin siquiera pensar que alguien podría estar mirando. Lia lo llama hacer el amor, yo lo llamo follar, se adapta mejor a la intensidad.

- ¿Sigues pensando en esas mujeres del club? - me pregunta de repente, sacando un tema que creía enterrado.

Frunzo el ceño, cogiéndole la mano que me acaricia, preguntándome cuánto ha tenido que pensar antes de hacerme esa pregunta.

- Nunca volveré allí, no hay necesidad de ocupar tu mente con esos pensamientos.

- Pero... - dice, pero se detiene, apoyándose en el codo para levantarse, mirándome con sus ojos color miel.

Apenas puedo mirar hacia atrás, porque mi atención se dirige a cada momento a su cuerpo desnudo. Nunca me cansaré de mirarla así, toda mía.

- ¿Pero qué? - me atrevo a preguntar.

- ¿Y si acabas cansándote de mí? Sé que estás acostumbrado a cosas mucho más...

pervertidas.

- El club siempre ha sido un intento fallido de llenar un vacío", digo con firmeza. - Ya sabes cómo era, cómo me sentía. No hay nada que me haga querer volver allí. Te tengo a ti, Lia, y eso es todo lo que necesito. ¿Has olvidado todas las locuras que hicimos? ¿De verdad crees que voy a renunciar a ti a cambio de ir a ese club?

No dice nada, me besa y se recuesta sobre mi pecho. Desde aquí veo el lago a través de los cristales, cae la nieve y todo parece mágico.

*

El segundo día, antes de comer, conduzco hasta Milán, en la provincia de Lombardía. Lia quiere ver el Duomo di Milano.

Decidimos almorzar primero, en un restaurante del Quadrilatero d'Oro, junto a la catedral, donde se concentran las tiendas de diseño más caras de la capital de la moda.

Elegimos un restaurante, pedimos vino y pasta. Lia se queja de náuseas durante el viaje en coche, pero yo lo atribuyo a los tramos sinuosos. Sólo cuando empieza a comer y tiene que correr al baño para vomitar me doy cuenta de la realidad.

Hago un cálculo mental de la única vez que no usamos preservativo, dos semanas después de nuestro primer polvo. Me levanto y la sigo al baño, sin molestarme en invadir el servicio de señoras.

Está en una de las cabinas, en cuclillas junto al retrete, apagándolo todo. Me arrodillo a su lado y le sujeto el pelo, sacando el papel higiénico para limpiarle la boca.

Lia me mira fijamente cuando se detiene. Me sonrojo, tengo el corazón helado.

- ¿Te tomaste la píldora del día después aquella vez? - le pregunto con voz débil.

Ella asiente, con los ojos vidriosos.

- Pero no tengo la regla desde principios de enero.

Estamos aterrorizadas por motivos diferentes. Lia cursa el primer semestre de medicina y un embarazo ahora cambiaría todos sus planes. Yo, en cambio, experimento el puro miedo de perder a otra esposa en el parto.

Intento controlar mi respiración, pero es imposible. No sé si quiero tener otro hijo, quizá sí, pero no puedo vivir con el miedo que tengo a perder a la mujer que amo.

- ¿Puedes ir a la farmacia y comprar una prueba rápida? - sugiere Lia. - Creo que será mejor que lo haga pronto.

Asiento, le beso en la frente y salgo del baño. Cruzo el restaurante y camino por las calles del Quadrilatero d'Oro, buscando una farmacia, con el corazón dolorido.

Si le pasa algo, nunca me perdonaré haber olvidado el preservativo, ni una sola vez. No puedo pensar en las ventajas de que la familia crezca, no puedo visualizar la cara de un bebé, sólo puedo sentir miedo.

Encuentro una farmacia, compro la prueba y me apresuro a volver al restaurante. Lia está sentada a la mesa, pinchando lo que queda de pasta con la punta del cuchillo. Me mira con ojos penetrantes mientras le tiendo la bolsa.

Vuelve al baño y yo la sigo. Por suerte, los camareros no se quejan del movimiento.

Lia entra en la cabina y me pide que espere, pero entonces aparece con el vaso de orina y el palo dentro.

Tenemos que esperar a que llegue el momento de actuar.

- ¿Quieres otro hijo? - me pregunta.

Estoy tan ansiosa que temo sufrir un ataque de arritmia.

Quiero decirle que no, al menos ahora, pero temo que se sienta herida. Bajo ninguna circunstancia puedo romperle el corazón.

La cojo de la mano y tiro de ella hacia mis brazos.

- Temo por tu vida -susurro contra su pelo-. - Aun así, claro que quiero tener un hijo contigo.

- No voy a morir en el parto, Ben.

- ¿Puedes prometérmelo? - Te lo ruego.

- No, pero no deberías torturarte ahora.

No entiende cuánto temo perder a alguien a quien quiero. La vida se ha llevado casi todo de mí.

Siento que su brazo extiende el bastón. Mi corazón amenaza con estallar en mi pecho.

- Ben - Lia me está llamando. - Es negativo.

La miro fijamente, antes de mirar la prueba de embarazo que tiene en la mano, y sólo entonces me permito relajar los hombros.

Bajo su mirada, rezo una oración silenciosa, agradeciéndole la oportunidad que la vida

me está dando. Me doy cuenta de que lo último que quiero ahora es un embarazo no deseado.

- Tenemos que revisar nuestros métodos", le digo, mientras tira los objetos usados a la papelera y se lava las manos y la cara.

- Tenemos que hacerlo -asiente Lia, volviéndose para mirarme con la cara húmeda-. - No quiero volver a pasar por esto, Ben. ¿Qué haríamos si me quedara embarazada? ¿Y la universidad? Tendría que dejarlo o volverme loca para arreglármelas.

La realidad la golpea y sus ojos color miel se abren de par en par.

- ¡Estaría jodido! ¿Te das cuenta? - dice llevándose la mano a la boca. - Claro que te das cuenta, fuiste padre a mi edad, pero...

- "Sé que son circunstancias diferentes", le digo, pasando el dedo por su ceja poblada y desordenada, respirando hondo, hurgando en mi corazón en busca del valor para darle la seguridad que necesita en estos momentos. - Pero puedes estar segura de que, pase lo que pase, siempre estaré a tu lado, apoyándote en todo. Si ocurre un accidente y te quedas embarazada mientras sigues estudiando, seré yo quien cuide del bebé para que no te haga daño, así que no tengas miedo. Ya he cuidado de un niño yo sola, no lo olvides, y entonces ni siquiera podía permitirme una niñera.

Trago saliva, conmovida por la forma en que me mira. Intento ser fuerte, pero una punzada de desesperación me oprime el pecho: el terrible miedo a que algo vaya mal durante el parto o incluso durante el embarazo. Vuelvo a tragar saliva, intentando ahogar el creciente temor.

Lia entrelaza nuestros dedos y me besa profundamente. Sus labios pueden obrar un milagro en mi estado de ánimo. Siento cómo se me pone dura la polla cuando pasa su lengua por la mía.

- ¿Alguna vez reaccionarás de forma diferente a un beso mío? - me pregunta, soltándome la mano y tocándome por encima de los pantalones, dominándome en la palma de su mano.

- "Sí", gimo, apretando la mandíbula mientras mi erección crece. - No puedo reaccionar de otro modo, me estás follando.

Se detiene, me quita la mano de la polla, me mira con cara inocente y se muerde lentamente el labio grueso.

- ¿Podemos ir ya al Duomo di Milano? - pregunta, susurrando con la falsa inocencia que utiliza cuando quiere controlarme.

- ¿Y cómo me veo?

- Serás bien recompensado cuando volvamos a la suite", promete Lia.

Respiro hondo, sacudiendo la cabeza ante la marioneta que tiene en las manos.

La conduzco fuera del baño. Lia bebe lo que queda de vino y recoge su bolso y nuestros abrigos, mientras yo pago la cuenta, sin querer esperar a que el camarero me sirva en la mesa.

Cuando salimos fuera, está nevando.

- ¿Quieres ir al hospital? - te pregunto. - Has tenido un mal día.

- Debe haber sido por las curvas de la carretera. No creo que deba preocuparme.

- ¿Seguro?

Lia asiente.

Caminamos de la mano, en silencio, por Via Monte Napoleone, hacia la Galleria Vittorio Emanuele II, donde tomamos un helado, antes de llegar a la Catedral de Milán.

Lia vuelve a estar bien. Me coge de la mano con fuerza, mirando encantada el edificio gótico, las miles de estatuas talladas en mármol del exterior del edificio, la belleza de la arquitectura, que empezó a construirse en el siglo XIV.

Aprovecho para hacerme fotos con Lia en el exterior, antes de entrar en la catedral por la puerta principal. El interior está poco iluminado, pero no decepciona. Ya había visitado el lugar antes, cuando mi madre aún vivía, pero con Lia parece que lo veo todo con otros ojos. La acompaño a ver las estatuas de las distintas capillas, y luego visitamos la cripta, donde se encuentra la capilla de San Carlos Borromeo, con el ataúd de cristal que alberga el cuerpo del santo.

Antes de subir a los tejados, aunque no soy religioso, me alejo de Lia y enciendo una vela en señal de agradecimiento.

Mi corazón se llena de gratitud al darme cuenta de lo afortunado que soy. En mi mente, doy gracias de todo corazón por mi hija, mi negocio y la mujer que amo, mientras veo cómo la vela empieza a derretirse. Luego rezo una oración silenciosa, rogando con todas mis fuerzas poder quedarme con ella para siempre, hasta que seamos muy viejos.

Le pregunto a Lia si quiere subir a los tejados en ascensor, pero opta por subir por las escaleras como muestra de agradecimiento. Admiro su gesto y lo mucho que respeta la historia y el simbolismo de la catedral, aunque no sea católica.

Terminamos la visita frente a la estatua dorada de La Madonnina.

*

De vuelta al hotel Vista Pallazo, nos duchamos juntos.

Disfruto con Lia enjabonándome la polla, masajeándola, haciéndola palpitar mientras me chupa la lengua. La pongo boca arriba, aprieto su redondo culo, aprieto mi mano contra ella,

empujo su cuerpo contra la cabina de ducha.

Cojo el champú, me pongo un poco en las manos y se lo extiendo por el cuero cabelludo, frotando y haciendo espuma.

Ella gime, perezosamente, amando la firmeza del tacto.

Con la otra mano, toco su pecho derecho, apretándolo entre mis dedos, recorriendo con la mano su vientre, su bajo vientre, hasta llegar a su coño caliente. Deslizo los dedos por sus labios y alcanzo su clítoris, ardiente de lujuria.

- Ben - dice mi nombre, disimuladamente, mientras abre las piernas.

Le echo el pelo hacia atrás y le hundo los dientes en el hombro mientras tiro de sus caderas hacia mí, haciendo que arquee la espalda y separe el culo.

Suelto una palabrota cuando ella se frota contra mi polla, incitándome aún más.

- ¡Lia! - Digo, como una advertencia, jugando en sus manos.

- "Quiero tu polla dentro de mí", me pide, mirando por encima de mi hombro, pasándome la lengua lentamente por el labio superior, volviéndome loco.

Sujeto sus caderas, presionando su clítoris mientras me introduzco con fuerza en su apretado coño.

- Eso es", gime, empujando aún más el culo.

- ¿Quieres que te meta la polla hasta el fondo? - pregunto, sacando la mano de su coño y llevándola a su cuello, apretándoselo ligeramente.

Lia asiente, mirándome como una zorra. Estoy tan loco por ella que no puedo controlarlo. Empujo a la vez, sintiendo su coño hirviendo, tragándose mi polla.

El agua sigue cayendo por nuestros cuerpos, empiezo a moverme dentro y fuera, sujetando su cuello con más fuerza, haciéndola gritar de placer.

Me maldice, gime, dice que estoy caliente. Y cuando está fuera de sí, perdida en la lujuria, le saco la polla y me arrodillo, abriéndole el culo, llenándome la boca con su miel, dándome placer.

Lia me sujeta el pelo con fuerza, manteniendo mi cabeza contra su culo. Le muerdo el labio y ella me arrulla.

- Date la vuelta", exijo, retrocediendo un momento.

Ella obedece, de cara a mí, con su coño a la altura de mi boca. Me detengo un instante,

embelesado por la visión de su cuerpo húmedo, y vuelvo a hundirle la lengua, rígida, hambrienta, devorando su clítoris, chupándolo con fuerza.

Tiene las manos en mi pelo y me pide más, delirando de excitación. Chupo una última vez, antes de levantarme y cogerla en brazos.

Sus piernas me agarran, rodeando mi cintura, sus manos en mis hombros. Cierro la ducha y vuelvo a penetrarla, sacándola del baño aferrada a mí.

Le aprieto el culo y la hago rebotar sobre mí, gimiendo de nuevo, y luego la pongo en el suelo. Se agacha junto a la chimenea, se pone a cuatro patas y se abre el culo. Me pongo de rodillas y vuelvo a penetrarle el coño, empezando a entrar y salir rápidamente, con fuerza, siguiendo mis embestidas.

Lia gime, murmura palabrotas que no entiendo muy bien, luego empieza a revolcarse y sé que se va a correr. Intento apartar ese pensamiento, concentrarme en otra cosa, aplazar el clímax, pero no puedo aguantarlo mucho tiempo, no con ella revolcándose así, diciendo que le encanta mi polla, gimiendo acaloradamente.

- Ven conmigo", suplica, antes de que su coño sufra un espasmo y apriete mi polla.

Me inclino sobre ella, acelerando el movimiento, apoyando la mano en el suelo y sujetando su cuello con la mano libre.

- Ven como si fuera en serio", susurro contra su piel caliente, por encima de sus salvajes gemidos de placer. La abrazo hasta que no puedo más y me corro yo también, fuerte e intensamente.

Capítulo 21



Trigger warning: el siguiente capítulo contiene menciones a violaciones y agresiones físicas, si te sientes incómodo, pasa al siguiente capítulo.

Tres semanas después de volver de Italia, sin decirle nada a Lia, cogí el coche y me fui a su antigua ciudad, llevando a un amigo de la universidad llamado Bruno, adicto al crossfit.

Siento como si le debiera algún tipo de justicia por todo lo que su madre y ella han pasado. Sin saber muy bien lo que hago, conduzco hasta la pequeña ciudad. Le pregunto a una señora que camina por la calle principal dónde está la casa del pastor. Ella me lo explica y me dirijo rápidamente a la dirección.

- ¿Qué quieres hacer en casa de un pastor? - pregunta mi amigo crossfitter.

- Sólo para saludar al vagabundo al que le gustaba divertirse pegando a mi mujer", refunfuño entre dientes.

- Joder - jura Bruno.

La casa del pastor es un edificio razonable para los estándares de la ciudad. Salgo del todoterreno y pulso el timbre sin descanso hasta que me contesta un hombre bien vestido de unos cincuenta años.

- ¿Está Lucas ahí? - mi voz es sólo un silbido.

- Se fue. Está ayudando a João Pereira a construir una capilla en una comunidad a pocos kilómetros de aquí.

Reconozco el apellido y lo tomo como una pequeña ayuda del destino: dos pájaros de un tiro. El hombre me explica dónde está la granja y me doy la vuelta, dispuesto a conducir hasta

allí.

- ¿Es usted su padre? - pregunto antes de arrancar el coche.

- Sí, así es.

- Lo siento por ti", susurro, con los ojos vidriosos al frente, pero el rugido del motor al acelerar ahoga mi voz.

Apenas puedo ver el camino de tierra, pasando por los baches a toda velocidad. El sol aprieta fuera. Bruno no me pregunta qué vamos a hacer, se queda callado a mi lado, sé que no intentará detenerme.

Aparco el todoterreno frente a una iglesia en obras y salto del coche con las manos cerradas en puños, escuchando la voz de Lia en mi cabeza, narrando lo que sufrió a manos de esos dos vagabundos.

Casi ciego de rabia, paso por encima de la estructura en la acera, Bruno justo detrás de mí. No hay ninguna casa a la vista, la más cercana está a unos quinientos metros, no habrá nadie que me retenga.

Me hierve la sangre al pasar por la entrada, pero me detengo cuando oigo a alguien gemir. Interrumpo a mi amigo, sujetándole el pecho para que se detenga. Los dos nos quedamos quietos en la entrada de la iglesia, escuchando los gemidos de dolor procedentes de la parte trasera de la iglesia, con los ladrillos aún visibles.

Esto es oscuro y caluroso, los arcos donde estarán las ventanas están sellados con cartón. Parece más un lugar donde se esconden demonios que una casa del Señor. Se me eriza la piel y un escalofrío me recorre la espina dorsal. Respiro hondo, intentando controlar mis nervios, antes de dar el siguiente paso.

El llanto se hace más fuerte cuando entro en el edificio. Bruno me sigue poco después. Estoy pensando que podría haber cogido una pistola antes de venir, cuando el gemido se convierte en un grito agudo.

Completo el trayecto a grandes zancadas y llego a una sala situada detrás del altar del edificio. Mi corazón se rompe una vez más ante lo que veo. No puedo pensar con coherencia, no actúo con la razón, sólo sigo mis instintos y voy a por el cabrón del padre de Lia, dándole una patada en las costillas y lanzándolo contra la pared. Oigo el ruido sordo del puño de Bruno estrellándose contra el cráneo de Lucas, pero no le presto atención. Mientras el padre de Lia jadea, intentando recuperarse, me quito el traje y me agacho junto a la niña de ojos muy abiertos, poniéndole la prenda sobre los hombros, evitando mirarla. Probablemente no tenga más de trece años, igual que la otra niña, más parecida a mi amiga.

- ¿Te obligó? - el tono de mi voz representa el dolor que siento al presenciar algo tan cruel.

La niña con los ojos muy abiertos niega con la cabeza, con la cara mojada por las lágrimas que ya estaba llorando antes de que llegáramos, porque no fuimos lo bastante rápidos. Miro a la otra niña, que intenta alejarse gateando, y me doy cuenta de que son gemelas.

Rápidamente me quito la camisa y se la tiro, tirando la corbata al suelo, quedando sólo una camiseta de tirantes de algodón.

- Venid conmigo", susurro, mientras los gemelos, llorando de terror, se cubren con mi ropa.

Los llevo al coche y les abro la puerta trasera para que entren.

- ¿Dónde están tus padres? - pregunto, sin saber cómo puedo seguir hablando, tal es el odio y la repulsión que siento.

- En casa - explica una de ellas entre sollozos.

- Íbamos a casa de un amigo a estudiar, el otro estaba completo. - Nos pillaron al pasar por la carretera, dijeron que no nos dejarían ir si gritábamos.

Rompe a llorar, dice que no pudo controlarse y gritó. Quiero preguntarles sus nombres, pero me limito a decirles que voy a hacerles pagar por esto. Dejo el aire acondicionado del coche encendido y prometo que volveré pronto.

Llamo a mi abogado mientras busco la llave de tuercas en el maletero. Le explico que estoy en el antiguo pueblo de Lia, le digo que llame a la policía para que vengan.

- Quiero que consigas al mejor fiscal del país -exijo, cerrando de golpe el maletero y explicándole lo que acabo de ver-. - Quiero que te asegures de que mueran en la cárcel.

- Puedes contar conmigo, conozco a un gran fiscal.

- No necesito a un grande, necesito al mejor, porque a esos dos los voy a partir en varios pedazos, pero los voy a dejar vivos el tiempo suficiente para que se pudran en la cárcel.

- ¿Por qué no dejas que se encargue la policía? - Ya estoy caminando de vuelta al maldito edificio cuando oigo la súplica de mi abogado. - Has salvado a las niñas, ¿dónde están sus padres? La policía llegará en unos minutos, solo tengo que llamarlos y vendrán corriendo. No tienes que involucrarte, Ben.

- Soy padre de una niña, no puedo quedarme aquí esperando a que llegue la policía - refunfuño y apago el móvil.

Sólo al pasar por delante de la iglesia me pregunto si encontrar esta escena fue una coincidencia o si las alimañas lo hacían a menudo. No necesito una respuesta a favor de nadie para actuar.

Entro en la habitación detrás del altar y veo que el padre bastardo de Lia está intentando escapar, mientras Bruno le da un puñetazo en la cara a Lucas, que está tirado en el suelo.

- Ve tras él", le digo a Bruno, que obedece de inmediato. - ¿Te gusta pegar a las mujeres? - me sale la voz ronca, apenas puedo verlo de tan enfadado que está. - ¿Te gusta hacerles daño? Levántate, hijo de puta. Enséñame de lo que eres capaz, ¿o sólo sabes pegar a mujeres?

Ni siquiera reconozco mi propia voz cuando vuelvo a gritar. Aprieto con los dedos la llave de tuercas y se la tiro a la cabeza en cuanto se levanta. El sonido del metal chocando contra el cráneo es un alivio para mis nervios.

El bastardo se tambalea hacia atrás, desabrochándose la cinturilla de los pantalones, que se le suben por las piernas.

- ¿Por qué no me haces frente? ¿Sólo puedes pegar a las mujeres? - le pregunto. Me tiemblan las manos porque estoy delante de uno de los cabrones que tantas cicatrices dejaron en el alma de Lia, y ahora sé que no se lo hicieron solo a ella.

Pienso en los gemelos que están fuera, que pasaban por allí para ir a casa de un colega. Me culpo por no haber llegado unos minutos antes para impedirles siquiera que las tocaran.

Al no obtener respuesta del cabrón, le lanzo la llave de rueda a los testículos, aplastándoselos. Le golpeo una vez más, haciéndole caer al suelo, y le golpeo dos, tres, cuatro, cinco veces más. Como no reacciona, tiro la llave y sigo dándole puñetazos, descargando toda mi rabia, vengando una pequeña parte del dolor que ya ha causado a Lia, y sólo me detengo cuando aparece un policía y me aparta de él.

*

Por la noche, Lia se fija en las vendas que cubren los moratones de mis manos y me pregunta qué ha pasado.

- Tiene que ver con su padre y su ex prometido", susurro, incapaz de mirarla bien porque no dejo de recordar lo que presencié en aquel lugar.

- ¿Fuiste allí o vinieron aquí? - me pregunta, tocándome el brazo por encima de la camisa, haciendo que se me acelere el corazón.

- Fui allí, lo confieso. - Sólo pretendía darles una paliza, pero acabé pillándoles con las manos en la masa.

Aprieta sus dedos alrededor de mi brazo, sin tener ni idea de lo mucho que me afecta.

- ¿Qué estaban haciendo? - Lia quiere saberlo.

Me trago el nudo que tengo en la garganta antes de volver a hablar.

- No sé si es buena idea decírtelo...

- Dilo", murmuró Lia.

- Les pillé llevándose a dos chicas... a la fuerza", digo lo más bajo posible, sin querer dar más detalles.

Miro sus ojos color miel y veo cómo se llenan de horror.

- Están detenidos y, si depende del abogado que he contratado, serán juzgados y condenados a la pena más alta -añado, y nos quedamos en silencio durante un largo momento-. Sé que esta información te ha destrozado y lamento haberme puesto en contacto contigo. Podría haber dicho que me hice daño visitando una obra, pero Lia merece saber la verdad. No quiero mentirle, aunque la verdad sea así de cruel. - ¿Prefieres no conocer los detalles o quieres...?

- Preferiría no volver a saber de ellos, sin información, sin noticias. Sé que mi madre también lo prefiere así. Es mejor imaginar que están muertos o que nunca existieron. Por favor. ¿Puedes ocuparte tú del resto? - El tono de su voz es como un lamento.

Asiento con la cabeza. Nunca volveré a tocar su nombre.

Irán a la cárcel, pagarán por lo que han hecho y recibirán un buen castigo: sé lo que les pasa a escoria como ellos en la cárcel.

Por mucho que me gustaría que los crímenes que cometieron contra Lia y mi suegra se sumaran a su condena, respeto la petición de mi mujer de no involucrarse en nada que tenga que ver con esos monstruos. Tampoco Carol toca ningún tema relacionado con ellos. Entiendo que, para Lia, es más fácil intentar olvidar todo lo que pasó, sin tener que escarbar en el pasado. Por mucho que no esté de acuerdo, respeto sus deseos.

Por primera vez en muchos años, tengo una conversación franca con mi padre y le hablo del padre de Lia, de su ex y de lo que hicieron. Raúl se siente orgulloso de las medidas que tomé para defender a mi mujer y protegerla de nuevos traumas. Se ofrece a seguir de cerca todo el proceso, que dura más de un año, y está a mi lado en el juicio cuando los acusados son condenados a un máximo de quince años de cárcel por violación de una persona vulnerable.

Me muero por contarle a Lia lo de la sentencia, pero me conformo con celebrar el resultado con mi padre y Bruno, que también ha estado conmigo todo este tiempo.

Raul De La Roche es un hombre que no puedo entender. Lia le gustó desde el primer momento en que la vio, pero nunca entendí por qué no como Luiza. Tal vez la forma cariñosa en que trata a Lia sea un intento de compensar la injusticia que cometió con nosotros en el pasado.

Por mucho que intente no guardarle rencor, es una mancha en mi pasado de la que no puedo deshacerme. A pesar de todo, intento ver el lado positivo y darme cuenta de que si él no me hubiera chantajeado para conseguir una esposa, nunca habría encontrado el amor más puro en Lia.

En cierto modo, Raúl es responsable de mi liberación del dolor y de mi felicidad con Lia, de la forma más extraña posible... pero lo es.

Capítulo 22



Los seis años de universidad son agotadores, pero nada es comparable a la presión de la residencia médica en la Escuela de Maternidad Januário Cicco.

Tras la graduación de mi promoción, en la que mi principal homenajeado es mi marido, Benjamin De La Roche, me lancé de cabeza a mi especialización en ginecología y obstetricia.

Empiezo a despertarme temprano, incluso antes que Ben, que duerme como una roca desde que nos conocimos, ya no deambula por la casa de madrugada, vencido por el insomnio.

Nunca me lo dijo, pero puedo imaginarme lo apegado que estaba al recuerdo de su primera esposa, como si fuera su deber moral preservar su corazón de volver a enamorarse. Y esa situación le estaba matando. Sólo cuando Ben lo aceptó y se dio cuenta de que merecía seguir adelante pudo dormir una noche entera.

Ben es mi fiel aliado en la crianza de Alicia, en la gestión de la casa y de la agenda social, a veces repleta de cenas y eventos, además de las agotadoras setenta y tantas horas semanales de maternidad.

Hago turnos de doce horas, normalmente durante el día, pero al menos una vez a la semana tengo que estar de guardia por la noche. Tengo que dedicarme cada vez más para seguir el ritmo de la carga de trabajo, que también se reparte con clases teóricas.

Doy mi sangre para seguir dedicándome, ilusionado con la vida en un hospital, donde puedo tratar en la práctica lo que he estudiado teóricamente en seis años en las aulas.

El cansancio es a menudo mi compañero durante los turnos de doce horas, pero no dejo que se interponga en mi rendimiento. Intento mantener mi cuerpo y mi psique preparados para afrontar el milagro del nacimiento y la fatalidad de la muerte prematura de un bebé o de su madre y, en el peor de los casos, de ambos.

Al final de un turno emocionalmente agotador, cuando una vida se ha ido ante mis ojos, sólo quiero tumbarme en el pecho de Ben y contarle lo que ha pasado, pero soy consciente de que no puedo transmitirle la tristeza de una madre que ha muerto en el parto o de un bebé que ha nacido muerto. Sé que esto es un desencadenante para mi marido, e intento mantenerlo alejado de esta información todo lo que puedo.

A pesar de todo, con cada nacimiento, con cada vida que ayudo a traer al mundo, alimento el deseo de ser madre.

Hemos hablado de ello varias veces. También soy consciente del miedo de Ben a perderme, pero su amor por mí es tan intenso que se traga su miedo y acepta tener un hijo conmigo.

*

- Volveremos a intentarlo", me dice, besándome la frente mientras salgo del baño, envuelta en mi bata, sin decir una palabra, después de hacerme la sexta prueba de embarazo desde que terminé la residencia médica. - Tenemos tiempo de sobra.

Dejo que me acune entre sus brazos, me diga palabras cariñosas y me mime, mientras experimento el nacimiento de un sentimiento que me acompañará el resto de mi vida.

- Somos jóvenes", murmura Ben y se ríe, "al menos tú lo eres. Nos las arreglaremos para quedarnos embarazados, tengo fe.

Doy un paso atrás, saco la prueba del bolsillo de la bata y se la pongo delante. Solo cuando Ben abre los ojos me doy cuenta de la inmensidad de la sensación. Se apodera de cada célula de mi cuerpo y me convierte en la mujer más feliz y asustada del mundo.

Suelto una risa nerviosa mientras él se arrodilla frente a mí, me rodea la cintura con los brazos y me besa el vientre, musitando una oración que no oigo.

- Lia", susurra, "¿por qué me lo ocultaste?

Me paso las manos por su pelo rubio gris oscuro y le miro fijamente, rebosante de amor.

- Sólo lo oculté durante un breve instante -digo, sintiendo que me duele la garganta, sabiendo que estoy al borde de las lágrimas-. - Estaba intentando pensar en una forma llamativa de decírtelo.

Ben se ríe y vuelve a abrazarme el estómago.

- ¿Te acuerdas de nuestro primer viaje a Italia? - me pregunta, y yo asiento con la cabeza. - ¿Recuerdas cuando pensamos que estabas embarazada? ¿Te acuerdas de lo que más miedo me daba entonces?

Asiento con la cabeza, pero no quiero decir las palabras.

- Va a ser el embarazo más tranquilo que he tenido nunca, voy a trabajar menos y a cuidarme al máximo. No puedo prometerte lo que me pediste aquel día, pero sí puedo asegurarte que haré todo lo que esté en mi mano, que cuidaré mi salud y...

Bajo la cabeza, temblorosa, dándome cuenta de que soy responsable de una vida que crece dentro de mí. Jadeo, sintiendo caer la primera lágrima, y luego me toco el vientre, acariciándolo.

*

Ben sigue besando mi vientre mientras crece, ocupándose de todo lo que le pido, regalándome ropa de bebé, comida deliciosa y masajes en los pies, además de intensos orgasmos que funcionan como los mejores relajantes.

Está a mi lado cuando el bebé se mueve por primera vez, pero es tan débil que Ben no puede sentirlo.

Con el paso de las semanas, descubrimos que esperamos un niño.

Cada vez estoy más grande, y Ben siempre tiene sus manos acariciando mi vientre, hablando a nuestro hijito con cada patada.

Juntos elegimos el nombre de Nicolás, que significa victorioso.

Mi madre está muy ilusionada con el embarazo y Alicia, aunque está estudiando para el examen de acceso a la universidad, me acompaña a comprar todo el ajuar.

El CEO de la constructora La Roche no contrata a nadie para montar la habitación de Nicolas. La pinta él mismo, instala las molduras de escayola, el papel pintado y los muebles, mientras yo observo, con los pies hinchados y la espalda dolorida. A pesar de las crecientes molestias, que en las últimas semanas han empezado a dificultarme la respiración, sé que merecerá la pena.

Elijo la ropa de maternidad con la ayuda de Alicia, Carol y mamá terminan de hacer nuestras maletas.

Aunque quiero un parto normal, mi médico me sugiere una cesárea debido a las fluctuaciones de mi tensión arterial. Ben no me da la oportunidad de pensármelo; si hay riesgo, no me deja aceptarlo.

El día señalado, no puede ocultar su nerviosismo. Todos vamos al hospital, y él está conmigo en todo momento, cogiéndome de la mano mientras el obstetra me abre el vientre. De hecho, creo que soy yo quien sostiene su mano temblorosa.

Ben me besa cuando oímos el primer llanto. Hay tanta emoción que no puedo describirla con palabras.

- Es guapo -me dice Ben, que lo ve antes que yo. - Muy guapo.

Espero, agonizante, hasta que recibo a mi pequeño sobre mi pecho. Llora sin parar y apenas puedo ver que sus ojos se parecen a los de su padre. Lloro con él, pero mis lágrimas son lágrimas de felicidad, prometiéndole que le querré con todas mis fuerzas y para siempre.

- "Lo conseguimos, Ben", susurro, mientras la enfermera lleva a Nicolas a la primera consulta.

- Sí, ángel, lo hemos conseguido", dice, con lágrimas de alivio brotando de sus ojos verdes.

Ahora somos una familia completa.

Epílogo



Celebramos el primer mes de Nicolás el mismo día en que Alicia fue aprobada para estudiar literatura en la Universidad de París.

Aunque estábamos orgullosos, sentimos que se nos partía un poco el corazón al pensar que nuestra pequeña, que ahora tiene dieciocho años, se iba a vivir a otro continente. Ben puede disimularlo mejor que yo, pero sé que siente lo mismo.

Estoy amamantando a Nicolás, el bebé más guapo que he visto nunca, mientras Ben está al teléfono organizando los últimos detalles de la nueva casa de Alicia. Un búho, quiere asegurarse de todo, aunque Alicia le asegure que puede arreglárselas sola.

Pongo mi dedo en la mejilla de Nicolás, y él deja de chupar para mirarme, dedicándome una sonrisa desdentada, haciendo que mi corazón se llene del amor más puro y grande que jamás he sentido.

Ben cuelga el teléfono y se sienta a mi lado en la cama.

- Tengo que darte las gracias todos los días por darme este regalo", murmura, inclinándose para besar la cabeza de nuestro bebé.

Me muerdo la comisura del labio, sabiendo lo duro que fue para él pasar por el embarazo, lo asustado que debía de estar después de perder a tantas personas importantes en su vida. Pero él era fuerte y no dejaba traslucir sus sentimientos, permaneciendo a mi lado cada vez que lo necesitaba.

- Míralo por el lado bueno", le digo para animarle. - Podremos visitar a Alicia y recordar nuestra primera luna de miel.

- ¿Te acuerdas? - dice y se ríe, parece más relajado. - ¿Recuerdas tres días en los que

fingimos no querernos en la ciudad más romántica del mundo?

- Va a ser diferente -le animo.

Nuestra conversación se ve interrumpida por unos golpes en la puerta. Ben me dice que pase y aparece mi madre, elegante con su ropa de diseño, solo para darle un beso a su nieto antes de marcharse a la fábrica.

Estoy muy orgullosa de ella. Cuando se recuperó totalmente del accidente, empezó a coser en mi máquina. Como siempre estaba ocupada con la universidad, mi madre era la que me hacía la ropa, que se hizo famosa tanto en mi clase como en las redes sociales.

Empezaron a llegar los primeros pedidos. Carol empezó a ayudarla a confeccionar las prendas y, tiempo después, las dos decidieron abrir una empresa, que no ha hecho más que crecer desde entonces.

Me siento realizada, tengo la familia perfecta, conseguí especializarme en ginecología y obstetricia, vi a mi madre superar una relación de malos tratos, fui madre, tengo una hija de corazón que va a la universidad y estoy casada con el hombre más amable y atractivo del mundo.

No tengo más peticiones, sólo gratitud.

- Oye", le susurro a Ben, cuando volvemos a estar solos, Nicolás se ha dormido. - Hemos conseguido que una hija vaya a la universidad.

- Queda uno más", dice sonriendo, con el hoyuelo visible a pesar de no estar afeitado.

*

Renovamos nuestros votos antes de que Alicia se mudara a Francia. En el mismo lugar donde nos habíamos casado diez años antes, frente al mar, en casa de Raúl De La Roche, el suegro que, a pesar de todas mis expectativas negativas, me quería más de lo que nunca me había querido mi padre.

Llevo un vestido Off White, ajustado y largo, cosido por mi madre.

Una vez más, es ella quien me lleva por el pasillo entre los asientos. Estoy menos ansioso que la primera vez, e inmensamente más feliz. Ahora, amigos de la universidad, de la residencia médica, el personal de la clínica donde trabajo, así como mis pacientes y primos, llenan algunas de las filas de bancos.

Los malos sentimientos que me acompañaron durante nuestro matrimonio son cosa del pasado. Ahora me siento querida, acogida, y solo quien ha sufrido el rechazo sabe lo importante que es eso.

Al otro lado del pasillo me espera el hombre más guapo y delicioso del mundo, para que nos juremos una vez más que nos amaremos hasta que la muerte nos separe. En el primer banco,

Alicia está sentada con Nicolás dormido en brazos.

- Estás preciosa, mamá", susurra Alicia cuando paso a su lado. Emocionada, le doy un beso a mi eterna princesita.

Ben me recibe con un beso apasionado, ajeno a la gente que nos rodea.

Miro a mi alrededor, por fin disfruto de plena felicidad. Aún siento el roce del vestido contra mi piel, los alfileres en el pelo, pero ya me he acostumbrado al peso de los pendientes de diamantes. El mar y el cielo se besan, brillan intensamente, y el olor del aire marino ya no me adormece.

Es el tipo de felicidad que me hace pensar que estoy soñando, pero el hombre que tengo delante es real, y su sentimiento también.

Sufrí durante muchos años, pero el destino me regaló un puerto seguro, un marido, un compañero, un amante para toda la vida y la oportunidad de enterrar mi doloroso pasado.

Estoy tan feliz que no puedo contener las lágrimas.

- Ángel -susurra Ben, pasándome la mano por la cara. - Te quiero.

- Yo también te quiero, mi amor. Para siempre.



¡Queridas lectoras!

No tengo palabras suficientes para agradeceros por haber dado una oportunidad a mi historia, incluso cuando el español no es mi lengua nativa. Saber que habéis seguido cada página, que os habéis emocionado y que os habéis enamorado de Lia, Ben y Alicia significa muchísimo para mí. Vuestra compañía en este viaje hace que todo el esfuerzo valga la pena.

Gracias de corazón por vuestro apoyo, por cada lectura, cada mensaje y cada muestra de cariño. Sois increíbles.

Con todo mi agradecimiento,

Sil Zafia

@AUTORASILZAFIA

ARTHO: CLUB DE CANALLAS



Un Regallo Para el Ceo – leia aqui

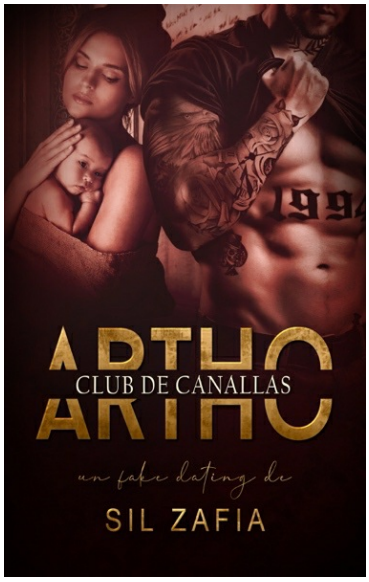
Anthony Hoffmann se ha dedicado al trabajo, las salidas nocturnas y los placeres fugaces desde que perdió a su mujer y a su hija en un terrible accidente. CEO de la empresa de marketing más famosa de la ciudad, todo iba bien hasta que descubrió que había perdido un contrato millonario que podría haber multiplicado su patrimonio simplemente por no estar casado.

Natalie Silva, una chica inocente y trabajadora de una pequeña ciudad, descubre por las malas que el “novio de sus sueños” es el jefe de una peligrosa facción criminal.

Anthony necesita una esposa falsa y Natalie arriesga su vida si no huye de su ex acosador.

Un acuerdo secreto y un matrimonio por contrato es la salida perfecta para ambos.

¿Qué pasará cuando estas dos personas que ya han sufrido tanto por amor tengan que vivir bajo el mismo techo y fingir en público que están enamorados?



ARTHO: CLUB DE CANALLAS

FAKE DATING, SLOW BORN, NEW ADULT, BAD BOY CON UN PASADO TRAUMÁTICO, PADRE SOLO, NIÑA ADORABLE, FOUND FAMILY, ROMANCE UNIVERSITARIO

Él es un canalla mujeriego, ella una virgen tímida. Son completamente opuestos, pero ambos tienen algo que el otro necesita desesperadamente.

Artho Becker es uno de los miembros del Club de Canallas. Veterano de la facultad de Derecho, su reputación de ligón irresistible está intacta, pero su fachada de músculos y tatuajes esconde peligrosos secretos.

Charlotte Castro es una estudiante de primer año, pero su vida social es un fracaso y nunca ha salido con nadie. Cuando empiezan a lloverle las invitaciones a las fiestas de moda del campus, la desesperación y la timidez se apoderan de ella.

Un acuerdo de *fake dating* es la salida perfecta y la única regla es no enamorarse.

Pero cuando los encuentros ficticios se vuelven más calientes y reales de lo que habían planeado, y el ardiente deseo consume sus cuerpos, ¿cuál de los dos será el primero en resistirse a la inminente tentación?

Deguste los primeros capítulos.



São Paulo - Capital

Sweater Weather de The Neighbourhood. Hacía siglos que no escuchaba esa canción.
Son las 16:16 de una tarde ajetreada.

Tamborileo con los dedos sobre el volante del Jaguar mientras espero a que el semáforo cambie.

Acelero en cuanto la luz se pone verde y tiro del nudo de mi corbata para aflojarlo. Estoy deseando llegar a casa, quitarme el traje y darme una buena ducha.

Quedé con mis cinco mejores amigos para vernos esta noche en el club nocturno que Nathan y Gabriel abrieron hace poco: el Club de Canallas. Hoy gané mucho dinero con un caso y tengo que celebrarlo. Además, el club está teniendo mucho más éxito del que esperaban los gemelos.

No puedo conducir mucho rato; otro semáforo se cierra y me detengo junto a la acera, frente a un restaurante italiano.

Veo a la gente cruzar la calle, pero algo me obstruye la garganta y me deja sin aliento al reconocer un rostro familiar.

Lleva un vestido negro y sandalias de tacón, su melena castaña ondea sobre sus hombros como la de una modelo en la pasarela.

Busco su nombre en mi memoria. No necesito más que unos segundos para recordarlo.
Mi pulso se acelera. ¿Qué hace aquí, en São Paulo? Paso por esta calle todos los días cuando recojo a mi hija del colegio, y nunca la había visto.

Se me cae la mandíbula. Había olvidado lo guapa que es.

— Lograste quedarte aún más…— murmuro, viéndola pasar frente al Jaguar—. Joder que buena esta...

— ¡Papá! — me reprende mi hija desde el asiento trasero.

— Lo siento, cariño — digo, tocando su mano sobre mi hombro, pero no puedo apartar los ojos de la mujer. Llega a la acera y entra en el restaurante.

El semáforo se abre y un coche toca la bocina detrás de mí, pero aún puedo verla a través de la ventana del restaurante. El corazón me empieza a doler como la última vez que la vi.

Lleno mis pulmones de aire. El coche sigue tocando la bocina.

— ¿Quién es, papá? — la suave voz de mi hija me devuelve a la realidad y acelero de nuevo.

— Es alguien que conocí hace muchos años, cuando estaba en la universidad, en Bento Gonçalves — murmuro.

Intento convencerme de que el pulso acelerado y el nudo en la garganta se deben a la sorpresa de encontrarla, ocho años después.

Dejarla fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Pero lo hice y conseguí olvidarla. Estoy seguro de ello.



Bento Gonçalves - Rio Grande do Sul

Sábado, 5 de agosto de 2017

El Bar Culture está a tres cuadras del Edificio Universitario. Hay muchos estudiantes fumando en la acera, con chaquetas con el emblema de la universidad y vasos de bebida en la mano. Puedo escuchar la música desde la calle.

Las paredes son de cristal y puedo ver las luces rojas del interior. *La luz roja me recuerda al cabaret*.

Raquel Mendes aprieta fuerte mi codo. Es mi nueva compañera de habitación, la persona con la que compartiré un minúsculo dormitorio durante los próximos años.

Tengo la cabeza gacha, estoy tan nerviosa por estar aquí que se me revuelve el estómago.

— Son los chicos más guapos de la universidad — dice en voz baja.

Hace unas horas me he trasladado de Santo Antônio das Missões, una pequeña ciudad de unos diez mil habitantes en el noroeste de Rio Grande do Sul, a Bento Gonçalves, en la Serra Gaúcha, donde voy a estudiar Derecho en la Universidad Federal.

Apenas tuve tiempo de deshacer la maleta y mi compañera de habitación ya había conseguido convencerme para venir a este bar que, según ella, siempre está lleno de universitarios.

Ya me arrepiento de haber aceptado. Me pasé toda la secundaria metida en los libros, luchando por conseguir una plaza en una universidad federal, y nunca había estado en un lugar como este.

Raquel vuelve a sacudirme el brazo, hasta que levanto la cabeza y lo veo de pie bajo la farola.

— Es Artho Becker —murmura Raquel cerca de mi oído.

Está a menos de dos metros de nosotros, llama la atención porque es uno de los tipos más altos de aquí y lleva una corona de laurel tatuada en el cuello. Aunque lleva una chaqueta de cuero, puedo ver que tiene hombros anchos.

Analizo su rostro durante unos segundos, pero me moriría de vergüenza si me descubriera mirando. Tiene un mentón bien formado y ojos marrones, y se ríe mientras habla con dos chicos gemelos.

— Cinco reales por el couvert —dice la recepcionista en la puerta, distrayéndome de Artho Becker.

Levanto las cejas. No sabía que tendría que pagar para entrar.

Tengo que administrar muy bien el dinero que me ha dado mi madre, o lo voy a pasar mal fuera de casa.

Quiere que me dedique a mis estudios en el primer semestre de universidad. Ha reunido un poco de dinero para mantenerme durante los próximos meses hasta que consiga unas prácticas relacionadas con el Derecho.

Saco un billete de cinco reales del bolsillo y pago a la recepcionista. Me pesa la conciencia, no es por eso que mi madre trabajó tanto en turnos dobles como cuidadora de ancianos, para que yo gastarlo todo el dinero en bares y discotecas.

Por la cara que pone Raquel cuando le da el dinero, gastar le duele en el bolsillo tanto como a mí.

Entramos en el pub y ahora soy yo quien le agarra el codo, con miedo de quedarme sola en medio de todos estos desconocidos.

— Esos son las universitarias que viven en el ático de lujo —me informa Raquel, haciéndome mirar a un grupo de chicas guapas y elegantes que están cerca de la banda —. Cuanto más dinero tiene tu familia, más alto es el piso que ocupas en el Edificio Universitario, y ellas son muy ricas. Hacen las mejores fiestas en nuestro edificio, pero nunca me invitaron.

— Los pisos más baratos siempre están en las plantas bajas— digo.

— Por eso vivimos en el segundo piso con el resto de la *plebe*, es lo máximo que nuestros padres

pueden pagar —dice Raquel.

Por su forma de vestir, me doy cuenta de que intenta disimular al máximo su clase social. Estudia moda y tiene una máquina de coser en su habitación. Me ha dicho que ella misma se hace la ropa.

La banda está tocando *Sweater Weather* de *The Neighbourhood*. Al menos la música es buena. Meto la mano libre en el bolsillo de los vaqueros, intentando controlar el temblor de ansiedad.

Soy la única chica en mi campo de visión que lleva pantalones rectos. Todas las demás que veo están con vestidos o minifaldas. Además, apuesto a que también soy la única que lleva zapatillas de correr y una camiseta de los personajes de película. No sé cómo Raquel se atrevió a salir conmigo vestida así.

Lleva una falda y una blusa rojas, un abrigo *oversize* negro y botas que llegan hasta la mitad de los muslos.

— ¿Vamos a comprar una bebida? — pregunta Raquel mientras me lleva hacia la parte más concurrida del bar.

No puedo gastar más dinero, pero la sigo de todos modos.

El lugar está lleno, y tardamos un rato en llegar hasta la barra. Ella susurra comentarios sobre cada una de las personas con la que nos cruzamos. Estoy demasiado nerviosa para prestar atención a lo que dice.

— ¡Ay, Dios mío, ¡Artho está en la fila! — dice, arreglándose el cabello rapidamente, y comienza a abrirse paso entre los jóvenes hasta llegar a donde quiere estar. La sigo con mi mano en su codo, chocando con los hombros de las personas.

Ella se lanza contra el chico que compra bebidas en la caja.

— ¿Artho? — dice, fingiendo sorpresa al verlo girarse —. Perdona, choqué contigo sin querer.

El chico, que antes estaba afuera con los gemelos, mira a Raquel y le guiña un ojo.

— No pasa nada— responde con voz grave.

— ¡Qué cliché! — susurro, riéndome de la escena, cuando me doy cuenta de que se está enroscando un mechón de pelo en el dedo, desplegando todo su encanto.

Debe de ser genial tener tanta confianza para ligar con los chicos. Yo, en cambio, siento el corazón acelerado solo de verla hablando con él.

— ¿Raquel Mendes, del curso de Moda? — le pregunta Artho, y ella asiente, contenta de que él sepa su nombre. — ¿Qué vais a beber?

— Cerveza — dice Raquel mientras le entrega un billete de diez.

— ¿Y tú? — pregunta Artho, mirando me rostro por primera vez y desviando la vista enseguida hacia mi camiseta —. *Bat... girl*.

Siento cómo mis mejillas se sonrojan por la atención que no esperaba recibir de él.

Meto la mano en el bolsillo buscando dinero, maldiciendo en silencio por gastar tanto en la primera noche.

— Una Coca-Cola— respondo con voz débil y le entrego un billete de diez.

El chico guapo y atlético compra las bebidas y nos devuelve el cambio. Doy un trago largo a la Coca-Cola fría, sintiendo cómo refresca mi garganta al bajar.

— ¿Has venido aquí solo para beber refresco, *Batgirl*? —bromea Raquel, guiñándome un ojo.

Ignoro su provocación y bebo unos cuantos sorbos más. Estoy avergonzada por mi simple camiseta de *Batman*. Todo el mundo a mi alrededor está bien vestido, y yo no encajo aquí. Agradezco en silencio que, aparte de Artho, nadie más haya reparado en mí.

La banda empieza a tocar una canción más animada, y escucho al tatuado invitar a Raquel a bailar.

— Ve, tranquila —digo cuando me lanza una mirada preocupada. Tengo miedo de quedarme sola, pero no puedo exigirle que esté a mi lado todo el tiempo.

No me gusta el sentimiento que invade mi pecho al ver a Artho y Raquel alejarse hacia los otros pares que están bailando.

Frunzo el ceño mientras los observo moverse al ritmo de la música. Ella baila muy bien, y sujetándose de la mano del chico, mueve las caderas con sensualidad, atrayendo las miradas masculinas a su alrededor.

Veo a los gemelos sonriendo a su amigo. El pelo rubio oscuro de Raquel se ondula al compás de

sus movimientos. Otras parejas empiezan a bailar, y yo me voy arrinconando cada vez más cerca de una columna de hormigón.

Aparto la mirada de ellos, dejo la lata de Coca-Cola sobre una mesa cercana y me quedo mirando a la banda tocar algunas canciones.

Las chicas ricas del ático están rodeando al vocalista con risitas y aplausos.
Es moreno, tiene el pelo largo hasta la altura de la barbilla y los ojos claros, además de que canta muy bien.

— Estás devorando a Victor con la mirada —escucho la voz de Artho Becker muy cerca de mi oído, y doy un respingo.

Llevo la mano al pecho mientras siento la sangre subir a mi rostro.

Raquel está colgada del cuello de Artho, pareciendo delicada entre sus brazos. Es varios centímetros más baja que él, incluso con sus botas de tacón alto. Noto que yo tampoco llego a la altura de los hombros de él.

— ¿Otra cerveza? —pregunta Artho.

— Claro —responde Raquel, entregándole el dinero.

Pongo los ojos en blanco; bien podría invitarle una bebida.

— ¿Otra Coca-Cola, *Batgirl*? — pregunta Artho.

Detesto cómo mi corazón se comporta de forma exagerada solo por recebir atención de un chico guapo. Me pregunto cómo mi compañera de habitación puede parecer tan tranquila.

— Es Charlotte — me armo de valor y digo mi nombre, ya que Raquel no nos presentó. Después me doy cuenta de que lo olvidará en el siguiente instante. — Todavía estoy bebiendo mi Coca-Cola.

— Artho está buenísimo, ¿no? —pregunta Raquel en cuanto Artho se aleja—. Además de guapo, dicen que aguanta toda la noche.

Abro los ojos de par en par y casi me atraganto, sorprendida por la naturalidad con la que habla.

— Y-yo no... —empiezo a tartamudear.

— Tendré que averiguarlo. ¿No te gustan los tatuados, Batgirl? —pregunta mientras me lanza

una sonrisa traviesa.

— Nunca he probado uno —confieso. La verdad es que nunca he estado con ningún chico, y ahora me siento fatal al saber que ella se irá con él y yo tendré que volver al piso sola.

Necesito disimular, no puede darse cuenta.

— Ahí viene —Raquel se muerde el labio perfectamente perfilado, pintado con un pintalabios nude.— Quiero follar hasta que salga el sol.

— Espero que lo consigas —susurro mientras me recojo el pelo en un moño alto.
Artho se acerca y me mira a los ojos mientras le entrega la cerveza a Raquel. Aparto la mirada rápidamente, pero alcanzo a notar ese aire de superioridad que tiene. Quizás vive en uno de esos pisos caros, vecino de las chicas de las que Raquel habló. Seguro que tiene pasta, un típico playboy.

Por lo menos, Raquel va a conocer un ático de lujo.

Se están besando a mi lado, y no puedo evitar ver cómo sus lenguas se entrelazan mientras Artho aprieta a mi compañera de cuarto contra su pecho y la levanta del suelo. Raquel encaja perfectamente entre sus brazos.

Desvío mi atención de la escena y noto que sus amigos gemelos me están mirando. Seguro que piensan: *la amiga rara haciendo de sujetavelas*. Esto me irrita tanto que consigo tragarme mi timidez y los miro fijamente, uno tras otro, hasta que dejan de mirarme.
Vuelvo mi atención a la pareja.

Vuelvo mi atención a la pareja.

La mano de Artho agarra el pelo de la nuca de Raquel, con el otro brazo, la mantiene pegada a su cuerpo. Sus labios se separan, él la coloca en el suelo y ella le pasa los dedos por su boca para quitar las marcas de pintalabios. Los dos se sonríen el uno al otro.

Me siento ridícula por desear que alguien me bese así. Además de que Raquel está siendo super maja conmigo, Artho no es el tipo de chico que besaría a una chica como yo.

Raquel se da la vuelta y agarra mi mano sin que lo espere. Mi corazón late aún más rápido cuando ella frota su pulgar contra el mío, porque mi mente fantasea con que me va a ofrecer a Artho, para que él también pueda besarme.

El pensamiento es tan absurdo que me deja sin aliento, me niego a mirar a Artho ahora. Aunque parecer un playboy arrogante, es muy atractivo y no estoy preparada para sorprenderlo mirándome, no con las cosas que me pasan por mi cabeza ahora.

— Tienes un precioso hoyuelo en el mentón, Charlotte— dice Raquel y me acaricia mi cálida mejilla—. ¿No es hermosa, Artho?

Mi pecho se mueve rápidamente con una respiración rápida. Tomo coraje y lo miro por un momento. Tengo que morderme la esquina interior de las mejillas para aliviar la tensión.

Artho me parpadea con su ojo marrón, pero no responde la pregunta.

Me siento transparente, como si las personas que me rodean, incluidos los gemelos entrometidos, supieran lo que acabo de imaginar.

Raquel saca el móvil del bolso y me arrastra para salir en un story de Instagram con los dos.

— ¿Cuál es tu arroba, Artho? — pregunta ella.

— No tengo Instagram — responde él. — Ni Facebook.

Ella lo mira perpleja.

— ¿Y cómo te relacionas con la gente?

— Así — dice, tirando de ella para darle otro beso.

Giro la cara, avergonzada, acalorada y ansiosa.

Noto que la banda ya no está en el escenario. Un DJ tomó su lugar. Los gemelos desaparecieron. Las chicas del ático también, probablemente fueron a una orgía. Todos juntos, incluido el vocalista.

— ¿Quieres salir a comer algo? — pregunta Raquel. — Artho tiene coche. Y este sitio se va a descontrolar con el DJ. Muchas drogas.

— ¡No, no! — niego rápidamente. — Id vosotros, estoy cansada del viaje, voy a volver al dormitorio.

Me alejo con la plena conciencia de que fue una pésima idea venir. Además de sentirme incómoda la mayor parte del tiempo, ya he gastado suficiente dinero por una noche.

Pero la pareja me sigue hasta fuera del Bar Culture.

— Te acompañamos hasta el edificio — dice Artho Becker cuando llego a la acera, lejos del ruido alto de la música.

— Ni pensarlo — respondo, elevando la voz por los nervios. — No hace falta.

— ¡Charlotte! — Raquel me lanza una mirada de advertencia.

— Id a divertiros. Puedo volver perfectamente sola, son solo tres manzanas.

— ¿Estás molesta porque voy a liarme con él? — mi compañera de cuarto susurra al acercarse a mi oído. — Es tu primera noche, podemos pasarla juntas. No lo necesito a él.

— No, Raquel. Ni de broma. Puedes irte tranquila — ruego y me alejo unos pasos, pero ellos me siguen.

— Acabas de llegar a la ciudad. No voy a dejar que vuelvas sola a casa después de robarle su amiga en tu primera noche aquí — se justifica Artho —. Es tarde, y a estas horas hay muchos borrachos por la calle.

Me muerdo la lengua al darme cuenta de que solo pareceré cabezota si sigo insistiendo.

— Está bien.

Dejo que Raquel se enganche de mi brazo. Artho camina a mi otro lado, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. La brisa fría despeina algunos mechones de su pelo castaño claro, que caen sobre su frente.

Miro nuestros pies. Artho lleva botas militares marrones, Raquel, sus botas negras, y yo, mis zapatillas de correr.

Ella apoya la cabeza en mi hombro y agarra mi brazo con fuerza hasta que llegamos a la entrada del Edificio Universitario, hogar de la mayoría de los estudiantes que vienen de otras ciudades para estudiar en la UFBG.

— ¿Seguro que quieres quedarte sola? — insiste.

Intento ser optimista, pero la verdad es que me molesta un poco que Raquel prefiera salir con él antes que pasar el resto de la noche conmigo, aunque digo que no me importa.

— Ve y diviértete — digo y le doy una sonrisa forzada.

— Tienes un precioso hoyuelo en el mentón, *Batgirl* —dice Artho.

Mi corazón se acelera con su cumplido. Esbozo una sonrisa tímida y les doy la espalda a ambos.

Dentro del cuarto, decido terminar de deshacer las maletas y organizar mi ropa gastada en el pequeño armario que ahora es mío.

La antigua compañera de cuarto de Raquel fue expulsada, y dejó algunos percheros que uso para colgar mis camisetas de personajes y la chaqueta de lona nueva que me regaló mi madre.

Me doy una ducha y me meto debajo de las mantas, en una de las dos camas individuales con cabeceras de hierro, la que está más alejada de la puerta.

Es la primera vez que voy a dormir lejos de casa. Echo de menos a mi madre y su abrazo protector.

Me doy la vuelta en la cama y trago el nudo que tengo en la garganta. No puedo llorar como una niña, ya estoy bastante mayor y tengo que aprender a valerme por mí misma. Solo que no pensé que sería tan solitario, que me sentiría tan fuera de lugar.

Mi corazón pesa al recordar a los gemelos, la forma en que me miraron mientras Raquel besaba a Artho, y pongo mala cara.
No soy encantadora ni deseable como las chicas que estaban en el bar. Sé perfectamente que no me visto bien y nunca he hecho ningún esfuerzo por cambiarlo.
Debe ser por eso que estoy dando vueltas sola en la cama un sábado por la noche, en plena flor de mis dieciocho años, mientras Raquel va a pasar la noche follando con Artho.

Todo el mundo habla de la belleza interior, pero al final, lo que realmente importa es el físico. Hasta yo quisiera tener un novio guapo y atractivo. No voy a ser hipócrita.

En medio de esos pensamientos autodestructivos, termino quedándome dormida.
Me despierto sobresaltada por un ruido en el cuarto. Escucho susurros. Intento enfocar la vista hasta distinguir a la pareja liándose cerca de la cama de Raquel.

— Eso no está bien —oigo murmurar a Artho Becker—. Charlotte se va a despertar.

¡Él acaba de decir mi nombre! No *Batgirl*, sino Charlotte, y suena tan… bonito en su voz grave.

— Está dormida —susurra Raquel en respuesta, mientras se quita la camiseta.

Dejé la luz del baño encendida para que no ella tropezara con los muebles al llegar, y por eso puedo ver cómo se despojan de sus ropas. Con cuidado, subo la manta hasta la cabeza, dejando solo los ojos al descubierto. Respiro con dificultad, y eso hace que mi corazón golpee con fuerza contra mis oídos.



Las cosas se ponen intensas mientras los observo bajo la tenue iluminación. El sujetador de Raquel cae, Artho se inclina hacia abajo y coloca su boca en uno de sus pechos. Hace ruido mientras él chupa. Raquel gime, y Artho murmura un *Shhh* para que se calle. Él sujeta sus muñecas cuando ella empieza a quitarle la camiseta, pero al final termina cediendo.

Nunca he visto a nadie teniendo sexo delante de mí. Sé que todos estamos mal. Ellos, por hacerlo mientras yo estoy en la habitación, y yo, por espiar sin que ellos lo sepan, pero no puedo cerrar los ojos.

Mi cuerpo se calienta como nunca.

La camiseta de Artho aterriza en el suelo, y puedo ver su cuerpo musculoso. Me esfuerzo por intentar verlo mejor, identificar los diseños tatuados en su piel, pero Raquel está delante.

Ella desliza los dedos por su pecho, su abdomen, y luego se arrodilla para desabrocharle los pantalones a Artho.

Me relamo los labios cuando ella empieza a chupárselo.

Es tan incorrecto que me hace arder por dentro.

Artho la pone de pie y murmura que deberían ir a otro lugar, pero Raquel lo agarra por el cuello hasta callarlo con su pecho en su boca. Las manos del chico empiezan a desabrocharle la falda. El resto de la ropa desaparece.

Estoy en shock cuando ella se tumba con las piernas abiertas sobre la cama.

Lo veo acostarse sobre ella. Raquel echa la cabeza hacia atrás y gime mientras él la penetra. Artho le tapa la boca con la mano y empieza a moverse despacio, entrando y saliendo. Quiero saber tanto qué se siente, que muerdo la manta con desesperación. Inconscientemente, mi mano derecha alcanza mi pecho. Cierro los ojos, pero pronto los abro de nuevo. Algo está pasando.

Miro a Artho y me quedo en shock al darme cuenta de que él también me está mirando. Mi mundo se desmorona.

Quiero apartar la mirada de sus ojos marrones, pero no puedo. Él sigue mirándome mientras se folla a Raquel.

No sé cuál de los dos es peor.

Pero, de repente, Artho se detiene. Ella parece haberse quedado dormida, y él empieza a levantarse de la cama. No quiero mirar su cuerpo, pero no puedo evitarlo. Recorro con la mirada cada centímetro de *él*.

De pie, Artho recoge su ropa y camina hacia el baño. Cierra la puerta, dejando la habitación a oscuras. Me quedo quieta, sin saber muy bien cómo procesar lo que acaba de pasar.

¿Me molesta que hayan empezado a follar mientras yo estaba en la habitación? ¡Sí! Pero me molesta mucho más que hayan parado.

Me siento una depravada. Más aún cuando Artho abre la puerta del baño y se queda bajo la luz. Su cabello castaño desordenado, sus labios entreabiertos, su cuerpo firme. Me está mirando fijamente.

— ¿Lo quieres? —le oigo susurrar.

Miro a Raquel, sintiendo cómo el sudor empieza a formarse en mi nuca.

— No se va a despertar —añade Artho.

Lo vuelvo a mirar y asiento con la cabeza una sola vez.

Él se acerca rápidamente, se mete debajo de las mantas y corre mi braguita a un lado.

No pienso en que esta es mi primera vez, ni en Raquel, ni en nada.

Muerdo su hombro cuando me penetra, sin siquiera besarme antes.

La cama cruje mientras él empieza a moverse. Quiero gemir, pero Artho cubre mi boca con su mano. Quiero cerrar los ojos e imaginar a otro hombre, pero todo lo que veo delante de mí son los ojos marrones de Artho, sus labios rosados y su cabello pegado al sudor en su frente. Me mira como si supiera exactamente lo que quiero.

No pienso en nada más. Solo abro las piernas para que él se hunda cada vez más en mí y dejo escapar gemidos ahogados contra su mano, hasta que...

Domingo 6 de agosto de 2017

— ¿No fue genial lo que hizo Artho contigo? —escucho la voz de Raquel justo cuando me levanto y voy camino al baño. La habitación está oscura, las ventanas tintadas están cerradas.

Siento mi piel arder y mi mente se embrolla con la avalancha de recuerdos de la noche anterior.

— ¿Qué hizo Artho conmigo? —murmuro con la voz afectada.

¿De verdad estuvo aquí en la habitación o todo fue un sueño ridículo? Si estuvo, ¿de verdad se metió debajo de mi manta? No puede ser tan canalla como para hacer eso. Y si fue real, yo soy aún peor por haber cedido.

— Sí, Charlotte. Ve al baño primero, luego hablamos —dice.

No tengo valor para darme la vuelta y mirarla. Doy unos pasos hacia el baño y cierro la puerta. Bajo la luz brillante, examino mi rostro y toco por encima de mis bragas.

¿Sabría si fue real? ¿Si realmente perdí la virginidad con el chico que estava saliendo con Raquel?

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —repito, sacudiendo la cabeza, negándome a aceptarlo.

Todo el mundo habla de la virginidad, pero nadie me dijo nunca cómo se siente al día siguiente.

No siento nada más que vergüenza. Aunque no haya pasado, me odio por haber soñado con él. No soy así, no voy deseando a los chicos con los que salen mis compañeras. Yo fantaseo con personajes literarios, superhéroes, actores de cine y músicos. No soy una roba-novios, nunca he sido besada por nadie. Soy estudiosa y no pierdo el tiempo preocupándome por chicos.

Respiro hondo, hago lo que tengo que hacer y vuelvo al cuarto. Intento mantener una postura recta, pero siempre he andado con los hombros caídos; es difícil empezar ahora con Raquel mirándome así.

— ¿Qué hizo Artho tan genial? —pregunto mientras me siento en el borde de mi cama. Mis ojos recorren la habitación buscando algún rastro de que realmente estuvo aquí.

— Insistió en acompañarte hasta aquí —dice mientras se sienta en su cama, con la espalda apoyada en el cabecero vintage—. Fue muy amable de su parte.

— Hunrum. Él… —murmuro. Aprieto el colchón de la cama e intento mirarla. Necesito aclararme la garganta con un carraspeo para continuar—. Él… ¿aguantó toda la noche, como esperabas?

La sangre corre rápidamente hacia mi rostro. No puedo creer que esté preguntando esto.

Raquel se ríe y pasa las manos por su pelo, que está desordenado. Aunque acaba de despertarse y la iluminación es tenue, aún puedo ver lo guapa que es.

— No, no aguantó toda la noche —disse mientras saca las piernas de la cama, camina hacia la ventana y la abre, dejando que la luz del día entre en la habitación—. En realidad, no pasó gran cosa después de que salimos de aquí.

— ¿No? —Ahora tengo más curiosidad.

— Compramos algo para comer y luego fuimos a una zona apartada del centro de la ciudad, donde la gente suele ir después de salir del bar. Ponen música en el coche, beben y fuman. Estaba lleno de universitarios, incluidos los amigos de Artho. Pero no pasamos mucho tiempo allí porque alguien lo llamó —explica Raquel, apoyándose en el escritorio y recogiendo su cabello en un moño—. Dijo que tenía una emergencia familiar y que debía irse, pero me trajo aquí antes.

— Ah —es todo lo que digo.

Intento imaginar cómo me comportaría rodeada de universitarios bebiendo y fumando. No puedo pensar en ningún escenario positivo para mí. En todos mis pensamientos, estoy demasiado tímida para interactuar con nadie. Fue inteligente por mi parte no haber aceptado ir con ellos.

— Pero estoy segura de que fue otra chica quien lo llamó —continúa Raquel—. Y me dejó para liarse con ella. Qué excusa más barata, ¡emergencia familiar!

— No veo por qué te dejaría para liarse con otra. Eres muy guapa —le digo con sinceridad—. ¿Te pidió tu teléfono? Quizás te llame hoy.

Raquel agita las manos y sacude la cabeza en señal de negación.

— No voy a volver a liarme con Artho. Besa muy bien y está buenísimo, pero apunté al nido y terminé acertando al pájaro equivocado.

— ¿Cómo? —pregunto, frunciendo mi ceño—. No entiendo.

— Es una expresión. El nido son los amigos, el pájaro es Artho. Digo que acerté al pájaro equivocado porque conocí a uno de sus amigos, mucho más interesante. Eros Giordano. Heredero del Grupo Editorial Giordano. ¿Has oído hablar de ellos?

— El apellido no me suena extraño —comento, pero no consigo recordarlo.

— Sus padres iban en ese jet privado que se estrelló hace unos años, cuando volaban de aquí a São Paulo.

— ¿Murieron? —pregunto, sorprendida.

— Sí, lamentablemente. Y Eros heredó toda la fortuna de la familia. Él, Artho y otros cuatro amigos viven en la casa de la familia Giordano; es como una especie de residencia de lujo. Nunca he estado allí, pero es lo que dicen.

— Esos gemelos son amigos suyos, ¿no?

— Sí, Natan y Gabriel. Además de ellos, están Dimitri y Lion. Son los seis hombres más deseados de la Universidad Federal de Bento Gonçalves.

— Entendi. ¿Y ahora quieres liarte con Eros? —pregunto.

— Aún no nos han presentado, pero no sería mala idea. Aunque él solo sale con chicas muy populares. No creo que él saldría con una del segundo piso del Edificio Universitario —dice, dejando escapar una risita.

Su situación económica es algo que le molesta mucho. Yo también odio no tener dinero para nada más que sobrevivir. Entiendo a Raquel.

— El caso es que ya no me interesa Artho. Mi objetivo ahora es Eros Giordano —dice, guiñándome un ojo.

Me siento aliviada al saber que ya no está interesada en Artho. No es que yo tenga algún interés en él, pero sería muy raro si estuvieran saliendo, considerando que tuve un sueño tan explícito con él.

Muerdo mi labio y me pregunto si sería mejor contárselo a Raquel, pero rápidamente descarto la idea. Fue solo un sueño sin sentido. No voy a molestarla con mis tonterías.

— Voy a la panadería a comprar pan para desayunar. ¿Ya viste la cocina compartida que hay en este piso?

— Todavía no —respondo. Empiezo a hacer la cama antes de que ella me lo pida.

— Tenemos una cocina por planta, desde el primer hasta el séptimo piso del edificio. Hay fogón, microondas, mesa y nevera, pero todos comparten el espacio. Si necesitas cocinar, tendrás que compartirlo con otros estudiantes. Lo bueno es que la mayoría de los universitarios viven a base de comidas del RU y fideos instantáneos. A menos que seas uno de los inquilinos de los pisos más altos, claro.

— ¿Y qué significa RU?

— Restaurante Universitario —informa Raquel—. Es donde todos comen durante la semana. Es súper económico, pero la comida es muy buena. Incluso los más ricos comen allí porque está dentro de la universidad.

— Entendido. ¿Las chicas del ático estaban allí ayer? ¿En ese lugar al que fuiste con Artho?

— Solo dos de ellas. Deberías haber ido.

— Estaba cansada. Además, no estoy acostumbrada a esos ambientes todavía. Me pongo nerviosa.

— Me dijiste, justo cuando llegaste, que eras tímida en el colegio, pero poco a poco te acostumbrarás —dice Raquel.

Está equivocada, estoy segura de eso.



Lunes, 7 de agosto de 2017

Debo confesar que mi intento de pasar desapercibida el primer día de clase en la universidad no tuvo éxito.

Llevaba unos vaqueros rectos, una camiseta gris con el símbolo de Mujer Maravilla en tonos oscuros y mi chaqueta de lona. Nada que pudiera llamar la atención de mis compañeros de clase, pero resulta que dos de los tres profesores con los que tuve clase pidieron que todos los alumnos se presentaran. Tenemos seis clases, dos seguidas de cada asignatura.

La primera vez fue un desastre. Tartamudeé y no tenía nada interesante que contar sobre mí, aparte de mi nombre, edad y de dónde vengo.

Para colmo, en la cuarta clase, en la asignatura de Economía Política, Artho Becker entra al aula llevando un casco negro y una mochila em su espalda. Las sillas están dispuestas en un círculo, hay un chico inquieto sentado a mi izquierda y la silla a mi derecha está vacía. Artho elige un asiento a siete plazas de distancia de mí.

Me quedo impactada al verlo. Raquel no me había hablado de qué carrera estudiaba, y jamás imaginé que sería precisamente Derecho.

Mientras la profesora Claudia Schmitz se presenta al grupo, trato de no pensar en aquel sueño. Sin embargo, cuanto más intento apartar la escena de mi mente, más vívido se vuelve. La forma de su cuerpo aparece en mi mente, el contorno de sus músculos y la suavidad de su piel me hacen jadear.

Artho es el tercer estudiante al que Claudia le pide que se presente. Se levanta frente a su pupitre y comienza a hablar con seguridad, como si no tuviera miedo de nada ni de nadie.

Esto es algo que debo trabajar en mí lo antes posible. Quiero ser jueza, y la timidez no tiene lugar en ese camino.

Observo su rostro mientras habla. Su voz es grave y envolvente, del tipo que podrías escuchar durante horas.

— Me llamo Artho Becker, tengo veintidós años, soy estudiante del octavo semestre de Derecho y hago prácticas en el Registro Judicial desde el quinto. En el primer semestre no me matriculé en Economía Política porque tenía algunos problemas personales, así que me incorporé a esta asignatura ahora.

Mis ojos se fijan en su nuez de Adán mientras habla, moviéndose sobre la piel suave de su cuello, donde está tatuada la corona de laurel.

Me imagino cuánto le habrá dolido hacerse un tatuaje en esa zona y me pregunto si tendrá más diseños grabados en su piel, debajo de los pantalones negros, la camiseta de algodón y la chaqueta de cuero.

Rápidamente me culpo por mirarlo con tanto deseo. Aunque las cosas con Raquel no funcionaron, sigue siendo raro.

— Si no me equivoco, aprobaste en primer lugar en el examen de ingreso a Derecho en 2014 — comenta la profesora Claudia, dejándome aún más boquiabierta.

Escucho a algunas de las pocas chicas del aula murmurar “wow” tras la información. Artho Becker echa un vistazo a algunos de los estudiantes, pero no a mí. No me ve aquí, no me reconoce del Bar Culture, es como si yo fuera invisible.

— Sí, yo mismo —responde con una sonrisa de lado, muy encantadora, que hace que las mismas chicas que comentaron “wow” comiencen a cuchichear.

Él parece darse cuenta, porque saca pecho y levanta el mentón, animado por ellas.

Frunzo el ceño. Quiero decirles que no lo miren así, porque está saliendo con Raquel y eso no está bien. Pero Raquel ya me dijo que no quiere nada con él, así que, ¿por qué estoy tomando sus dolores?

Recuerdo a ese tal Eros y me pregunto qué tendrá, aparte del dinero, para llamar más la atención que Artho.

Antes de terminar su presentación, Artho me echa una rápida mirada y la comisura izquierda de sus labios se curva en una sonrisa que hace que el aire se quede atrapado en mi garganta. Parece haberme reconocido. Quizá no soy tan invisible después de todo.

Artho vuelve a sentarse y empieza a golpear su cuaderno con el bolígrafo mientras escucha las presentaciones de los demás estudiantes.

Cuando llega mi turno, respiro hondo y me pongo de pie. Trato de ser lo más breve posible para sentarme rápido. Los alumnos no comentan nada sobre mí, pero siento los ojos de Artho clavados en mí todo el tiempo.

Cuando regreso a mi asiento y otro alumno se pone de pie para presentarse, veo que Artho se levanta de su lugar y se acerca a mí. ¡Maldita sea! Coloca el casco y la mochila en el suelo, entre sus pies, se acomoda en el borde de la silla vacía a mi lado, dejando las piernas estiradas, casi tumbado, y sigue golpeando el cuaderno con el bolígrafo.

Siento mis latidos retumbando en mis oídos.

— Hola, *Mujer Maravilla* —murmura inclinándose hacia mí, tan cerca que puedo sentir su olor: una mezcla atractiva de hierbas, madera y menta.

Paso la lengua por mi labio inferior y clavo las uñas en las palmas de mis manos en un intento inútil de reducir la tensión que estoy sintiendo.

Pienso en decenas de cosas para decirle, como “felicidades por sacar el primer lugar en tu ingreso,” “me gusta tu tatuaje,” “no imaginaba encontrarte aquí,” “hola, señor guapo, ¿qué tal?” Pero lo único que consigo murmurar es un tímido *hola*.

— Te gustan mucho los superhéroes —comenta en voz baja.

Cierro la cremallera de mi chaqueta rápidamente y empiezo a golpear mis zapatillas negras contra la pata de la silla, en un gesto de ansiedad, temiendo que Artho se dé cuenta de que me he sonrojada por su comentario.

El último alumno ya se ha presentado y la profesora Claudia Schmitz vuelve a dar su clase.

No respondo a lo que dijo Artho, y él no vuelve a hablar hasta el final de la clase. Sin embargo,

soy consciente de sus miradas a mi caligrafía. También lo observo de vez en cuando: es el chico más guapo de aquí, además, es interesante mirar el tatuaje de su cuello cuando se mueve, pero intento no dejar que lo note.

Cuando la profesora se va del aula, un grupo de alumnos de segundo curso entra y empieza a hablar sobre la tradicional fiesta de bienvenida a los novatos, que se organiza cada semestre. Explican que necesitamos pagar treinta reales para la comida y bebida, y que la fiesta será el sábado, en una finca.

— La presencia de todos es obligatoria —bromea una chica pelirroja con una sonrisa simpática hacia Artho al verlo sentado a mi lado. También me mira a mí, se acerca a mi mesa y me entrega una hoja de papel—. Firma tu nombre. Puedes pagar los treinta reales hasta el jueves.

— No sé... —murmuro. Ir a fiestas no estaba en mis planes, mucho menos gastar esa cantidad.

— No te la puedes perder, es la fiesta más importante para los novatos —insiste la pelirroja—. ¿Verdad, Artho?

Observo cómo su simpatía aumenta al mirar a Artho. Debe ser el chico más popular de la carrera de Derecho.

— Firma, Mujer Maravilla, no te vas a arrepentir —me dice con el mismo tono grave que en mi sueño, sin mirar a la chica, solo a mí.

— Vamos, Mujer Maravilla —incentiva la chica.

Exhalo por los labios. No puedo creer que, gracias a Artho, ya tengo un apodo en mi primer día en la universidad.

Escribo mi nombre en la hoja y respiro hondo otra vez.

— Ya tenemos la firma de Mujer Maravilla. Vosotros no os vais a quedar fuera, ¿no? —bromea la pelirroja en voz alta para que toda la clase la escuche—. Pero recordad que solo los estudiantes de Derecho pueden participar en la fiesta. Nada de traer amigos o novios de otras carreras.

— ¿Mujer Maravilla? —escucho que pregunta uno de los alumnos de segundo curso que entró con ella.

Mi rostro arde de vergüenza. Necesito conseguir ropa nueva urgente.

— ¿Sabías que el apodo que te ponen el primer día de clase te acompaña durante toda la carrera?

—me susurra Artho—. No te pongas roja. Será mejor que te acostumbres.

¿Cómo puede ser tan arrogante? Ahora todos me están mirando. *¡Qué maravilla!*

— ¿Cuál fue el apodo que te pusieron a ti el primer día? —No puedo ocultar la irritación en mi tono de voz.

— Yo no era tan popular como tú —responde con una sonrisita pretenciosa, mostrando sus dientes blancos y perfectos. Noto que sus caninos son puntiagudos y destacan. Si no fuera tan insolente, podría fácilmente tener un crush por él.

— ¡Me llamo Charlotte! —le corrijo.

— Cuanto más demuestres que te molesta, más te provocarán.

Revuelvo los ojos. Estoy cansada y aún tengo otra asignatura antes de almorzar.

Los veteranos esperan las firmas mientras asignan apodos a los demás estudiantes conforme firman la lista.

Meteoro de la Pasión para el chico inquieto a mi lado, que recuerda vagamente al cantante Luan Santana; *Piruleta* para una chica de cabello rizado que está chupando un caramelo; *Burguesita* para la estudiante más arreglada de la clase, que vi caminando con las chicas del ático; *Pinscher* para un chico que ya conocía a los veteranos y tiene fama de ser pendenciero.

— Ahora Mujer Maravilla no parece tan malo, ¿no? —murmura Artho antes de levantarse para salir del aula.

Quiero preguntarle si irá a esa fiesta, pero termino quedándome callada.

El profesor de Introducción al Estudio del Derecho I entra al aula y se presenta brevemente mientras borra la pizarra. Me cae bien porque no insiste en que nos presentemos otra vez.

Después de clase, sigo a un grupo de estudiantes hasta el Restaurante Universitario, que está aproximadamente a seiscientos metros del Sector de Humanidades I. El campus de la UFBG es mucho más grande de lo que imaginaba. Quizá incluso más grande que mi antigua ciudad, Santo Antônio das Missões.

Veo a los alumnos de mi clase unos metros más adelante, conversando, haciendo amigos, y me pregunto cómo sería si realmente fuera a esa fiesta.

No es que sea antisocial. Me gustaría integrarme y sé que lo necesito para mi carrera, pero todavía no sé cómo manejarlo. No sé cómo acercarme a la gente y entablar conversación, como Artho lo hizo conmigo. Y cuando vienen a mí, me siento tan avergonzada que apenas hablo.

Soplo un mechón de mi cabello, frustrada conmigo misma, y siento vibrar el móvil en el bolsillo de mi abrigo. Lo saco y leo un mensaje de Raquel preguntando si ya estoy camino al restaurante.

Me apresuro y la encuentro en la fila de entrada.

— Te guardé un sitio —dice con una sonrisa amable.

¡Qué alivio encontrar una cara conocida! Incluso puedo sentir cómo mis hombros se relajan cuando me abraza.

— ¿Qué tal fue tu primer día? —pregunta con curiosidad.

— Están organizando una fiesta para los novatos del curso.

— Es una tradición. Cada carrera tiene su fiesta en la primera semana. ¿Te ayudo a arreglarte? —ofrece, mirándome de pies a cabeza, probablemente juzgando mi elección de ropa—. Puedo coser algo para ti, ¿qué te parece?

Avanzamos unos pasos mientras la fila se mueve. Lleva un vestido de lino marrón, las mismas botas del sábado, medias de lana y un abrigo estructurado.

— ¿Este abrigo lo hiciste tú? —pregunto, tocando el cuello perfectamente confeccionado.

— Sí, pero no cambies de tema. ¿Te ayudo?

— No voy a esa fiesta —respondo, sorprendida de que no sea evidente.

— ¡Claro que vas! —dice Raquel con el ceño fruncido—. Es la fiesta más importante para los novatos. Te arrepentirás si no vas. Es la oportunidad perfecta para hacer amigos.

— Solo es una fiesta —murmuro, avanzando unos pasos más hasta llegar al mostrador donde están las bandejas—. ¿Fuiste a la tuya el semestre pasado?

— ¡Por supuesto!

— ¿Y dónde están los amigos que hiciste allí? —pregunto, con un toque irónico. No suelo ser tan directa con alguien que conozco desde hace poco, pero Raquel me hace sentir cómoda.

— Son unos snobs. Es una competición de quién se viste mejor o quién diseña la ropa más impresionante —dice, poniendo los ojos en blanco—. Una competencia ridícula. Me llevo bien con todos, pero no tengo vínculos reales con ninguno.

— No entiendo cómo alguien podría diseñar o vestirse mejor que tú —comento mientras me acerco al autoservicio y coloco en mi plato arroz, frijoles, ensalada, farofa, carne guisada y patatas fritas—. ¿La comida siempre es tan buena?

— Es perfecta. Por cinco reales, es lo mejor que encontraremos y encaja en nuestro presupuesto.

Asiento. Elegimos una mesa en el centro del comedor y nos sentamos.

— ¿Y qué tal las clases? ¿Hay algún chico guapo en tu grupo? —pregunta con curiosidad.

— No, pero el tuyo chico sí estaba allí.

— ¿Quién? ¿Eros Giordano?

— No, Artho Becker —respondo—. Y hablando de él...

Estoy mirando hacia la puerta y señalo con el mentón al grupo de seis chicos que pasan con sus bandejas hacia la mesa del fondo. Artho lleva el casco colgado del codo y la mochila en un hombro. Esboza una sonrisa de medio lado y me guiña un ojo al pasar.

— Hola de nuevo, Mujer Maravilla —murmura en voz baja. En el bullicio del comedor, solo entiendo lo que dice porque leo sus labios—. Raquel.

Artho asiente para saludarla. Ella le devuelve una sonrisa breve, muy distinta al gesto coqueto que le dirigió el sábado.

Desde donde está sentada, Raquel puede observar directamente la mesa donde están ellos.

— Es difícil elegir cuál es el más guapo.

— ¿Sabes quiénes son todos? —pregunto.

— Artho ya lo conoces. Eros es el rubio de cabello corto y labios carnosos —me explica, y asiento al identificarlo—. Los gemelos son Natan y Gabriel. El de cabello castaño y piel bronceada es Lion, tiene un león tatuado en el brazo. El más serio, con ojos muy azules, es Dimitri. Es un grupo impresionante, ¿no?

— Lo es. —No puedo evitar estar de acuerdo. Son el tipo de chicos que una introvertida como yo

solo mira desde lejos.

— Volviendo al tema de la fiesta, vas a ir, y yo voy a coser un vestido bonito para que lo lleves —insiste.

— Raquel, ni siquiera sé si tengo dinero para pagar la entrada, mucho menos para comprar tela. El dinero que mi madre me manda está calculado: alquiler y comida. Mientras no consiga unas prácticas, tengo que controlar mis gastos al máximo.

— Eso no será un problema. Tengo algunas telas en casa. Luego me compras otras cuando consigas algo de ingresos. Todo saldrá bien, Charlotte. Mi padre también solo me manda lo justo para no pasar hambre. Tengo que comer bien al mediodía y dividir un ramen en dos cenas para poder comprar mis telas —explica.

— Te esfuerzas tanto y aun así quieres compartirlas conmigo —digo con un nudo en la garganta. Nunca he tenido a nadie, aparte de mi madre, que hiciera algo así por mí—. No puedo aceptarlo.

— ¡Claro que puedes! —insiste—. No te preocupes por mí. Esta misma tarde repartiré currículums por ahí. Pronto tendré más dinero. Y tú vas a esa fiesta.

Enderezo los hombros y corto un trozo de carne.

— No sé si te has dado cuenta, pero no soy muy extrovertida —admito, haciendo una mueca—. Si pudiera llevarte conmigo, incluso haría un esfuerzo por ir, pero solo es para estudiantes de Derecho.

— ¡Claro que sí! —insiste ella—. No te preocupes por mí. Esta misma tarde repartiré currículums por ahí. Pronto tendré más dinero. Y tú irás a la fiesta.

Enderezo los hombros y corto un trozo de carne.

— No sé si te has dado cuenta, pero no soy muy extrovertida —admito, haciendo una mueca—. Si pudiera llevarte conmigo, incluso haría un esfuerzo por ir, pero es solo para estudiantes de Derecho.

— Claro, las fiestas de bienvenida siempre son exclusivas para los alumnos del curso.

— No voy sola ni de broma. Sería una tortura para mí —confieso—. Pero gracias por el apoyo.

— No tienes que ir sola. La mayoría de los alumnos de tu clase son chicos, ¿no? —pregunta, y yo asiento—. ¿No hay alguna chica con la que hayas hablado y congeniado?

— Somos cinco chicas contando conmigo. Vi a una de ellas andando con las chicas del ático. Las otras tres se sentaron cerca unas de otras. No hablé con ninguna.

Raquel muerde el borde de su labio rosado mientras sus ojos azules recorren la mesa, pensativa.

— Tengo una idea —dice, levantando el dedo índice. Luego se inclina hacia la mesa donde están sentados los seis chicos—. Artho, ¿puedes venir un momento?

Abro los ojos como platos.

— Vas a ir a esa fiesta acompañada por uno de los hombres más deseados de la facultad — susurra Raquel, dirigiéndose a mí.

Mis ojos están a punto de salirse de las órbitas cuando él se levanta y camina hacia nuestra mesa.

— *No, no, no, no, no, no, no* —empiezo a murmurar, sintiendo el corazón golpeándome en el pecho—. No sé qué tienes en mente, pero la respuesta es no.

— Relájate, *Batgirl* —bromea, guiñándome un ojo azul. Odio cómo tienen esa facilidad para guiñar así; yo jamás tendría ese descaro.

Artho se detiene junto a nuestra mesa. Me siento pequeña, frágil y transparente. No tengo la estabilidad emocional para enfrentarlo ahora.

— Siéntate —le dice ella, adoptando una postura seductora, dándole una palmadita en el asiento a su lado y mordiéndose el labio.

Él obedece. Mi estómago está helado, pero siento que podría derretirme en la silla.

— Necesito un favor tuyo —dice Raquel con el mismo tono que usó cuando chocó con él en el bar.

Veo cómo levanta el mentón, con toda la actitud de un bad boy.

— ¿Qué favor? —pregunta.

Me limito a mantener la cabeza baja mientras revuelvo la comida en mi plato con el tenedor. Acabo de perder el apetito porque mi estómago está lleno de mariposas.

— Necesito que acompañes a Charlotte a la fiesta de Derecho. Yo iría con ella, pero es solo para alumnos del curso —explica Raquel.

Trago saliva. Soy incapaz de levantar la cabeza. Deseo que la tierra me tragara en este instante.

— No voy a esa fiesta. Tengo un compromiso —rechaza él, haciendo que mi vergüenza se duplique.

Quiero pedirle a Raquel que se detenga, pero ni siquiera puedo hablar.

— ¡Vamos, Artho! ¿Qué compromiso tienes? —pregunta Raquel.

— Trabajo el sábado —responde él.

— ¿Y no puedes faltar? —insiste ella.

— De ninguna manera —contesta Artho.

— Por mí —susurra Raquel, haciendo un puchero. Veo que él desvía la mirada de ella y me observa por un instante.

— Necesito el dinero —confiesa él—. No puedo faltar.

— Te deberemos un favor. Incluso te pagaría si pudiera, pero no tengo dinero —añade Raquel, dándome la estocada final.

Quiero desaparecer de tanta vergüenza. Me siento inútil, como si fuera alguien tan indeseable que una amiga tiene que suplicar a un chico para que salga conmigo.

Pero no es solo cómo me siento, es la realidad.

— ¿Puedo cobrarlo cuando quiera? —pregunta él con su tono de voz grave, *igual que en mi sueño.*…

Ambos se quedan en silencio, y me doy cuenta de que están esperando mi respuesta.

Respiro hondo y trato de blindarme para no sentir más emociones. Luego levanto la cabeza y lo miro.

— No necesitas acompañarme. Ni siquiera quiero ir —murmuro, encogiéndome de hombros—. Es ella quien insiste.

— Es una fiesta importante —dicen los dos al unísono.

— Solo es una fiesta, no va a influir en las notas —respondo con más claridad.

Artho me mira fijamente, su pelo castaño cae sobre su frente, y casi parece adorable ahora.

— Tú también necesitas divertirte. No todo es estudiar —dice, haciéndome creer por un momento que se preocupa por mí. Luego se mueve en la silla y saca el móvil del bolsillo de sus pantalones—. Dame tu número, intentaré arreglar algo. No quiero que te pierdas la fiesta.

Paso la lengua por mi labio seco y extiendo la mano para coger su teléfono. Noto una marca de tatuaje que asoma por su muñeca, bajo la manga de la chaqueta, y trago saliva, consumida por la curiosidad de ver más de su cuerpo.

La pantalla está desbloqueada, y veo la foto de un hombre sin camiseta, lleno de tatuajes, sosteniendo contra su pecho a una bebé con un lacito rosa en el pelo.

Abro los ojos de par en par. ¡Es él!

Pero, ¿quién es la niña?

Antes de que Artho se dé cuenta de que estoy mirando, abro la agenda y marco mi número. Pulso en "añadir nombre" y escribo: Charlotte Castro.

Le devuelvo el móvil y él me mira con una sonrisa torcida que deja ver su canino puntiagudo.

— Sabes que voy a cambiar el nombre por Mujer Maravilla, ¿no? —bromea.

Pongo los ojos en blanco.

— No necesitas faltar al trabajo para llevarme —digo, recogiendo la poca dignidad que me queda—. No necesito un acompañante.

Su sonrisa se amplía aún más.

— Nos vemos en la clase de Economía Política —dice, mirándome directamente, y luego se vuelve hacia Raquel. Por un segundo, pienso que la va a besar. No sé por qué esa idea me molesta. — Hasta luego, Oiapoque.

Raquel gruñe.

— Ese es uno de los motivos por los que no vamos a seguir quedando —me dice, con furia en los ojos—. Me llamó Oiapoque el resto de la noche después de que salimos del bar.

Artho se levanta con una sonrisa amplia.

— Fue el apodo que te pusieron en tu primer día de clase —dice antes de regresar a su mesa.

— ¡Ugh! —gruñe Raquel de nuevo—. ¿Y tú te ríes?

— No te molestó cuando él me llamó Batgirl —me defiendo, feliz de haberme relajado tras la humillación—. ¿Por qué *Oiapoque*?

— Es la ciudad más al norte de Brasil, y yo soy de Chuí, la ciudad más al sur. Dos veteranos de mi curso solo me llaman así.

— Tengo que darle la razón a Artho. Mujer Maravilla no parece tan malo ahora —bromeo, dándole un codazo en la pierna.

Ella pone los ojos en blanco, pero sigue comiendo.



Lunes, 7 de agosto de 2017

Noté cómo Eros estuvo durante todo el tiempo que estuve en la mesa con las chicas, en el Restaurante Universitario. Él es malhumorado por naturaleza, pero hoy en el almuerzo estaba especialmente irritado.

No habría besado a Raquel Mendes, del curso de Moda, si supiera que mi mejor amigo tenía un interés por ella. Pero es tan reservado que ni siquiera lo deja claro conmigo. ¿Cómo iba a adivinarlo?

Por lo menos lo entendí a tiempo y dejé de liarme con Raquel antes de ir a la cama con ella. Habría sido mucho más incómodo. Pienso en eso mientras organizo algunos documentos en el archivo del Juzgado, donde trabajo de lunes a viernes, de la una a las seis de la tarde.

Aprovecho que nadie me está mirando y alcanzo el móvil que dejé en un estante. Abro WhatsApp, ignoro las notificaciones nuevas, todas de chicas de la facultad, y escribo el nombre de la novata en la barra de búsqueda, solo para ver cómo está su foto de perfil. No me sorprende ver que no tiene imagen; Charlotte debe haber configurado su privacidad para que solo sus contactos la vean. No tiene mi número.

Cambio su nombre al apodo de Mujer Maravilla, luego bloqueo la pantalla y vuelvo al trabajo. Solo cojo el móvil otra vez cuando estoy subiéndome a la moto para irme. Veo que tengo tres llamadas perdidas de mi padrastro.

No había quedado con él para trabajar hoy como su ayudante, pero nunca rechazo un encargo. Tengo muchos gastos y estoy ahorrando para viajar a final de año.

Me pongo el casco y acelero a toda velocidad hacia la construcción donde Celso Weber trabaja como albañil. No he traído ropa vieja y no puedo ensuciar mi camisa nueva con cemento, mucho menos la chaqueta, así que me las quito aún en la moto. Hace frío al comienzo de la noche, pero cargar sacos de cemento y tablas pronto hará que entre en calor.

— Deja eso, chico —grita Celso en cuanto me ve llenando la carretilla de cemento bajo la luz del reflector—. No te llamé para eso.

Dejo la pala en el suelo y me sacudo las manos. Su tono de voz me pone en alerta.

— Es tu madre —dice mi padrastro, y algo se revuelve dentro de mí.

— ¿Qué pasa con ella? —pregunto. De repente, el aire se vuelve aún más frío.

— Ha vuelto a beber —Celso no se anda con rodeos—. Parece que se quedó fuera de combate toda la tarde y la niña estuvo llorando durante horas.

Sus palabras me hacen sentir un nudo en la garganta. Me acerco a la moto con pasos largos, tiro la camisa dentro de la mochila y me pongo solo la chaqueta. Celso me sigue.

— ¡Mierda!, es lunes —murmuro.

— Fui allí por la tarde porque una vecina escuchó el llanto y me llamó. La calmé, le di de comer y desperté a tu madre, pero no pude quedarme mucho rato. Estoy atrasado con esta obra.

— ¿Fue solo por el alcohol o también tomó algo más?

— No lo sé —responde mi padrastro—. Tú deberías darte cuenta mejor que yo.

Asiento antes de ponerme el casco. Acelero aún más hacia el barrio más alejado de la ciudad, donde Celso, Ayla y mi madre viven en una casa pequeña pero ordenada, que mi padrastro construyó.

Durante todo el trayecto, temo encontrar el coche de los servicios sociales aparcado frente a la casa. Me aterra pensar que puedan quitarle a Ayla.

Para mi alivio, no hay ningún coche.

Me bajo de la moto y entro apresuradamente. Encuentro a la niña de dos años y medio toda llena de dibujos hechos con los rotuladores de colores que le compré la semana pasada. Está dibujando algo parecido a un bigote verde en la cara de mi madre, entre un desorden de juguetes y ropa

esparcida por la habitación.

— Mi princesita —digo mientras la levanto en brazos.

— ¡*Tutú!* —grita emocionada al verme.

Mi madre está inconsciente. Quiero gritar, quiero insultarla, sacudirla hasta que despierte, pero sinceramente estoy cansado de lidiar con esto.

Me dejo caer al suelo con Ayla en mi regazo, intentando pensar con claridad, buscando algo que pueda hacer en esta situación.

— Tutú, quielo mi bebé —pide Ayla, agarrando mi rostro con sus manitas llenas de garabatos. Me mira con sus grandes ojos azules y brillantes.

— ¿Tienes hambre? —le pregunto con un nudo en la garganta.

Ella asiente con la cabeza, y beso su mejilla regordeta.

No tengo tiempo para pensar demasiado. Me levanto y voy a la cocina a preparar el biberón como a ella le gusta. Encuentro el fregadero lleno de platos sucios y respiro hondo, pero cuando abro la lata de cereal y la encuentro vacía, pierdo lo poco que me queda de paciencia.

Abro de golpe la puerta de la nevera y no encuentro los yogures ni los zumos que le gustan a Ayla, mucho menos las frutas y verduras.

— ¡Joder, mamá! —grito, asustando a la pequeña en mis brazos.

— Jo... —empieza a repetir Ayla, pero la interrumpo.

— He dicho José y, aun así, no quiero que aprendas estas cosas —le digo mientras vuelvo al salón—. ¡Mamá! —la llamo, sacudiendo sus hombros.

Abre los ojos y me mira asustada. Su pelo rubio está hecho un desastre, su rostro amodorrado, y ese bigote verde aún sigue ahí.

— ¿Dónde está la comida de Ayla? —le pregunto directamente—. Te di dinero el sábado, te lo puse en la mano para que compraras sus cosas. ¿Qué pasó?

— ¡Hola, Artho! —responde mientras se sienta y se frota el rostro.

— Hola, Artho, ¡mis narices! —empiezo a gritar de nuevo, pero me controlo. No quiero que

Ayla repita.

— ¿Por qué no compraste su comida? Se acabó el cereal y ella quiere el biberón.

— Le debía dinero a alguien —se justifica.

— ¿A quién?

— Sabes perfectamente bien, no hace falta que te lo diga.

Coloco a Ayla en el sofá junto a ella y le tapo sus pequeñas orejas. Si no suelto un par de improperios, voy a explotar de rabia.

— ¿Usaste el dinero de la comida de la niña para pagarle a un maldito traficante? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Es retórico. — Mamá, por el amor de Dios. Sabes perfectamente lo que nos ha pasado antes por culpa de las drogas. ¿Cómo puedes...?

— Ya lo he dejado. Estoy limpia. — Levanta las palmas de las manos, como rindiéndose. — Solo pagué lo que debía, no compré más. Hoy me dieron ganas de usar, pero bebí en su lugar.

— ¿Y encima te jactas de haber bebido, de haberte quedado inconsciente y de haber dejado a Ayla sola? ¿Y qué pasa con su comida? ¿Cómo vas a comprarla?

Paso la mano por el suave cabello de mi princesita. Solo ella es capaz de calmarme ahora. Odio que Ayla tenga que presenciar estas cosas. Sé cuánto pueden marcarla, incluso siendo tan pequeña.

— Debes tener dinero. Sé que cobraste tu sueldo hoy.

— ¿Aún debes algo al traficante? —le pregunto. Sé que es inútil, que si quiere me mentirá, pero no puedo evitar esperar un poco de sinceridad.

— Solo un poco, pero no tiene prisa —responde con una sonrisa que me hiere. Odio que haya vuelto a las drogas, que haya cedido al maldito vicio otra vez.

— Ya no sé qué hacer contigo, mamá —digo, derrotado.

— *¡Tutú, mi bibé!* —pide Ayla, tirando de mi chaqueta para llamar mi atención.

— ¿Puedes esperar unos minutos, princesita? —le pregunto—. Solo unos minutitos.

— *¡Hambe!* —dice, poniendo una carita que anuncia el llanto.

Tomo el móvil y llamo a Eros.

— ¿Dónde estás? —le pregunto en cuanto contesta.

— En casa. Acabo de llegar.

Suspiro aliviado al saber que no está en la cama tirándose a alguna novata de la carrera de Administración.

— ¿Te importa si Ayla pasa la noche en casa? —quiero saber.

— Por supuesto que no. ¿Qué tipo de pregunta es esa, Artho? —responde, ofendido.

— ¿Puedes venir a buscarla aquí, a casa de mi madre? Estoy en moto y no tengo cómo llevarla.

— No hay problema. ¿Ha pasado algo?

— Lo de siempre —informo—. ¿Puedes venir ahora?

— Sí, ya salgo. Llego en unos minutos.

— Gracias.

Guardo el móvil y me dirijo al cuarto de Ayla para recoger algo de ropa y pañales, rezando para encontrar algo limpio.

— No necesitas llevártela —dice mi madre mientras me sigue, tambaleándose—. Ya estoy bien. No voy a beber otra vez. Celso llegará dentro de poco...

— Aún estás borracha. Puedo sentir el olor desde aquí —le respondo—. Deberías valorar al marido que tienes. Es un hombre trabajador, paciente contigo, y así es como le pagas. La casa está hecha un desastre, y los platos en el fregadero apestan. Él está trabajando en la obra hasta ahora, llegará cansado y tendrá que encontrarse con todo esto. Me voy a llevar a Ayla conmigo esta noche, y mañana temprano volveré. Deja listos los documentos de ella; vamos a la guardería a buscar una plaza.

— Mi hija no necesita guardería. Tú solo fuiste a la escuela con seis años y estás perfectamente bien.

Me congelo un instante. Mi mente tarda en procesar sus palabras.

¿Yo estoy perfectamente bien? ¿De verdad acaba de decir eso?

Por un segundo, tengo ganas de quitarme la chaqueta para que recuerde todo lo que ocurrió. Pero no lo haré. Es mi madre, y ella también sufrió.

Aprieto los puños y abro el cajón de la cómoda buscando ropa. Por suerte, encuentro algunas cosas. Solo hay tres pañales en el paquete. Ayla ya pasa el día sin ellos, pero aún los necesita para dormir. Ese era uno de los artículos que deberían haberse incluido en las compras que mi madre no hizo.

Meto todo en su mochila rosa, junto con la manta de felpa que tanto le gusta, y vuelvo al salón para recoger los juguetes y la ropa tirada por ahí.

— ¡Ayla no necesita guardería! —insiste mi madre. El bigote verde en su rostro la hace ver aún peor.

— Sí que irá a la guardería, aunque tenga que dejar la universidad y buscar un trabajo de jornada completa para pagar una privada. No voy a dejar que pase el día contigo mientras no tenga la certeza de que no volverás a hacer esto.

— Celso está en casa el sábado por la tarde y el domingo todo el día. Puede quedarse aquí entonces. Él la adora y siempre me ayuda a cuidar de Ayla.

— Cuando él esté en casa, puede quedarse contigo todo el día, pero contigo sola, no.

Recojo el desorden, hago cosquillas en la barriga de Ayla para evitar que llore, y luego lavo parte de los platos sucios. Estoy a mitad de la tarea cuando escucho la bocina del coche de Eros.

Me limpio las lágrimas que amenazan con salir. Sé que mi madre está así porque tuvo que soportar los abusos del desgraciado que la dejó embarazada tan joven, y que vivió un infierno hasta que no pudo más y huyó de Porto Alegre conmigo, sin un céntimo.

Trago saliva y me seco las manos con un trapo de cocina.

— Ya llegué, Patatita —escucho la voz de Eros al entrar al salón—. Buenas noches, doña Alice.

— *¡Tío Elo!* —grita Ayla emocionada, lanzándose a sus brazos.

— ¿Por qué estás llorando, mi Patatita preciosa?

— Ya te dije que no la llames patata —le reprocho, aunque sin poner mala cara.

— Es que es tan adorable que parece una patatita —bromea Eros mientras le hace cosquillas en

su barriguita regordeta—. Cuéntale al tío por qué estabas llorando.

— *Tutú no hizo mi bibé* —dice Ayla, frunciendo el ceño y dando un pequeño sollozo de disgusto. Es como un disparo directo a mi pecho—. *¡Tengo hambe!*.

— Te lo explico en casa —murmuro—. Mientras tú la llevas, pasaré por el supermercado para comprar algunas cosas. Pero llegaré al mismo tiempo que vosotros. Voy volando.

— No hace falta que vueles, Artho. Yo le daré de comer cuando lleguemos. Vamos, Patatita, el tío te va a dar un montón de porquerías para que comas.

— Ve despacio con ella —le pido mientras lo sigo hasta la acera. Mi madre viene detrás—. ¿Trajiste la sillita?

— ¡Sí, señor! —responde Eros en tono de broma, haciendo un saludo militar antes de abrir la puerta de su Mercedes negro y colocar a Ayla en la sillita.

— Conduce con cuidado y cuida de mi hija —le pide mi madre.

Eros me echa una breve mirada. Estoy seguro de que se está riendo por dentro del bigote verde en su cara, pero asiente para tranquilizarla.

— No se preocupe, doña Alice. Conduciré con todo el cuidado del mundo.

Me quedo mirando el coche hasta que gira en la esquina, luego entro a casa para coger el casco.

— Estate lista a las siete de la mañana. Perderé la primera clase para que vayamos a la guardería a buscar una plaza —le digo con tono autoritario—. Y si vuelves a beber, mamá... Yo no...

No soy capaz de terminar la amenaza. No a ella. Por eso se comporta así, porque sabe que siempre estaré aquí para arreglar sus líos.

Le doy un beso en la mejilla y la dejo de pie en la acera, con los brazos cruzados y el pelo despeinado. Es duro ver a mi madre en este estado.



Llego a casa con las bolsas de la compra. Pulso el botón del mando a distancia para abrir la puerta de hierro. Hay unos cien metros desde la entrada hasta el porche principal, con un camino

de piedra flanqueado por jardines que un jardinero cuida desde que Eros era niño.

La puerta de la lujosa mansión mide unos cinco metros de altura. La casa está siempre impecable gracias a dos empleadas que trabajan a tiempo completo.

Los antiguos dueños, Elena y Gustavo Giordano, murieron en un accidente de avión privado hace tres años y medio, cuando viajaban de aquí a São Paulo. Sin hermanos, Eros quedó solo.

Dimitri, Lion, Gabriel, Natan y yo nos mudamos aquí un mes después del accidente. No soportábamos verlo solo, encerrado en esta enorme casa. Desde entonces, este lugar se ha convertido en nuestro hogar.

Paso por el recibidor y no puedo evitar recordar los rasgos de Elena Giordano. Tenía solo cuarenta años cuando murió. La casa permanece casi igual a como ella la dejó, salvo por el cartel de madera con las palabras "CLUB DE CANALLAS" en grandes letras, colgado en el hall de entrada.

El cartel no encaja del todo con el estilo rústico de la casa, pero Lion lo hizo después de que Eros descubriera que su novia de secundaria le había sido infiel. Desde entonces, hicimos una promesa: no enamorarnos de ninguna mujer.

Cuando nos mudamos, Lion decidió que era perfecto colgar el cartel para recordarnos esa promesa cada vez que pasáramos por la puerta principal.

Yo casi rompí esa promesa unos meses después, pero conseguí mantenerme firme.

Este es nuestro hogar, la sede de nuestro club. Es reconfortante llegar y escuchar las risas de Eros y Ayla jugando en la cocina. Traen una felicidad genuina a esta casa, como cuando Elena y Gustavo estaban vivos.

Miro hacia el piano de la sala de estar y veo una montaña de pelo negro tumbada cerca del instrumento, sobre la alfombra.

— Hola, campeón —le digo mientras me agacho para acariciar la cabeza de Darth Vader, el rottweiler más inteligente que he conocido.

Abre un ojo y me mira, pero está demasiado perezoso para levantarse. Seguro que Eros lo ha alimentado hace poco.

Me apresuro hacia la cocina y encuentro a Ayla sentada en la isla de mármol con la mano metida

en un bote de Nutella, completamente cubierta de crema de avellana. Lion y Dimitri están sentados en la isla.

— ¿Qué estás haciendo, princesita? —pregunto, preocupado de que el dulce le haga daño.

— ¿Nunca le diste Nutella a Patatita, Artho? ¡Le encanta! —bromea Eros.

— Si le da dolor de barriga, te mato —le amenazo, mirando con tristeza su ropa manchada. Pero Ayla patalea y se ríe, haciéndome imposible mantenerme serio mucho tiempo.

— Es nuestra mascota —escucho decir a Dimitri desde el otro lado de la isla mientras devora un gran trozo de carne.

— Sí, todo club necesita una mascota —añade Gabriel, que aparece desde la lavandería. Coge un plato blanco y se sirve carne y polenta—. Y ella es perfecta.

— Ayla no es una mascota. Ya tenemos a Darth Vader —respondo.

— Mete la otra mano en la Nutella —anima Lion a Ayla—. ¡Vamos, bebé, que a Artho le va a encantar!

— Va a la mier... —empiezo a soltar un improperio, pero recuerdo que no puedo decir palabrotas delante de Ayla.

Ella me mira con una sonrisa traviesa, como si supiera exactamente lo que pienso, y mete la otra mano en el bote, dejando caer más crema sobre su ropa y la encimera.

— ¡Eso, Patatita! ¡Mancha todo! A Artho le encanta —se burla Eros.

— No voy a limpiar este desastre —bromeo, pero luego me pongo serio—. Gracias por dejar que se quedara aquí esta noche.

— Traes mujeres todo el tiempo y nunca me pides permiso. ¿Ahora haces ceremonia con Patatita? —comenta Eros.

— Vosotros también traéis a muchas mujeres. Pero un niño es diferente.

— Ayla podría quedarse aquí a vivir, Artho. Si no está bien con tu madre, tráela de manera definitiva. Tenemos una habitación libre, y yo estaría encantado de que se quedara —ofrece Eros.

— Te lo agradezco, pero esto es temporal. No queremos arruinar las fiestas de todos, ¿verdad,

princesita? —le digo, mientras limpio parte de la Nutella de sus manos con un papel de cocina—. Vamos a bañarnos, y luego te preparo el biberón.

— *¡Yupi!* —celebra Ayla con una risa adorable.

— Artho, ¿ya estuviste con esta? —pregunta Natan al entrar de repente en la cocina, enseñándome su móvil.

Veo en la pantalla a una chica pelirroja con pechos grandes y me río.

— Solo fue un test drive —bromeo—. Si te consuela, es muy buena en lo que hace.

Natan resopla.

— Si buscas una chica con la que ni Artho ni nosotros hayamos estado, mejor prueba en otra ciudad —provoca su hermano gemelo.

— Y no busques en las ciudades vecinas —añade Dimitri con sarcasmo mientras ríe—. Si quieres exclusividad, más te vale tener cuidado.

Cojo a Ayla en brazos y salgo de la cocina. Mientras subo las escaleras hacia mi cuarto, hago una nota mental para cancelar la cita que tenía esta noche.

— También necesito enviarle un mensaje a Charlotte —digo en voz alta.

— *¿Chaloti?* —repite Ayla, curiosa—. *¿Quién Chaloti, Tutú?*

— Una chica de mi universidad. Tengo que llevarla a una fiesta el sábado. Tendré que inventarme una excusa para no ayudar a Celso en la obra. Necesito mucho el dinero, pero no puedo dejarla plantada —le cuento como si pudiera entenderlo.

— *¡No podi!* —responde, moviendo el dedo en señal de negación—. *¡No, no, no, Tutú!*

— Es increíble cómo la palabra "no" es la que mejor sabes decir —comento.

La dejo en la cama y voy al baño a llenar la bañera. Compruebo la temperatura del agua y vuelvo a la habitación para buscarla.

Le limpio los garabatos de su piel con una esponja, la seco rápidamente, le pongo el pañal y la visto. La chimenea está apagada, y el cuarto está frío.

Seco su cabello con el secador para evitar que se resfríe, luego la peino y le pongo un lacito.

Mientras bajo las escaleras con Ayla abrazada a mi torso, le envío un mensaje de voz a Charlotte.

Yo: *Buenas noches, Mujer Maravilla. El sábado voy a la fiesta contigo.*

Envío el mensaje y bloqueo la pantalla. Ya estoy jodido financieramente de todos modos.